2DA. EDICIÓN

"Hemos decidido expulsar a USAID"

Evo Morales

El Manifiesto comunista y nuestro tiempo

Álvaro García Linera

Manifiesto del Partido Comunista

Karl Marx y Friedrich Engels

Prohibida su venta

Biblioteca Laboral Nº5

Ministerio de Trabajo, Empleo y Previsión Social
1ra. edición septiembre de 2015
2da. edición noviembre de 2015
D.L. 4-1-368-15 P.O.
Foto: Evo Morales y Álvaro García Linera
La Paz - Bolivia

"Hemos decidido expulsar a USAID"
Evo Morales Ayma

El Manifiesto comunista y nuestro tiempo
Álvaro García Linera

Manifiesto del Partido Comunista
Carlos Marx y Federico Engels

ÍNDICE

Introducción	3
"Hemos decidido expulsar a USAID"	7
El Manifiesto comunista y nuestro tiempo	29
Manifiesto del Partido Comunista	147

INTRODUCCIÓN

La Central Obrera Boliviana (COB) tiene como lema "La emancipación de los trabajadores será obra de ellos mismos", visión estratégica que fue definida en 1848 en el "Manifiesto del Partido Comunista", documento que está vinculado al origen del movimiento obrero internacional y a los principios teóricos que sustentan la transformación revolucionaria de la sociedad: constitución de los proletarios en clase, derrocamiento de la dominación burguesa y conquista del poder político. En la actualidad boliviana, esta fuerza material de la revolución está constituida por un bloque social más amplio, cuyo núcleo fundamental proviene de dos vertientes: del movimiento obrero y de la lucha de los pueblos indígena originarios, que se fusionan en el objetivo histórico del socialismo.

El compañero Evo Morales Ayma señaló que en el pasado para justificar la represión, las masacres, el apresamiento y hasta el asesinato de los trabajadores y sus dirigentes era suficiente tildar a los movimientos y a sus líderes de comunistas. La palabra comunista, por la estrategia comunicacional y política del imperialismo y de los partidos derechistas y conservadores, fue desvalorizada ideológicamente para causar miedo en la población, se asociaba a seres diabólicos e inhumanos, capaces de devorar a los niños. El comunismo también fue usado para justificar proyectos sanguinarios y criminales para impedir el crecimiento de

los movimientos revolucionarios en América Latina, como el "Plan Cóndor" que fue utilizado por las dictaduras militares y fascistas para desarrollar el asesinato sistemático de líderes políticos, sindicales, hombres y mujeres, como fue el crimen del Gral. Juan José Torres en la Argentina. Sin embargo, en la situación de la crisis estructural del capitalismo, el ideal comunista, delineado por el "Manifiesto", ilumina el camino de los proyectos alternativos para salvar la humanidad y la madre tierra de la voracidad imperialista.

Es bueno esclarecer en qué consiste el proyecto de una sociedad comunista con su antesala el socialismo. El "Manifiesto del Partido Comunista", escrito por Carlos Marx y Federico Engels, contribuye a una visión esencial de este objetivo histórico de la clase obrera internacional. Una contribución fundamental es su visión histórica del desarrollo social, que en su trayectoria avanza hacia la construcción de una nueva sociedad que surge de la descomposición del sistema capitalista. Y en su núcleo metodológico nos enseña que la lucha de clases marca el rumbo de la historia. Los ideólogos del sistema capitalista y del dominio imperialista, una y otra vez, han pretendido negar la lucha de clases como una invención ilusoria de Marx, negando su existencia objetiva, remplazándola con el "colaboracionismo de clase"; es decir con la subordinación de la clase obrera a la burguesía. En el movimiento sindical de Bolivia practican la colaboración de clases los denominados "sindicatos amarillos".

La formación de la clase obrera está vinculada al desarrollo del capitalismo. En nuestro país, tanto la burguesía como el proletariado son núcleos minoritarios, aunque con influencia decisiva en la estructura económica. Pero existen otros factores de la lucha de clases, como la presencia de las transnacionales que amplían el espectro social víctima del capitalismo, más allá de la relación directa entre capital y trabajo, o entre proletariado y burguesía. Por ello, en nuestro país el bloque social revolucionario se alimenta también de otra fuente fundamental: la lucha descolonizadora de los movimientos indígenas originarios que bregan por su autodeterminación. Pero la esencia de la confrontación sigue siendo entre dos bloques predominantes: pueblos originarios, proletarios y clases populares versus burguesía y oligopolios. El destino del país será definido entre ambos bloques. La lucha de clases tiene su propio sello nacional y la salida será también propia, pero en el marco que define el desarrollo social: el socialismo comunitario.

El Ministerio de Trabajo, Empleo y Previsión Social, quiere contribuir al movimiento obrero y social con la edición de el "Manifiesto del Partido Comunista", libro con el que se han formado generaciones de luchadores revolucionarios, particularmente destacados cuadros sindicales en Bolivia y América Latina. Actualmente, es una de las obras más compradas en Europa, porque logra llegar al núcleo de la crisis y

contradicción que vive el capitalismo y, algo esencial, señala el camino de cómo resolver esta crisis: con la revolución, transformadora de la sociedad y partera del comunismo.

Esta edición se complementa con un artículo de análisis realizado por Álvaro García Linera, denominado "El Manifiesto comunista y nuestro tiempo", que en palabras del propio autor es una crítica radical de lo existente. También acompaña a esta edición un discurso del presidente Evo Morales, referido a la expulsión de USAID de Bolivia.

Ministerio de Trabajo, Empleo y Previsión Social
La Paz, agosto de 2015

Prólogo a la segunda edición

El Ministerio de Trabajo reedita el libro Nro. 5 de la Biblioteca Laboral, debido a la gran demanda de este texto por parte de los trabajadores. El Ministro de Trabajo, Gonzalo Trigoso, y el exdirigente de la COB, Édgar Ramírez, lo presentaron el 15 de octubre en el vestíbulo de la Vicepresidencia, ante un multitud que desbordó el lugar, y la Escuela de Formación Política Sindical lo utilizó en sus talleres, también con buena recepción entre los trabajadores.

La Paz, noviembre de 2015

“Hemos decido expulsar a USAID de Bolivia”

Presidente del Estado Plurinacional de Bolivia
Evo Morales Ayma
(miércoles 1 de mayo de 2013)

“Mientras haya el capitalismo, mientras haya imperialismo, las luchas van a seguir, porque hay grupos de personas en el mundo que concentran el capital en pocas manos, que tienen una mentalidad de seguir saqueando nuestros recursos naturales”.

Evo Morales

A nombre del pueblo boliviano y especialmente a nombre del gobierno nacional que representa al Estado Plurinacional, desearles muchas felicidades a todas y todos los trabajadores de los distintos sectores sociales, mineros, del sector privado, petroleros, juntas vecinales, movimiento campesino indígena originario, a los trabajadores también del sector público. Felicidades en su día. Igualmente a los transportistas, trabajadores de luz y fuerza e interculturales.

Primero de mayo, un día histórico. Día del Trabajador. Hemos invitado a los distintos sectores de trabajadores a la plaza Murillo para festejar juntos, el gobierno con los obreros, campesinos y todos los sectores para festejar el Primero de mayo.

Y ¿por qué este atrevimiento de convocar para festejar todos? Gracias a este proceso, gracias a la revolución democrática y cultural, gracias a las transformaciones, todos somos trabajadores, por eso nos sentimos como cualquier obrero, como cualquier servidor público, como cualquier campesino indígena originario. Desde el gobierno trabajamos para todo el pueblo boliviano, acompañados por los movimientos sociales que sienten y defienden a su patria.

Estamos acá como una expresión de unidad, como una expresión de dignidad de todo el pueblo boliviano. En estos siete años de la revolución democrática y cultural, empezamos a cambiar Bolivia. Ustedes saben que ha cambiado la economía nacional, hemos mejora-

do la economía nacional, gracias a la lucha del pueblo boliviano, de todos los sectores sociales, especialmente indígenas y originarios, que apostaron por la nacionalización de los hidrocarburos. El Primero de mayo de 2006 cumplimos con el mandato del pueblo boliviano: nacionalizar los hidrocarburos.

Por eso hoy es un día de festejo, para recordar lo que pasó hace siete años. La nacionalización no es regalo de Evo Morales, solo cumplimos con el mandato del pueblo boliviano, hemos cumplido con ese profundo sentimiento del pueblo boliviano, de recuperar nuestros recursos naturales.

Recuperamos también el control de los servicios básicos. Revisen los datos, los datos históricos, los datos económicos. El costo de los servicios básicos no se incrementó desde que llegamos al gobierno: nacionalizando y garantizando mayor inversión. Es un trabajo del equipo de ministros, de ex ministras y ex ministros, apoyados por nuestros técnicos. Mi respeto y mi admiración a todos quienes cooperan en el Palacio (de Gobierno) y en los ministerios. Un aplauso para todos nuestros trabajadores del sector público.

En este día histórico quiero decirles algo: muchos dirigentes y ex dirigentes que enfrentaron a las dictaduras militares y a los gobiernos liberales fueron detenidos, procesados y expulsados de Bolivia por defender a la Patria. Bolivia no estaba en manos de los bolivianos, Bolivia estaba en manos de los extranjeros, y, con mu-

cho orgullo ahora podemos decir, en este Primero de mayo, hemos recuperado a Bolivia, hemos recuperado la Patria. Ahora la Patria es nuestra, hermanas y hermanos. Recuperamos nuestros recursos naturales, los servicios básicos, y especialmente la dignidad del pueblo boliviano. Al margen de las reivindicaciones de los distintos sectores sociales, primero está la Patria, primero está nuestra querida Bolivia, primero está el pueblo boliviano.

Las políticas sociales y económicas ahora no las define el Fondo Monetario Internacional (FMI). Ahora no se definen en la Embajada de Estados Unidos. A ministros de Gobierno, ministros de Defensa, a comandantes de la Policía, comandantes de las FFAA, ahora no los nombra la Embajada de Estados Unidos. Las políticas sociales no son importadas desde arriba ni desde afuera. Como Presidente, como Vicepresidente y como gabinete, tenemos la obligación de cuidar la economía nacional, podemos tener diferencias con algunos dirigentes y con sus bases. El crecimiento se debe a que hemos democratizado la economía.

Estoy convencido de la importancia del trabajo conjunto, entre Estado y el pueblo, pensando primero en la Patria, en la igualdad y en la dignidad. Tal vez algunos hermanos de base no se dan cuenta de la importancia que tiene este proceso, no solamente en Bolivia sino en la comunidad internacional. Desde la fundación de la República, es decir, el año 1825, Bolivia ahora es una

referencia internacional por sus políticas sociales, por sus cambios estructurales, Bolivia está en debate y en la mira de todo el mundo.

En la última posesión que tuve en Tiawuanaku, el 21 de enero del 2010, yo les decía a los dirigentes de los movimientos sociales que en estos tiempos tenemos responsabilidad con los trabajadores y con el pueblo boliviano y con los trabajadores del mundo, porque somos una referencia internacional. La tarea es cómo seguir aportando, cómo seguir proponiendo nuevas políticas que permitan dignificar a la persona, a la familia, y también a la familia grande que es nuestra querida Bolivia.

Sería largo recordar cómo hemos empezado a cambiar los derechos sociales, los derechos laborales, no como una concesión, no como un regalo del gobierno, sino un trabajo conjunto, entendiendo los problemas que nos han traído las normas de los gobiernos neoliberales.

En cuanto al crecimiento económico, de los depósitos, y de las reservas internacionales, el porcentaje de estas últimas ha sido un récord internacional en porcentaje. Es el esfuerzo conjunto para aplicar una política de austeridad, una política para recuperar nuestros recursos naturales. Mientras haya el capitalismo, mientras haya imperialismo, las luchas van a seguir, porque hay grupos de personas en el mundo que concentran el capital en pocas manos; tienen una mentalidad de seguir saqueando nuestros recursos naturales, pero, cuando

nosotros frenamos el saqueo de nuestros recursos naturales, cambiamos nuestra economía. No estamos en tiempos de patrones, no estamos en tiempos de monarquías, no estamos en tiempos de oligarquías. Éste es el tiempo de los pueblos, de los pequeños, de los empobrecidos, para que nos levantemos y sigamos buscando la igualdad y la dignidad de todos los pueblos del mundo.

En este corto tiempo dejamos de ser un Estado mendigo, un Estado limosnero. Eso no quiere decir que no necesitemos cooperación e inversión. Algunos países requieren inversión, créditos, entonces, cómo Bolivia, que recién se levanta, no va a necesitar inversión, no va a necesitar cooperación. Bienvenida la cooperación internacional y la inversión de empresarios si son socios, no patrones. Nuestra Constitución Política reconoce la economía plural, aquí se respeta la economía individual, privada; se respeta la propiedad privada, colectiva, comunal, cooperativa, asociativa; pero también se respeta la propiedad del pueblo boliviano que es la propiedad del Estado boliviano.

Ahora tenemos un Estado digno, un Estado que va en proceso de liberación. Estamos en la obligación de dar oportunidad a la gente que nunca la ha tenido, a los sectores organizados en asociaciones, en corporaciones, en cooperativas, a los sectores que desarrollan su economía ligada a la liberación económica del pueblo boliviano.

Si no nacionalizábamos, si no se nacionalizaban los hidrocarburos, la plata que viene de este recurso natural hubiera seguido yéndose afuera, quedando en unos pocos bolsillos.

La renta petrolera en 2005 era 300 millones de dólares. Recordarán cuando un grupo de parlamentarios planteamos la modificación de la Ley de Hidrocarburos, revisen la historia, algunos grupos, algunos sectores no querían la modificación de la Ley de Hidrocarburos.

Cuando decidimos, no me avergüenzo de decir, que el Congreso tiene que modificar la Ley de Hidrocarburos, también decidimos bloquear caminos en el Chapare, aquí, en La Paz, un grupo de personas salió con pañuelos blancos pidiendo la expulsión de los dirigentes.

La nacionalización hizo cambiar la economía nacional. Si el 2005 eran 300 millones de dólares, para este año está estimado que la renta petrolera será de más de 5 mil millones de dólares. El año pasado llegamos a 4.200 millones de dólares.

Nuestra lucha no ha sido en vano, siempre ha sido por nuestra identidad, por nuestro territorio, por nuestros recursos naturales. Esa lucha viene de nuestros antepasados, es la mejor herencia que nos dejaron Túpac Katari, Bartolina Sisa, Juana Azurduy y tantos líderes indígenas y obreros. El padre Luis Espinal dio su vida por esta Patria, sin ser boliviano, igual que Marcelo Quiroga Santa Cruz y tantos dirigentes del Oriente, del Valle, del Occidente, militares patriotas, algunos colga-

dos como Villarroel, como Busch. La lucha de nuestros antepasados fue una lucha contra el colonialismo y por la independencia, es decir, por la República. Nuestros antepasados lucharon por la Patria, por sus recursos naturales, por nuestra identidad, por tanto, somos hijos y nietos de quienes lucharon por la Patria. Cómo puede haber entonces hermanos pro imperialistas, pro capitalistas, pro yanquis. No puedo entender.

Puede haber algunas diferencias, de reivindicaciones, tal vez nos estamos olvidando algunas reivindicaciones, puede ser. Había sido tan difícil cambiar la mentalidad de la burocracia. Cuando hablamos de cambiar, yo digo, quien habla del cambio, primero tiene que cambiar él, para cambiar Bolivia. Si nosotros no cambiamos hermanas y hermanos, como autoridades, seguramente jamás vamos a cambiar Bolivia.

Un equipo de trabajadoras y trabajadores en el Palacio y en la Asamblea Legislativa Plurinacional, estamos empezando a cambiar: con errores y con dificultades.

Quiero aprovechar esta oportunidad para saludar a los embajadores de Argentina, Venezuela, y Ecuador. Gracias por acompañarnos. Ellos levantan así (muestra la V) nosotros levantamos así (el puño); para ellos es la V de la victoria, acá representa a la derecha.

Como siempre, los trabajadores esperan, el pueblo espera en esta fecha mejoras salariales y sociales. Ayer me decía el Ministro de la Presidencia que periodistas y algunas empresas estaban dando vueltas y vueltas al

Palacio: ¿qué se va a nacionalizar hoy? Hoy sólo vamos a nacionalizar la dignidad del pueblo boliviano.
¿Por qué digo nacionalizar y seguir nacionalizando la dignidad del pueblo boliviano? Hace algunas semanas el Secretario de Estado norteamericano dijo que Latinoamérica sigue siendo el "patio trasero" de los Estados Unidos. Los latinoamericanos jamás podemos ser considerados "patio trasero" de los Estados Unidos.

USAID se va por intromisión

No aceptamos ninguna intromisión política de organismos que son parte de la Embajada de Estados Unidos. Queremos relaciones de tú a tú; seremos un pequeño país, pero merecemos respeto, seremos un país, como nos dicen, en vías de desarrollo. Yo no me considero en vías de desarrollo ni un país subdesarrollado. En corto tiempo hemos cambiado la imagen de Bolivia y por eso pedimos respeto para todo el pueblo boliviano y latinoamericano, pedimos respeto al gobierno de Estados Unidos.
Seguramente piensan que aquí se puede manipular política y económicamente, eso era en tiempos pasados. Algunos organismos de la Embajada norteamericana siguen conspirando contra este proceso y contra el gobierno. Aprovechando esta concentración y el Primero de mayo, quiero informarles que hemos decidido expulsar a USAID de Bolivia, se va USAID de Bolivia. Pido al hermano Canciller (David Choquehuanca)

comunicar inmediatamente a la Embajada de Estados Unidos. Nunca más USAID, que manipula, que utiliza a nuestros hermanos dirigentes, que usa a algunos compañeros de base con limosnas.

Estamos preparados para responder a los compañeros a los que confundía USAID: hay pequeños programas con 5 mil, 10 mil dólares, no queremos USAID en Bolivia con esos programas, vamos a cumplirles donde tenían compromisos con fines políticos y no con fines sociales. Estamos acá para seguir trabajando conjuntamente con el pueblo boliviano. Hermano Canciller, cuando declaramos persona no grata al embajador de Estados Unidos, ahí tenemos una linda historia. Así nos vamos a hacer respetar con ese organismo que todavía tiene una mentalidad de dominación y sometimiento. Como protesta a ese mensaje del Secretario de Estado norteamericano que cree que Latinoamérica sigue siendo el "patio trasero" de los Estados Unidos. Lamentamos y condenamos mucho ese hecho, como también condenan los movimientos sociales.

Quiero que sepan que, para garantizar mayor incremento salarial para los sectores asalariados, es importante la inversión, si hay inversión, hay crecimiento económico; si hay crecimiento económico, con seguridad ese crecimiento se democratiza, ese crecimiento económico vuelve al pueblo boliviano. En las últimas reuniones con los dirigentes de la COB acordamos temas que son de atención inmediata, en algunos continuará el tra-

tamiento, por supuesto, si se trata de inversión, pero no podemos asaltar al Tesoro General de la Nación (TGN) pidiendo incremento salarial.

Si toda la plata destinamos al incremento salarial, no hay plata para inversión que permita el crecimiento económico ¿Cómo Evo, Álvaro y el Gobierno pueden mejorar el incremento salarial? Felizmente, en los últimos tiempos, nos ha ido bien, ustedes saben los datos económicos del crecimiento económico y eso es gracias a la inversión.

Debemos reconocer que el sector que más aporta, al margen de los impuestos, es el sector petrolero. Los petroleros son los soldados, si no es para defender el territorio nacional, es para defender la economía nacional. También aportan el sector minero, el de cooperativistas, asalariados, el sector privado, que aporta al TGN para la economía de la nación.

Pero, si el crecimiento económico, si las utilidades de nuestras empresas del Estado destinamos al salario, ¿de dónde, cómo podemos garantizar la inversión pública? Yo no soy economista, saben nuestras debilidades, pero, debatiendo cada día cómo mejorar la economía, debatiendo cómo mejorar la economía de esa familia que no ha tenido oportunidades, aprendemos. Sigo aprendiendo, a veces de nuestros movimientos sociales, a veces de nuestros técnicos del sector público. La tarea es pensar cada día, cada noche, los sábados, domingos y feriados en Bolivia, y aprender a prever permanente

para el bien de todas y todos los bolivianos. Quién no quisiera que suba más el incremento salarial, pero eso significa que toda la plata se vaya al salario.

En este tema del incremento salarial, acordamos con la COB un aumento salarial del 8%, y el 20% al salario mínimo nacional (SMN). Quiero aprovechar esta oportunidad para convocar al sector privado y a los empresarios, para decirles, como gobierno y como presidente, ayúdennos a reducir y acabar con la pobreza. Si no van a incrementar el salario o van a incrementar poco, seguramente va a seguir creciendo la pobreza. La mejor forma de combatir la extrema pobreza es con incremento salarial; por tanto, los empresarios tienen que tener responsabilidad social con sus trabajadores. Mi pedido es: cumplan con el decreto supremo de incremento salarial. Así, juntos trabajamos gobierno y privados para el bien de todos nuestros trabajadores.

Tal vez algunos sectores, o algunas empresas que recién empiezan pueden tener dificultades, gracias al gabinete Económico estamos informados de que hay sectores privados que están ganando bien, esa ganancia, esas utilidades deben compartir con sus trabajadores, que haya beneficios sociales y que éstos estén garantizados, a eso llamamos responsabilidad social con los trabajadores, si no hay obreros, no hay empresa privada, si no hay trabajadores del sector público, no hay gobierno. Por eso, en este día de los trabajadores, nuestro respeto a las y los trabajadores. Hemos cumplido con la COB.

Queda un tema de debate: mejorar la Ley de Pensiones. Quiero recordarle al pueblo, como también a la COB, que la Ley la hemos trabajado y consensuado juntos. Ahora entiendo, algunos compañeros, de manera muy sincera, decían: nos hemos equivocado, he entendido perfectamente que hay algunos errores. Hemos aceptado también modificar la Ley de Pensiones, pero quiero que sepan compañeros de base, se va a modificar la Ley de Pensiones, garantizando la sostenibilidad de la Ley, y beneficiando a los que ganan menos, esa será siempre la política del gobierno. Eso se llama buscar la cierta igualdad entre bolivianas y bolivianos.
Será importante el debate, de cara al pueblo sobre esa modificación. Sería un gran error, un error garrafal modificar para que pocos se beneficien y no sea sostenible.

La Ley del Adulto Mayor

Aprovecho esta oportunidad para promulgar las leyes esperadas por el pueblo boliviano, me refiero a la Ley del Adulto Mayor.
¿Cuál es el contenido de esta ley? Tal vez como un chantaje dije a la Asamblea Legislativa: esta ley tiene que aprobar sí o sí para el Primero de mayo. En resumen, habrá un trato preferente y acceso a los servicios para las personas mayores, seguridad social integral, acceso a la educación, asistencia jurídica, pero también, participación y control social. Quiero decir a nuestras

abuelas y abuelos: misión cumplida, hoy estamos promulgando la Ley.

Hemos decidido, en consulta permanente con algunos sectores sociales, garantizar la Renta Dignidad. Para la gente que nunca ha conocido sueldo, ni renta, ni beneficios, es un gran alivio. En 2007 y 2008 luchamos para explicar y convencer a las gobernaciones y a las regiones, a fin de garantizar la Renta Dignidad. He decidido enviar hoy un proyecto de ley para aumentar en 50 bolivianos mensuales la renta a las personas que tienen más de 60 años. Dejamos en manos del presidente de la Asamblea Legislativa Plurinacional, Álvaro García Linera, ojalá que en dos semanas nos apruebe la Asamblea. Asambleístas acá presentes, presidentes de las comisiones, es por nuestras queridas abuelas y abuelos, que merecen mucho respeto porque prestaron un servicio al país, algunos como trabajadores públicos, obreros, algunos por cuenta propia, todos. Nuestro deseo es que la Asamblea apruebe en mayo, ya estamos preparados como gobierno para ese aumento de 50 bolivianos mensuales a nuestras queridas abuelas y abuelos.

Una de los temas acordados con algunos sectores sociales fue la promulgación de dos leyes, se trata de un compromiso con las cooperativas mineras de Bolivia: la Ley de Autorización de Suscripción de Contratos Mineros. Esta Ley faculta a las autoridades jurisdiccionales, administrativas y mineras a suscribir contratos a

nombre del Estado con los actores mineros, contratos presentados por las cooperativas mineras y otros actores registrados en la Comibol.

Ley contra el Avasallamiento

Otro pedido permanente de la COB es la Ley Contra el Avasallamiento.

Lamentablemente hubo avasallamientos y, debo decir, una presión de todos los actores mineros, vale decir, asalariados, cooperativas y privados. No es posible que pueda haber avasallamientos, por eso la Ley No 367 incorpora en el Código Penal tipos penales para los avasallamientos en áreas mineras, contempla la expropiación ilegal de recursos minerales, la venta o compra ilegal de recursos naturales. Incorpora en el Código Penal el avasallamiento como delito, con una pena de 4 a 8 años de privación de libertad; segundo, es incorporado como delito la explotación sin autorización, y finalmente se incorpora, como delito, la venta o compra sin autorización de minerales con una pena de 3 a 6 años de privación de libertad. Otra tarea cumplida con los distintos sectores mineros.

Este pequeño mensaje a nuestros trabajadores del sector público. Para refrescar la memoria. El 2006 rebajamos el salario del presidente, del vicepresidente, de ministros y viceministros. Pero además, paralizamos los incrementos a los trabajadores. Nuestro Ministro

de Economía me informó que antes del 2006 no hubo incremento salarial unos cuatro o cinco años; tomando en cuenta estos siete años de gobierno, el sector público en once años no tuvo incremento salarial. Un esfuerzo, un trabajo con profundo sentimiento por nuestra querida Bolivia.

Yo me acuerdo perfectamente, desde el 2006 no hubo ningún incremento salarial; por eso, entendiendo las necesidades de compañeras y compañeros que prestan servicio, hemos decidido, que, a partir de este año, habrá un incremento salarial, como ajuste a esa deuda al sector público. El incremento será del 8%, pero, inversamente proporcional, para los que tienen cargos jerárquicos será de 7% y para los trabajadores de base de 13%, con retroactividad, es decir, este incremento se pagará desde enero. Yo quiero agradecer a todas las compañeras y compañeros que nos ayudan día y noche.

Quiero expresar una preocupación: algunos dirigentes de la COB me plantearon la sindicalización. ¿Qué dije?: no quieren que yo, con mi equipo, trabaje por Bolivia día y noche. Gente comprometida que no están mirando la hora, tal vez ni siquiera mirando la plata, sino que trabajan por su pueblo; esos trabajadores también merecen un incremento salarial del 8%.

Nuestros profesionales y docentes en las universidades nos han presionado permanentemente para que suba el salario del presidente y haya una nivelación. De verdad no me gusta, pero quiero decirles, refrescando el pa-

sado, que he decidido que el salario del Presidente va a ser el equivalente a 15 salarios mínimos nacionales.
Antes, el salario del Presidente era el equivalente a 90 salarios mínimos, cuando llegamos al gobierno, era 70 u 80 salarios mínimos. Por decreto bajamos el salario a 15 mil bolivianos. El 2006 eso era 30 salarios mínimos. Desde el 2006 no ha habido ningún incremento salarial, ajuste o nueva escala salarial. El año pasado llegó a ser 15 salarios mínimos el salario del Presidente. Profesionales del sector Salud dijeron que los buenos se están yendo al sector privado; en las universidades públicas, los mejores profesionales están abandonando para irse a las universidades privadas u otros trabajos. Es una pérdida de profesionales que tienen mucho conocimiento. Por supuesto que tienen derecho porque aportaron desde el 2006 sin incremento alguno. Este hecho me obliga a que el salario del Presidente, en una nueva escala salarial referente, sea el equivalente a 15 salarios mínimos.
Éste es uno de los decretos que beneficia a los trabajadores de los distintos ministerios, de las empresas del Estado. Muchas gracias por acompañarme. Evo no sería presidente si no fuera por esos profesionales comprometidos con su Patria; Evo no sería presidente si los ministros, inclusive renunciando a su capacidad profesional, pudiendo ganar mejor en otros sectores, están aportando a su país.
Es el compromiso con este proceso de los trabajadores

de base del sector público. A partir de esta fecha, Primero de mayo, tomados en cuenta que en más de 11 años, siete de mi gestión, no tuvieron ningún ajuste, ni nivelación salarial, vamos a nivelar y a ajustar el salario a los servidores del sector público.

Hemos empezado a dignificar la política

Para terminar, como trabajador, como parte de ustedes, como uno más del pueblo, momentáneamente prestando servicio desde la Presidencia, mi compromiso con ustedes y con el pueblo es de servicio permanente. Hemos empezado a dignificar a la política; antes la estaba vista como un beneficio, era como un negocio, ahora ese negocio se acabó para las autoridades. Los que aspiren a ser asambleístas o ministros, seguramente perderán económicamente; como algún asambleísta nuestro que renunció.

Antes, con su trabajo, ganaba mejor que como diputado, senador o senadora; algunos se equivocaron, llegaron acá y no había negocio. Con el salario de diputados, prefirieron replegarse y no ser disciplinados. Si alguien ahora quiere hacer política es para servir al pueblo y no para servirse del pueblo boliviano, esa es la diferencia. Estoy convencido de que antes el pueblo era esclavo del Estado y del Gobierno, ahora nos sentimos parte del pueblo, no nos sentimos como esclavos del pueblo, pero sí servidores del pueblo boliviano.

Bolivia tiene mucha esperanza, mi pedido, en este Primero de mayo, a los trabajadores de los distintos sectores: tenemos que planificar la Agenda Patriótica del Bicentenario. No va a haber consultores externos, no va a haber expertos internacionales, no va a haber organismos internacionales que vengan a planificar nuestro plan patriótico del Bicentenario.

Por eso quiero decirles que, quienes piensan en las próximas elecciones, se equivocan. Más importante es pensar en las futuras generaciones, esa es la tarea de las autoridades, de los movimientos sociales: seamos dirigentes sindicales o autoridades, es un trabajo conjunto. Muchas gracias por acompañarnos, ayudadme a decir ¡Que Viva al Primero de mayo!

Quiero decirles algo. Teníamos un compromiso con las 20 provincias del departamento de La Paz, con relación al tema de las tarifas. Brevemente quiero explicar por qué nacionalizamos Emprelpaz y por qué hay una profunda diferencia en las tarifas. La ciudad de La Paz pagaba poco y en las áreas rurales, mis hermanos campesinos originarios, los más pobres, pagaban más por kilovatio hora. ¿Cuánto pagaban en la ciudad de La Paz?, 0.60 centavos promedio. Y en el campo, ¿cuánto pagaban? 1 boliviano con 60 centavos kilovatio/hora.

En diciembre nacionalizamos, hemos intentado negociar con las empresas para que asuman esta responsabilidad social, no quisieron. Nos vimos obligados

a recuperar y a nacionalizar. Las 20 provincias del departamento de La Paz tienen que entender que, después de nacionalizar, hay que organizar, hay que constituir una empresa, todo un proceso. Yo hubiera querido que sea el mismo día, por eso quiero ahora demostrar que en las 20 provincias se cobra, desde el mes pasado, la misma tarifa que en la ciudad de La Paz, 0,60 centavos por kilovatio/ hora.

Aquí está una factura. Hermano Ventura Laime Andrés, de la comunidad Yacachi, municipio Sorata: antes pagaba la factura de Emprelpaz, por 25 kilovatios/ hora, 24 bolivianos; el mes pasado la factura, por los mismos 25 kilovatios/hora de consumo, pagó 16 bolivianos. A las 20 provincias, hermanas y hermanos: misión cumplida, ahora la tarea es invertir e informar a la Federación Única de Trabajadores Campesinos del departamento de La Paz Túpac Katari, como también a nuestras compañeras Bartolinas.

Una yapita para la información. Disculpas por haberme olvidado informar este resultado de nuestras nacionalizaciones, que es parte de la nueva política del Estado Plurinacional.

Muchas gracias.

El Manifiesto comunista y nuestro tiempo

Vicepresidente del Estado Plurinacional de Bolivia
Álvaro García Linera

“El Manifiesto comunista es un texto fundador de la doctrina Marxista y, por tanto, si se trata de reivindicar el Marxismo hay que volver a leerlo y ‘aplicarlo’”.

Álvaro García Linera

¿Es el *Manifiesto comunista* un arcaísmo político, un recuerdo literario?

¿Por qué leer hoy nuevamente el Manifiesto comunista? ¿Por qué volver a referirse a ese pequeño texto cuando nos separan de él 150 años de grandes transformaciones, de sucesos históricos y experiencias que lo vuelven distante?

Un primer intento de respuesta sería porque el *Manifiesto comunista* es un texto fundador de la doctrina Marxista y, por tanto, si se trata de reivindicar el Marxismo hay que volver a leerlo y "aplicarlo".

Ciertamente ésta es una respuesta comprometida, pero cuyo error no sólo consiste en convalidar su lectura como un acto de fe, sino que además pulveriza el propio objeto del *Manifiesto* que es la crítica radical de lo existente y no el recuento litúrgico de lo escrito en el pasado. Ese tipo de exégesis corresponde a la de las cofradías y sacerdocios políticos que han hecho del Marxismo un culto pseudo religioso con credos machacones, olimpos repletos, máquinas burocráticas para hacer cumplir la fe, excomulgar a los renegados y adoctrinar a los infieles. En su versión más monstruosa, estas maquinarias funcionan como estados modernos, variando simplemente la doctrina a inculcar en los legos (nacionalismo, fascismo, estatalismo, liberalismo, etc.); en sus variantes primitivas, son las sectillas de devotos quienes asumen la militancia como apostolado y quienes en el fondo han confundido sus inclinaciones

místico-religiosas con adscripciones políticas. Este tipo de encuentro con el *Manifiesto* evidentemente nada tiene de marxista, a pesar de que se lo haga en su nombre. Un segundo tipo de lectura es aquella que toma al *Manifiesto comunista* como un texto histórico que quizá fue revelador para la época en que fue escrito, pero que ahora, ante los cambios sociales que ha experimentado el mundo con el derrumbe de los "socialismos", carece de pertinencia y que, a lo más, es una joya de archivo para la etno-historia. La virtud de esta posición frente a la anterior es que al menos utiliza razones antes que creencias hipostasiadas. Sin embargo, la limitación de esta postura radica en que reduce la experiencia y la creación social a un mero amontonamiento de actos inconexos en el devenir histórico sin capacidad de trascender unos en otros. La historia no es una sucesión lineal y compartimentada de eventos: es un devenir de eventos connotados y jerarquizados en los que los más recientes se levantan sobre el campo de posibilidades, despertados por los anteriores y en que la propia significancia de muchos de los sucesos pasados sólo hallan su verdad en el porvenir.

En el caso del *Manifiesto comunista*, si bien es cierto que su inteligibilidad está dada por las características del desarrollo capitalista del siglo XIX que es estudiado y criticado por el texto, hay en él mismo una serie de reflexiones sobre los componentes fundamentales del régimen capitalista que se mantienen a lo largo de los

distintos momentos que recorre su desarrollo, porque precisamente ahí está anudada la "información genética" que viabiliza su existencia histórica, su perdurabilidad y ocaso. Una lectura marxista del *Manifiesto* finca sus posibilidades precisamente en develar esta intimidad del texto con la extraordinaria realidad capitalista actual, con sus componentes y las condiciones materiales de su superación. La lectura que vamos a realizar ahora es precisamente para mostrar algunas vetas de esta actualidad del *Manifiesto* o si se prefiere, de la imposibilidad de la época actual de trascender en términos generales a la época histórica retratada por el *Manifiesto comunista*.

1. El desarrollo planetario del capitalismo. Subsunción general del mundo al capital.

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias [...] que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas vendidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas partes del globo. En lugar

de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento y la amargura de las regiones y naciones, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la intelectual.

Marx y Engels, 1980: 114-115

Uno de los argumentos más socorridos por las corrientes liberales para descalificar la posibilidad de un régimen social alternativo o distinto al capitalista es que la globalización económica ha vuelto imposible opciones de desarrollo autónomo por fuera del mercado mundializado y la interdependencia de las actividades productivas, políticas y culturales. Este argumento sería correcto si es que se supusiera que puede haber una vía de progreso económico al margen o paralelo al definido por el capital. Pero entonces ya no estaríamos hablando de Marx, sino de las múltiples variantes ideológicas del nacionalismo de Estado que aprovechando el ambiente de fomento de los mercados y la industrialización interna enarbolada por las políticas keynesianas, creyeron hallar en el capitalismo de estado una anticipación del socialismo o, al menos, una "vía propia" y novedosa de alcanzar el desarrollo sin caer en garras de las multinacionales.

Hoy sabemos que la sustitución de importaciones y la creación del mercado interno, lejos de crear opciones frente al desarrollo del capitalismo mundial, fue una de sus formas históricas de despliegue que permitió la docilización y soborno de parte de las clases laborales, el disciplinamiento ciudadano de migrantes campesinos y la formación estatal de millones de consumidores de mercancías en disposición de ampliar la clientela de compradores de las multinacionales una vez bajadas las fronteras arancelarias. Igualmente, el "socialismo realmente existente" lo único que hizo fue desplegar por nuevos medios la mercantilización estatalizada de la vida económica de estructuras sociales tan abigarradas como la de los países de Europa Oriental .

Frente a la especulación sobre la existencia de burbujas sociales capaces de emprender formas de desarrollo autónomo ante y en medio Marx supo develar la tendencia inmanente de la lógica del capital a universalizarse, o, en palabras posteriores, a subordinar, primero externamente, las estructuras económicas, culturales y cognoscitivas no-capitalistas que encuentra a su paso para retorcerlas a sus fines de acumulación; y luego, realmente, por medio de la modificación material de esas estructuras, hasta un punto tal que ellas lleven amalgamada a su dinámica y coseidad, la racionalidad del valor-mercantil del capitalismo.

El capitalismo como hecho universal y universalizante es la caracterización básica que recorre todo el *Mani-*

fiesto y a partir de la cual Marx indaga la posibilidad material del comunismo. La primera etapa de esta expansión mundial fue el "descubrimiento de y la circunnavegación a África" que al tiempo de redondear el mundo como un espacio cerrado y cognoscible en toda su extensión, creó el basamento de la intercomunicación de las actividades de cualquier persona con el resto de los seres humanos. Estas acciones permitieron el surgimiento de "un mercado mundial" que puso en circulación y conocimiento los productos del trabajo de distintos regímenes socioeconómicos, aunque todavía sobre unos medios de comunicación y transporte correspondiente a las épocas de los intercambios locales. Ésta es la época del predominio del capital comercial.

Una segunda etapa de esta mundialización del capital fue la incursión del capital en la propia producción local de mercancías, arrasando, erosionando antiguas formas de trabajo. Esto dio lugar al desarrollo en ciertas regiones de una producción eminentemente capitalista y a la formación de una red material de transporte, producto del propio desarrollo industrial (ferrocarriles, compañías navieras de carga con barcos a vapor) con lo que el comercio mundial que había antecedido y potenciado la industria ahora aparecía como resultado de ella, en la medida en que el nuevo aparato técnico organizativo del comercio había sido producido por la industria.

La tercera etapa de esta globalización del capital señalada por el *Manifiesto* es la de extinción de la "base

nacional de la industria" que no sólo lleva a una expansión inusitada de la forma de trabajo capitalista a un número creciente de regiones que se vinculan al mercado mundial, sino que además, para mantenerse como tal producción capitalista, debe hacerlo utilizando productos industriales, las materias primas y las tecnologías elaboradas en las regiones más diversas del globo. Esta última tendencia delineada en el *Manifiesto*, posteriormente será utilizada por Marx para entender cómo fue posible que la crisis capitalista europea de 1847-1849 fuera superada provisionalmente mediante la expansión del capital industrial de Europa al resto del mundo e incluso, para dudar acerca de la posibilidad de victoria de una revolución social en Europa en tanto el capital siga avanzando pujantemente en un territorio geográfico más extenso del mundo.

La "mundialización" actual del capital, lejos de poner en duda el pensamiento crítico de Marx, es el presupuesto histórico sobre el cual él propone indagar las posibilidades de superarlo. "El capital es un producto colectivo; no puede ser puesto en movimiento sino por la actividad conjunta de muchos miembros de la sociedad y, en última instancia, sólo por la actividad conjunta de todos los miembros de la sociedad". Hablar del capital es hablar entonces de la remodelación del mundo como un todo para su dominio, de la tendencia siempre creciente, pero siempre inacabada, de la superditación del comercio, del transporte, de la producción,

del conocimiento, de la imaginación, del disfrute, del consumo a los patrones del capital, ya sea en términos formales externos o reales de su materialidad interna. Que ésta sea una tendencia creciente pero nunca acabada radica en que lo único que estrictamente es no-capital pero que a la vez es su fuente de vida, es el trabajo-vivo en sus diferentes formas corpóreas: las comunidades agrarias pero también, y ahora mayoritariamente, la potencialidad laboral en estado de fluidez, aún no objetivada, que despliega el trabajador social para crear riqueza material y simbólica.

La importancia y la minuciosidad tan actual con la que Marx devela esta cualidad inmanente del capital tiene por objetivo fundamentar positivamente el comunismo como asociación de productores en el que "el libre desenvolvimiento de uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos". Claro, si el capital como sociedad de antagonismos, explotación y beneficios privados como las anteriores sociedades escindidas en clases se levanta, sin embargo, sobre el trabajo social universal, la posibilidad de la emancipación humana como un todo deja de ser una añoranza infundada para hallar en esa universalidad perversamente trabajada por el capital, la condición material de posibilidad de una acción humana conjunta que ya no devenga en propiedad y poderío privado, sino en posesión y poderío común universal de los propios productores que la engendran.

Que la universalización del trabajo, creada por prime-

ra vez en la historia humana por el capitalismo, abra las posibilidades materiales de una acción conjunta de las capacidades y necesidades humanas, no significa ni que el capital ha producido esta interdependencia social deliberadamente ni que la sola presencia de esa universalización vaya directamente a crear la inminencia del comunismo. De hecho, estas malinterpretaciones están en el fondo de las actitudes de numerosos partidos e intelectuales que se proclaman marxistas y que se han desempeñado como fervientes aduladores del "progreso capitalista" pues, según ellos, eso prepararía las condiciones para el tránsito hacia el socialismo.

Lo que estos aduladores del capital no toman en cuenta o, mejor, esconden, es que esta interdependencia universal desplegada por el capitalismo no es propugnada, ni buscada ni propuesta por Marx: sencillamente es descrita, es explicada, es estudiada, ya que ésta se desenvuelve "frente a nuestros ojos". Pero, además, la universalización creada por el desarrollo del capitalismo sirve a ese desarrollo y es parte de ese desarrollo del capital; en otras palabras, la interdependencia universal es una fuerza productiva del capital que a medida que se expande y densifica lo hace en tanto expansión y densificación de la racionalidad empresarial. El desarrollo histórico de la universalidad es el desarrollo del capital, por lo que propugnar y alabar esa expansión de la interdependencia universal es sencillamente propugnar el desarrollo del capital, por mucho que se justifique que

"después" vendrá el socialismo como postre histórico.
La actitud de Marx en el *Manifiesto* frente a esta globalización del capital hay entenderla en todas sus implicaciones y, por sobre todo, indagar sus contrafinalidades, las potencias emancipativas ocultas en esta globalización, pero que hasta hoy se dan deformadas y retorcidas por la racionalidad capitalista dominante. El *Manifiesto* maneja dos dimensiones argumentales sobre la globalización: por una parte, la concreta, que es la globalización creada por y para el capital como mecanismo de acumulación ampliada. Por otro, la abstracta, despertada pero permanentemente reprimida por la primera, que habla de esta interdependencia positiva de los seres humanos a nivel planetario y cuya trascendencia va muchísimo más allá de esa miserable y frustrante manera en que se desenvuelve hasta hoy en el capitalismo.
Esta segunda dimensión abstracta ha surgido por influjo de la aquella primera dimensión concreta; sin embargo, la primera es sólo una manera estrecha y mutilada del posible despliegue de la segunda; pero además, para que esta segunda pueda derramarse sobre la historia se requiere previamente la demolición y sustitución de la primera pues ella a lo único que tiende es hacia sí misma. El que esta superación radical de la forma capitalista de la globalización sea factible, viene dado por el contundente argumento de que el capital es simplemente fruto (enajenado) del trabajo social, una forma de ese

trabajo social que deberá dar lugar, por autotransformación que no es otra cosa que autoemancipación, a otra forma del trabajo social-universal en la que sea capaz de reconocerse y disfrutar en común del producto de sus capacidades, etcétera.

Vistas así las cosas, resulta por demás evidente que la actual "globalización" del capital, puede ser entendida en su justa dimensión y profundidad como una nueva etapa de esa universalización del capitalismo de la que nos habla el *Manifiesto*, pero ante todo, como una etapa cuyo análisis crítico debe dejar traslucir las contrafinalidades, las contratendencias emancipativas del trabajo ante el capital que anidan materialmente en su seno y que precisamente los marxistas tienen que entender y potenciar por todos los medios al alcance.

En particular, lo que hoy con aires de novedad e ignorancia los liberales llaman globalización no es la existencia de un mercado mundial, que ya se inició entre los siglos XVI y XVIII; quizá lo específico ahora sea la fuerte tendencia a la generalización de las pautas de consumo y la cualidad de las mercancías cuyo circulación se fomenta, como el dinero, o se limita a través de despóticas políticas de proteccionismo estatal, como en el caso de la mercancía fuerza de trabajo, impedida de desplazarse libremente del sur al norte.

Lo singular de la actual forma de globalización tampoco es la expansión de la producción capitalista a todos los confines del mundo, pues eso se intensifica a

mediados del siglo XIX, como forma de superación de la crisis capitalista que vivió Europa. No por casualidad la atención de Marx desde los años cincuenta se desplaza de Europa a Oriente y hacia América, a las estructuras comunales y a la agricultura, pues precisamente es este "campo del mundo" el que comienza a ser objeto de subordinación formal y real por el capital. La revolución rusa, que por lo general es tomada como argumento o de una decadencia del capitalismo en el caso de los izquierdistas, o del fracaso de cualquier esfuerzo revolucionario anticapitalista, en el caso de los derechistas, en sus resultados y a la luz del *Manifiesto* comunista toma otro significado: en las limitaciones para expandirse planetariamente a fin de reforzar los embriones de autogobierno y autogestión económica de los trabajadores de la ciudad y el campo rusos, la revolución devino en una revolución nacional burguesa que bajo formas imperiales y de capitalismo de estado continuaron esa ola de expansión del capitalismo desde el centro hasta las "extremidades" de su cuerpo geográfico mundializado. Lo relevante hoy de este proceso de expansión de la producción capitalista a todo el orbe, es el acrecentamiento del abismo que separa a países y compañías que controlan las condiciones materiales de producción, invención y desarrollo de las modernas tecnologías, y los países y consumidores facultados sólo para acceder al uso restringido de productos terminados, mas no para producirlos o modificarlos.

Hablamos entonces de una descomunal jerarquización productiva no sólo globalizada, sino a la vez tecnologizada entre industrias, regiones y naciones.

La actual globalización del capital, en los hechos, vendría a continuar en un nivel más complejizado dos de las tres etapas señaladas como tendencias históricas por el *Manifiesto*:

a- La formación de una red de trasporte y comunicaciones por y para la industria. Ya dijimos que un primer momento de esta subsunción real de los medios de comunicación y transporte al capital se dio desde el siglo XIX cuando se modificó el aparato técnico y organizativo de la esfera de la circulación y distribución que comenzó a desenvolverse sobre una base tecnológica creada por la producción industrial (ferrocarriles, barcos a vapor, etc.) y en muchos casos como parte del propio proceso de producción. Tenemos entonces el inicio de la producción capitalista de una red material propia para el comercio mundializado a través de estos nuevos medios de transporte. Esta tendencia avanzó durante el siglo XX con el telégrafo, la radiocomunicación, el transporte aéreo, y ahora se habría entrado en un nuevo momento con la fibra óptica, la comunicación satelital y el uso de los ordenadores para la interconexión simultánea en red en la banca, el comercio, el transporte. Si nos fijamos bien, esta nueva base tecnología lo que hace es tupir la subsunción real de los medios de intercomunicación mundializados al capital que se inició

hace más de un siglo atrás. La peculiaridad de este nuevo momento de subordinación globalizada de los medios de comunicación y transporte es que está creando un tiempo de comunicación mundializado homogéneo y tendencialmente convergente a cero. Esto significa que el nuevo basamento tecnológico está creando, por un lado, una uniformización en los tiempos de circulación y distribución de los productos de una fábrica, país o región con los de cualquier otra fábrica, país y región del planeta; por otra parte, estos tiempos en que tardan en trasladarse materias primas, máquinas, capitales, productos de consumo y fuerza de trabajo, tanto al interior de talleres, países, como entre regiones distantes en el mundo, tiende a ser cero. Hoy en día las bolsas de valores y la comunicación por satélite permiten mover capitales e inversiones de un país a otro en cuestión de minutos, la producción intelectual puede fluir simultáneamente al mundo y los productos y personas pueden moverse de un continente a otro en cuestión de horas cuando esto tardaba antes meses o semanas. Sobre esta remodelación de la base comunicacional mundializada está surgiendo:

b- Una base mundializada de la propia producción. Ya hemos visto cómo el *Manifiesto* devela esta tendencia con el surgimiento de industrias que no emplean ni materias primas ni tecnología producida localmente, y que además producen mercancías que han de realizarse en un consumo igualmente mundializado. El nuevo mo-

mento de esta mundialización vendría a ser dado por el inicio de un proceso de trabajo inmediato planetarizado, esto es, que la propia actividad de producir un bien determinado no sólo requiere de materias primas, tecnología y mercados de otras partes del planeta, sino que la propia actividad de fabricación de un solo bien material o simbólico se realiza no localmente en un solo taller, sino en múltiples talleres descentralizados y ubicados en distintas partes del mundo de acuerdo a la explotación de las capacidades laborales, las oportunidades estatales y la concentración de medios de producción que brinda cada región para la elaboración de componentes separados, que luego serán ensamblados en un producto final.

Hablamos, por lo tanto, de un Proceso de Trabajo Directo mundializado o, si se prefiere, de que el mundo comienza a aparecer como espacio geográfico unificado, donde se despliega la actividad completa de elaboración de cualquier mercancía. La posibilidad de esta modificación de las relaciones específicamente productivas que convierte al planeta en un solo taller del cual las regiones y países sólo son zonas que producen partes del producto final, viene posibilitado por la modificación de la estructura de transporte y comunicación mundial, en la medida en que al reducir enormemente el tiempo de desplazamiento de cosas y

personas, permite poner en funcionamiento simultáneo y enlazado, procesos productivos parciales despa-

rramados a lo largo del globo.

Ciertamente que esta modificación productiva apenas comienza (las maquilas de los años sesenta y setenta son su inicio), pero ya señala el nuevo nivel de la subordinación del mundo al capital, en la medida en que el tiempo y la geografía, aparte de ser coaccionados a adecuarse a las necesidades de la valorización -como ha sucedido hasta hoy- su misma significancia material y la manera de vincularnos a ellas es reestructurada para aparecer como fuerzas productivas del capital.

Pero el *Manifiesto* no únicamente otorga los marcos conceptuales para volver inteligibles muchas de las "novedades" de nuestra época; lo hace porque precisamente realiza su crítica, porque indaga las contrafinalidades de estas tendencias, desde el punto de vista del potenciamiento del trabajo social emancipado: "el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la propia burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia de lo producido [...] de tal manera, la burguesía proporciona a los proletarios los elementos de su propia educación, es decir, armas contra ella misma". ¿Cómo es que el capital al expandir su dominio potencialmente socava las condiciones de ése su dominio? Porque al unir instantáneamente la producción y el consumo productivo de las más diversas regiones del mundo, el conocimiento y las capacidades laborales de los zonas más distantes del planeta, crea material y tecnológicamente las posibilidades de una "unión cada

vez más extensa de los obreros" en la medida en que es su trabajo la sustancia social que sostiene la intercomunicación y la interdependencia instantánea del capital. El capital es sólo trabajo enajenado, por tanto, la mundialización del capital es sólo la mundialización del trabajo, la interdependencia de sus capacidades y necesidades, pero de manera enajenada, falseada por el lucro privado. La globalización del capital lo es porque ya hay entonces una globalización del trabajo, sólo que reprimida, coaccionada a existir como globalización fetichizada de las cosas y del dinero. El triunfo planetario del capital que hoy día se festeja descansa sobre la posibilidad de un triunfo planetario del trabajo y, de hecho, el festejo empresarial es sólo una más de las maquinarias de guerra para aprisionar y deformar esa potencialidad mundializada del trabajo.

Sin embargo, esta potencialidad, para que brote, jamás lo hará por obra del propio avance del capital, pues éste se define precisamente por la ininterrumpida colonización, por la sistemática expropiación del cúmulo de fuerzas sociales anidadas en el trabajo, en este caso, de su interdependencia, de su fondo comunitario universal que habilita que el ser genérico humano sea un producto del propio trabajo del conjunto de los seres humanos existentes. Más su historia, por supuesto. Para que esta fuerza brote se necesita que los propios portadores corporales del trabajo vivo sean capaces de reconocerse, de desearse, de apropiarse material y di-

rectamente de lo que ellos hacen en común, esto es, a escala planetaria. El que esto suceda ya no es fruto del capital, sino de la autoconstrucción del trabajo frente y por encima de la que el capital hace cotidianamente de ellos. Se trata de un proceso de autonegación del trabajo en tanto trabajo-para-el-capital, es decir, se trata de un hecho político, cultural, subjetivo y organizativamente material que reclama al trabajo universal la capacidad de autoformarse, de autodeterminarse como sujeto histórico-universal. Las condiciones de esta autoemancipación señaladas por el *Manifiesto* las trataremos posteriormente.

2- El desarrollo tecnológico contemporáneo

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción, por consiguiente las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. La burguesía a lo largo de su dominio de clase [...] ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria, y a la agricultura, la navegación a vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la asimilación para el cultivo de continentes enteros [...] El creciente empleo de las máquinas y la división del trabajo quitan

al trabajo del proletario todo carácter propio y le hacen perder con ello todo atractivo para el obrero. Éste se convierte en un simple apéndice de la máquina [...] Cuanto menos habilidad y fuerza requiere el trabajo manual, es decir cuanto mayor es el desarrollo de la industria moderna, mayor es la proporción en que el trabajo de los hombres es suplantado por el de las mujeres y los niños.

Marx y Engels, 1980: 114-117

Nuestra época se caracteriza por una expansión extraordinaria de los medios de comunicación así como de consumo y ante todo de producción. Si en la época de Marx se empleó la máquina a vapor, el ferrocarril, el telégrafo, etcétera; hoy día la energía nuclear ha abierto una fuente de energía inagotable para poner en funcionamiento máquinas. Las investigaciones en materiales conductores están permitiendo el almacenamiento y transporte de ingentes cantidades de información en cada vez más diminutos y eficientes dispositivos; la microbiología ha abierto la posibilidad de modificar concientemente la estructura genética de organismos vivos y aplicar procesos biológicos a otras ramas del trabajo productivo; la computadora, las máquinas con control numérico y los robots son ya indispensables en gran parte de las industrias más productivas del mundo y las tecnologías de comunicación están convirtiendo al mundo en un solo gran taller que descentraliza sus

funciones parciales por continentes y países.

La realidad específica en que toma cuerpo esta modificación de los "instrumentos de producción" es ciertamente muy distinta a la vivida hace cien años, al igual que la pasmosa vertiginosidad con que se revolucionan en las últimas décadas esos "instrumentos de producción" y esos saberes nuevos que se "hacen añejos antes de llegar a cosificarse".

Este abrumador desarrollo de medios de trabajo, de medios de comunicación, de saberes científicos aplicados, ciertamente, muestra a una sociedad capitalista aparentemente vigorosa, capaz de modificar sus medios de producción, de seguir elevando la productividad del trabajo y de modificar las condiciones productivas para satisfacer ciertas demandas sociales haciendo brotar otras. Pero esta obsesión transformista del capital, estas ansias irrefrenables de revolucionar las condiciones de producción no son sinónimo ni de lozanía ni garantía de su indestructibilidad presente. Pensar que el capitalismo es hoy en día insuperable porque sigue transformando los medios de trabajo e incrementando la productividad laboral, tal como argumenta el pensamiento conservador contemporáneo, significa creer que el capitalismo tiene por objetivo histórico revolucionar las condiciones materiales de producción y en tanto lo haga, su vida estará asegurada. El error de esta creencia extendida es que sustituye a la finalidad implícita del régimen capitalista (la ganancia, la valorización del valor), por

el medio que es fetichizado, la transformación de las condiciones de producción. Curiosamente, la misma actitud esgrime cierto "izquierdismo" confesional que pretende explicar la debacle del capitalismo, pero ahora por su "incapacidad de seguir desarrollando las fuerzas productivas", como si ahí se definiera la esencia de esta estructura social. En este último caso, la paranoia adquiere rasgos clínicos, pues para defender sus puntos de vista tienen que invisibilizar la evidente transformación de los instrumentos de trabajo ocurrida en las últimas décadas y la intensificación de la productividad en determinadas ramas de producción (telecomunicaciones, microelectrónica, electroinformática, etcétera), que están contrarrestando las inocultables dificultades de acumulación que tiene el capital a escala planetaria. Pero estos pensamientos conservadores y pseudoizquierdistas surgen de una misma matriz fetichizadora de la técnica, de su avance o su parálisis como garantía de vitalidad o decrepitud del capital, como si el desarrollo tecnológico fuera lineal, único y cuantificable en una escala transhistórica.

Este tecnologicismo decimonónico olvida que la fuerza "motriz" del capital no es la "conquista de las fuerzas productivas" y que por tanto, su derrumbe no viene por su "incapacidad" de fomentarlas. Lo que mueve la sociedad capitalista es la valorización del valor, la ganancia monetaria acrecentada ininterrumpidamente, y lo que ha de llevarla a la tumba es precisamente la

imposibilidad de continuar la espiral de valorización. La técnica, para esos fines, es un medio que permite esta valorización desde el movimiento del propio proceso de producción, y así como la función social de las herramientas de trabajo están definidas por la intencionalidad de valorizar el valor que empuñan sus propietarios y controladores, y que las anteceden y las dirigen, la superación del capital tampoco está definida por las herramientas ("grado de desarrollo de las fuerzas productivas"), sino por los portadores de ellas capaces de encumbrar una nueva racionalidad social fundada en la dispendiosa satisfacción de necesidades sociales.

Veamos esto más de cerca.

Como lo muestra Marx en el *Manifiesto*, el capitalismo es fruto de medios de producción y de cambio que se "crearon en la sociedad feudal". Sobre esa base material formada en y para otro régimen productivo, el capital en tanto relación social emerge y se desarrolla; es pues, un desarrollo formal, ya que lo hace sobre una base tecnológica heredada; sin embargo, parcialmente refuncionalizada para acrecentar la acumulación de valor. Un afianzamiento real, o mejor, las condiciones de su autorreproducción vendrá desde el momento en que el capital sea capaz de crear su propia base tecnología, de fundarse materialmente a sí mismo, y eso será cuando la estructura técnico-organizativa del proceso de producción aparezca como resultado del propio capital, incluidas las fuerzas productivas. Para ello, el capitalis-

mo tendrá que revolucionar para sí y en función de sí las cualidades materiales de los medios de trabajo y los modos organizativos de su consumo capaces de tecnologizar la racionalidad del valor. En *El capital*, Marx a esto le llamará subsunción real del proceso de trabajo al capital. Pero al tiempo que es recién ahí que el régimen del valor logra cimentar sus propias bases materiales de despliegue, lo hace amalgamando la racionalidad del valor a la propia cualidad cósica de los medios de trabajo. Decimos por tanto que el capital es capaz de crear sus propias condiciones de desarrollo imponiendo un sello propio al desarrollo material de las fuerzas productivas, en este caso, subordinando, constriñendo ese desarrollo a la estrecha estrategia de valorizar el valor.
El capitalismo por tanto, no desarrolla indiscriminadamente las fuerzas productivas, sino que las mutila, las reprime a fin de que éstas sólo sigan la ruta que potencia la valorización del valor. Se trata de una unilateralización que anula las posibilidades de un desarrollo multilateral de las capacidades materiales del trabajo fomentando sólo aquellas capacidades susceptibles de servir, de ser compelidas a la lógica del valor.
No hay pues fuerzas productivas ingenuas o neutras. Cada herramienta, cada medio de trabajo fruto de la sociedad contemporánea incorpora en su cualidad material y en las formas de su uso un conjunto de intencionalidades sociales, un conjunto de dispositivos de orden que constriñen habilidades, prescriben comportamientos,

priorizan tales o cuales saberes, descartan otros, expanden tal o cual actitud grupal y aplastan otras según los requerimientos históricos generales de época que acompañan a las estrategias de valorización del valor. Parafraseando a Bourdieu se trata de una especie de habitus tecnológico implícito, no necesariamente explícito en los creadores científicos y en los financiadores, pero que se manifiesta a la hora de la creatividad inventiva y del fomento de la misma por las ramas empresariales. Todo el peso de la predisposición del régimen del capital y de sus anhelos se agolpan a la hora de la producción de tecnologías, convirtiendo a las herramientas más que en una prolongación de la habilidad del sujeto, en una prolongación material de la demanda epocal del régimen de valor, incluidas resistencias que trata de superar y que volverá a engendrar. Con las fuerzas productivas modernas, la enajenación del trabajo adquiere, pues también, una forma tecnológica.

El problema con las fuerzas productivas en el capitalismo y lo que permite hablar de la necesidad de la superación de ese régimen social no es que no se desarrollen; al contrario: es porque se desarrollan en demasía, es porque "resultan ya demasiado poderosas" para el régimen actual, como dice Marx, que es posible postular la necesidad de un nuevo régimen social de producción. No es la manifiesta escasez de fuerzas productivas ni su estancamiento, como piensa el negativismo catastrofista del izquierdismo confesional, sino su ten-

dencial abundancia lo que lleva a mostrarse ineficiente y retrogrado al capital. La abundancia de industria, de comercio, de civilización no muestra el vigor del capital, sino sus límites, sus impotencias, porque cada vez se ve compelido a constreñir la riqueza potencialmente anidada en esas actividades al estrecho interés del lucro, a la envejecida mirada de la ganancia.

La interdependencia universal del trabajo, la creatividad, el intelecto social general, la ciencia, todas ellas capacidades sociales que han despertado al influjo de la sociedad moderna y que llevan en ciernes una infinidad de fuerzas capaces de fortalecer aptitudes humanas y de satisfacer requerimientos colectivos, son sistemáticamente extorsionadas para adecuarse a la estrecha disciplina de la ganancia. Es por esto que el capital "aniquila" a las fuerzas productivas, les impone un devenir cercenado por la valorización; pero no bien procede a este tipo de mutilamiento las fuerzas productivas así desarrolladas como fuerzas productivas del capital, vuelven a delinear las potencialidades latentes que van más allá del valor de cambio y que nuevamente serán reprimidas, para volver luego a renacer con más fuerza. De hecho, el desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo, que en el fondo es un desarrollo de y para el capital, si algún motor tiene es justamente ahogar, vencer, capturar, erosionar tanto esas resistencias y autonomías erigidas por el trabajo frente al capital que limitan la autovalorización del valor, como las propias

potencialidades productivas que van más allá de la forma valor, de la forma mercancía y que están depositadas, aunque de manera abstracta, en las propias fuerzas productivas. En este sentido, las modernas tecnologías son el producto más auténtico y más enajenado de los trabajadores: son fruto de la laboriosidad e inventiva de la sociedad mundialmente considerada; éste es su lado trascendente. A la vez, surgen para arrebatar saberes obreros y depositarlos en la máquina, para doblegar resistencias laborales, para demoler conquistas y esfuerzos organizativos proletarios, para incrementar la intensidad y el volumen del trabajo impago apropiado por el capital. Las fuerzas productivas actuales, por ello son fuerzas materiales que posibilitan, que habilitan diariamente la enajenación del trabajo, la pérdida de sí del trabajador de su propia capacidad creativa. De ahí que Marx hable de cómo es que el progreso industrial "quita al trabajo del proletario todo carácter propio".

Es por este motivo material, amalgamado a la coseidad de los medios de trabajo, de transporte, de comunicación, de disfrute, de conocimientos sociales actuales, que la habilitación de una nueva forma social de producción no viene ni puede venir por "desarrollo automático" o mero crecimiento lineal de las fuerzas productivas. El desarrollo de las fuerzas productivas es, y existe en la actualidad, en tanto desarrollo dominante del capital, de su dinámica, de su intencionalidad convertida en máquina-herramienta, en conocimiento. Y

aunque este desarrollo sea cada vez más parcial, más contradictorio por el tipo de potencias sociales que tiene que supeditar y extorsionar (el trabajo y la universalidad del trabajo), no por ello deja de producir capital. Son precisamente estas características de las transformaciones tecnológicas las que permiten diferenciar el servilismo tecnicista, tan propia del conservadurismo de derecha e izquierda, de la posición crítica de Marx.

Cuando él hace referencia al impulso de las fuerzas productivas desplegado por la burguesía, lo hace de una manera crítica, esto es, hallando en la explicitación de su vigor y alcance, sus limitaciones, sus fragilidades ocultas, sus contrafinalidades. El que Marx destaque el desarrollo de las fuerzas productivas del capital, no tiene el sentido mistificador que toma en manos de liberales y pseudoizquierdistas que centran en la técnica como motor o halo que pone en movimiento o estanca la historia. Para Marx, las fuerzas productivas son una relación social, una relación social de producción que se diferencia del resto porque es una relación social objetivada en instrumentos y disposiciones cósicas de la materia; es por tanto una materialidad social-natural que permite fundar, enraizar en la propia objetividad de la materia, unas relaciones sociales, unas intencionalidades prácticas, un devenir histórico.

De ahí que el tratamiento de las fuerzas productivas lleve esta doble dimensión fusionada: la de la materialidad social y la de la materialidad física subordinada

a la primera, trabajada por la primera, pero donde esa primera cobra objetividad histórica.

Para que las fuerzas productivas modernas ineludiblemente desarrolladas como fuerzas productivas-del-capital se muestren como fuerzas productivas trascendentes al capital, no se las puede tomar tal como se presentan hoy, tienen que ser sometidas a una crítica práctica a fin de superar la intencionalidad social y la coseidad material de esa intencionalidad presente en la propia estructura de las herramientas de trabajo, que realizan objetivamente la enajenación del trabajo en capital. Las herramientas de trabajo, las máquinas y la ciencia aplicada hoy por hoy, son estructuras de disciplinamiento del trabajo; aun más, estructuras de coerción y extrañamiento del trabajo de sus propias capacidades, porque lo que esas fuerzas productivas cristalizan son las capacidades sociales del trabajo social; son pues, medios de enajenación del trabajo. El que se supere esta enajenación tecnologizada del trabajo exige una crítica de las tecnologías que ponga en pie la multilateralidad de sus potencias anidadas. Mas esto no sólo es un acuerdo o una nueva intencionalidad social conducente de la tecnología, es también, a fin de que esa nueva intencionalidad social quede fundamentada materialmente, una nueva estructura material de la propia tecnología, una nueva forma maquinal.

La actitud de Marx ante el desarrollo industrial se muestra entonces como una valoración despiadadamente

crítica de sus logros. No se acerca a las fuerzas productivas por lo que ellas hacen hoy, que lo sabe Marx, es enriquecer a sus propietarios privados y enajenar el trabajo; las considera por lo que ellas potencial y abstractamente contienen para la humanidad, más allá de la miserable forma frustrante en que hoy día existen. Su mirada no está puesta en lo que ellas hoy hacen, sino en lo que ellas podrían hacer una vez roto el caparazón capitalista que las agobia y encadena. Su mirada no se deposita en el presente para consagrarlo, sino en el presente para abolirlo, a partir preciosamente de las capacidades y necesidades, de las potencialidades materiales y subjetivas latentes y encubiertas que se hallan en él. Por eso su postura es crítica; crítica insuperable de nuestro tiempo, porque toma lo existente como punto de partida a ser negado por la propia fuerza potencialmente habilitada por ese presente. De esa manera, el porvenir como negación de lo actual, queda positiva y materialmente fundado. Es el caso, por ejemplo, del avance industrial moderno.

En los últimos 150 años, la industria viene engendrando una doble modificación de las relaciones estrictamente productivas. Por un lado, incrementando incesantemente la productividad del trabajo, al permitir mediante nuevas máquinas reducir el tiempo que requiere un trabajador para producir una mercancía, en comparación al estado tecnológico anterior. En otras palabras, el tiempo de trabajo directo aplicado a cada mercancía

y en cada proceso de trabajo por separado, tiende a ser irrelevante frente al trabajo social-general; y el trabajo de cada obrero particular tiende a disolverse, en la propia mercancía considerada individualmente, por lo que Marx llamara en los Grundrisse "la fuerza productiva general del individuo social".

Por otro lado, el empleo de las máquinas, el control computarizado y los robots, vienen creando una nueva composición orgánica del consumo de la fuerza de trabajo en las últimas décadas al priorizar, al menos en las ramas productivas con mayor inversión tecnología, el consumo de la fuerza de trabajo intelectual y tendencialmente, soslayar el consumo de la parte muscular de la fuerza de trabajo. Las máquinas sustituyen trabajo físico-muscular ampliando la exacción del trabajo intelectual de los obreros al interior de los procesos de producción. El llamado "fin del trabajo", la "tercera ola", la "sociedad del conocimiento", son otros tantos calificativos retóricos a esta modificación social y tecnológica en la forma de utilización de la fuerza de trabajo obrera en el proceso de producción, que lejos de desvanecer las condiciones de explotación, las despliegan en un espacio mucho más vasto. Ya no se trata solamente del dominio del trabajo científico a los designios del capital a través de la intensificación de los lazos que unen la ciencia, como esfera de la división del trabajo, con la producción.

Claro, el trabajo humano considerado en su compo-

nente intelectual y creativo es la parte de la fuerza de trabajo más estrictamente humana e insustituible por las máquinas, y es ella justamente la que en las últimas décadas está siendo subordinada al interior de los propios procesos laborales industriales, por el desarrollo del capital. En términos estrictos estamos ante una subordinación general de la capacidad intelectiva de la fuerza de trabajo obrera como parte nuclear y final de la subordinación del proceso de trabajo al capital. Las modernas tecnologías que se desparraman por todas partes del mundo, lo que buscan es crear un basamento material mundializado para esta renovada supeditación del trabajo en el capital.

El primer momento de este avasallamiento tecnologizado del trabajo está explícitamente tratado por Marx en el *Manifiesto comunista* cuando se refiere al crecimiento de la productividad y a la desvalorización de la habilidad física para el trabajo con la instalación de la gran industria y el sistema automático de máquinas.

Los resultados de esta modificación procesual de la actividad laboral son claras: supeditación del trabajador a la máquina ante la cual el obrero aparece como "un simple apéndice" que debe realizar "las operaciones más monótonas y de fácil aprendizaje", lo que lleva a que el trabajo de niños y mujeres pueda suplantar al de los varones.

Las consecuencias políticas de este recubrimiento son la erosión de las formas organizativas del obrero de

oficio, la descualificación del trabajo, la rutinización de las actividades laborales que durante el siglo XX adquirieron un sostén técnico-organizativo con el *fordismo-taylorismo*.

Un segundo momento de esta subordinación real es la que es señalada en términos abstractos por Marx, cuando habla del protagonismo del trabajo social considerado como un hecho global por encima del trabajo individual al interior del proceso de producción. Esto, cuyos inicios ya se dieron en el siglo XIX, en las últimas décadas ha tomado dos dimensiones. La primera dimensión: una creciente socialización de la producción de las principales tecnologías de punta. Ya sea la elaboración de los microprocesadores de la investigación en biología molecular en aceleradores de partículas subatómicas, en inteligencia artificial, en semiconductores, etc., las condiciones materiales de invención y producción de estas ramas del conocimiento aplicado, en torno a las cuales giran el desarrollo de las modernas fuerzas productivas, sólo pueden ser ahora emprendidas por la acción conjunta de los centros de investigación de varias empresas conjuntas, o por la asociación de los presupuestos estatales y ejércitos de científicos de varias naciones. La dimensión de la materialidad social requerida para emprender estas investigaciones, tanto en infraestructura (capital fijo), como en volumen de saberes y profundidad de los mismos (fuerza de trabajo especializada), ha vuelto obsoleto al antiguo

investigador que solo, en el traspatio de su casa o el cubículo de la universidad, entregaba a la humanidad la utilidad de su invención. Hoy día, el conocimiento científico y su aplicación tecnológica requieren del trabajo interunificado en redes de numerosos laboratorios y las inversiones de varios países, a fin de lograr avances significativos en el área estudiada. Se puede decir que estamos asistiendo a una radical elevación de la composición orgánica de los procesos de producción científica, que tienden a hacer reposar en la propia estructura social-mundial la posibilidad material de su continuidad y avance.

La segunda dimensión: la forma de una configuración del consumo material de la fuerza de trabajo que prioriza la subordinación material del aspecto intelectivo y creativo que contiene esa fuerza de trabajo, por encima del meramente físico-muscular; y la cada vez más irrelevante significación del trabajo directo, aplicado en el proceso de trabajo en el producto, frente a la "fuerza productiva directa" del intelecto social general, del conocimiento, del cual el propio trabajo del obrero ya forma parte.

La importancia del desarrollo de esta tendencia, descrita luego con una lucidez asombrosa aun para nuestros días en los Grundrisse, radica en que "el trabajo en forma directa deja de ser la gran fuente de la riqueza", pues el tiempo de trabajo directo del obrero aplicado (y explotado) en la producción, y el tiempo en el cual

trabaja, potencialmente deja de ser la medida de esa riqueza, pues tiende a mostrarse como un "fundamento miserable" frente al campo de posibles materias que abre la presencia de la "fuerza productiva general" o intelecto social general. Tenemos por ello que el conocimiento se convierte en fuerza productiva directa o condicionante del proceso de producción bajo tres formas históricas específicas: en tanto máquinas o "potencias objetivadas del saber"; en tanto "combinación de las actividades humanas" o nuevas formas de organización del trabajo; y en tanto fuerza de trabajo intelectual obrera o nueva forma del consumo de la fuerza de trabajo en la producción, que viene a redondear el sentido de las transformaciones técnicas y las variaciones organizativas del trabajo social. Lentamente, el "intelecto social general" se está postulando como la más importante fuerza productiva del trabajo social, y ello no simplemente como una más de las ramas de la división del trabajo; sino también en el hecho organizativo de la producción y en la mismísima forma de existencia social de la capacidad de trabajo obrera al interior del proceso de trabajo.

Pero ésta es una contradicción inmanente al propio capital, pues ese miserable régimen se levanta precisamente sobre "el robo del tiempo de trabajo"(Grundrisse). En sí misma y para sí misma, la sociedad basada en el valor de cambio, en su afán de lucro, va engendrando, aunque de manera abstracta, las propias posibilida-

des de superar el valor de cambio como medida de la riqueza, esto es, el régimen del capital.

Mas esta potencia tan evidente hoy en las ramas de la producción de punta (biotecnología, telecomunicaciones, microchips, etc.) sistemáticamente viene siendo ahogada y retorcida por los fines de la valorización del valor. Si bien se reduce la importancia del tiempo de trabajo directo en la producción de cada mercancía, esto es así porque ayuda a ampliar el tiempo de trabajo excedente del total de la jornada laboral, pues con menor tiempo de trabajo el obrero es capaz de reproducir la parte de su tiempo de trabajo que le es retribuido (salario). Si bien la máquina sustituye el tiempo de trabajo directo del obrero, actualmente lo hace para disminuir únicamente el trabajo manual simple y absorber más tiempo de trabajo intelectual y muscular complejo. Si bien la máquina vuelve más sencillas las funciones activas del trabajo, en el capital lo hace para atomizar y fragmentar las condiciones materiales de organización obrera y para llevar por medios técnicos el despotismo empresarial frente al trabajador.

En otros términos, el capital despliega las potencias del trabajo social sólo como abstracción, como fuerzas subordinadas y continuamente castradas por la racionalidad del valor mercantil. El que estas tendencias puedan salir a flote no es un problema ya del capital, que jamás mientras exista permitirá que afloren por sí mismas; es un problema del trabajo frente y contra el capital, a par-

tir de lo que el capital ha hecho hasta aquí.

Hasta la propia crisis, que es el instante donde con mayor intensidad se devela esta contradicción en movimiento llamada capital, donde con inusitada violencia salen a flote las impotencias del capital, de no intervenir de manera agolpada la acumulación objetiva-subjetiva de autoconstrucción del trabajo ante el capital, esas crisis, estas impúdicas desnudeces de las impotencias de la lógica reproductiva moderna, devienen en otras tantas fuerzas que lo lanzan a devorar nuevamente el porvenir. ¿Cómo vence esta crisis la burguesía?, se pregunta Marx: "De una parte, por la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos". Las fuerzas productivas del capital aparecen así como fuerzas destructivas de la humanidad, fuerzas destructivas que relanzan al capital a la conquista de nuevas zonas (subsunción formal) y al tupimiento de las anteriores (subsunción real en un nuevo nivel hasta alcanzar la propia fuerza de trabajo). La destrucción emerge así como coproducción de capital y lo que desde el punto de vista histórico es manifiesta impotencia, aparece como potencia del capital que la saca del fango.

No hay por tanto "ni desarrollo de las fuerzas productivas" ni crisis que prepare automáticamente el derrumbe del capitalismo; lo que ellas hacen es, por sí mismas, acrecentar el espacio de realización del capital. Para

que las fuerzas productivas funden las condiciones materiales de una nueva sociedad, para que las crisis lleven a la agonía a la civilización del valor, se necesita desplegar al interior de ellas, de las fuerzas productivas y las crisis, las fuerzas de autoorganización del trabajo. Esto es, se necesita romper a través de una acumulación convergente de rupturas, tanto corpusculares como totalizantes para la forma del desarrollo de las fuerzas productivas para y por-el-capital, y reconvertirlas en fuerzas productivas del trabajo; igualmente, se requiere que la crisis que saca a la luz las impotencias declaradas del capital, sean simultáneamente, la manifestación abierta del poderío del trabajo reapropiado por el propio trabajo en estado de
autoconciencia, de autoemancipación.

Precisamente ésta es una de las grandes debilidades históricas del trabajo en los actuales momentos que, a diferencia de lo que vivió Marx, se revela frente al capital como poderío pulverizado, reestructurado por el capital a sus fines. La revolución de 1848, la única revolución moderna hasta hoy donde el capital, aunque a escala continental en su medida, vio la propia muerte cara a cara, pudo adquirir tal dimensión porque las larvarias resistencias, las silenciosas y abiertas rebeldías del trabajo en el proceso de trabajo y a escala social, manifiestas como impotencias del capital para seguir subordinando al trabajo como lo venía haciendo hasta entonces, tomó la forma de una crisis económica y política generales

que abarcaron a lo fundamental del espacio capitalista (continental hasta entonces). La crisis de producción que inicialmente involucró a unas pocas ramas industriales inglesas, por las propias relaciones de interdependencia, se articuló en una sucesión encadenada de sucesos (aunque no simultánea) con las resistencias y las insurgencias del trabajo en el espacio circulatorio local y luego productivo-reproductivo del continente, dando lugar a que la crisis devenga en revolución.

La crisis puede ser vista inicialmente como momento fragmentado de los emergentes poderíos del trabajo, que engendran como sumatoria cualificada un punto de bifurcación a partir del cual el capital ya no puede reproducirse como lo hacía hasta entonces. El capital se manifiesta como impotencia, como incapacidad explícita de continuidad regular y por tanto en eufórica búsqueda de los nuevos patrones de docilización del trabajo. En este nivel de condensación social, el capital se encumbra como un flujo denso de explosivos antagonismos en estado de fluidez, pero también las fuerzas del trabajo, cuya insumisión comienza a producir contrafinalidades que se vuelcan contra él; éste es el caso del paro o la devaluación monetaria, tan propias de toda crisis y que intentan incrementar la competencia obrero-popular en la obtención de sus condiciones de reproducción física. Éste es el instante en que la crisis se presenta como la preparación del relanzamiento del capital, que como un todo pretende

sobreponerse a las insolencias productivas y consuntivas parceladas del trabajo.

Eso se comenzó a vivir en Inglaterra y Europa desde 1847 y a una escala mundializada desde 1870. Pero esta crisis del capitalismo desembocará en la Europa de 1848 en revolución, y fue posible poner en duda la vigencia, tanto del sentido social de los medios de trabajo como del propio régimen del capital, porque esas disidencias del trabajo tuvieron la capacidad no sólo de interunificarse a nivel de múltiples ramas productivas, de sectores de la producción, de la circulación y el consumo, en fin, a nivel nacional; sino de entrelazarse embrionariamente a nivel continental, aunque bajo la forma de múltiples formas de identidad: obrera en Francia y en parte en Inglaterra; burguesa en Alemania y en Suiza; nacional en Eslovaquia, Hungría, Polonia, etcétera. El trabajo, con distintas maneras de agregación, propias o prestadas, se pondrá en movimiento ante el orden de cosas existente que, a esas a esas alturas de la historia, a pesar de la presencia de relaciones productivas pre o semi-capitalistas, está bajo el dominio del capital.

Que esta acción social de insurgencia política pueda darse, no fue antes, ni mucho menos ahora, una cuestión de mero agravamiento de las penalidades. Las masas no son los ratones de Pavlov, que responden según la intensidad de los choques eléctricos. De hecho, la revolución iniciada en 1848 alcanzó su cresta de ola cuando las dificultades económicas aminoraron.

La crisis se metamorfoseará en revolución porque en la experiencia colectiva de las masas trabajadoras se vertirán, simultáneamente, un conjunto de experiencias de insumisión de larga data y que al menos desde las revueltas de 1830 en Francia, van creando un terreno de disposiciones colectivas, de redes laborales de interunificación continental, de experiencias prácticas racionalizadas como sentido común actuante, que son detonados y tensados al momento de los primeros estallidos revolucionarios de 1848 en París.

Hay una historia acumulada que, esto es decisivo, se exterioriza en las actitudes de un sujeto colectivo proletarizado (Francia) y en proletarización (Alemania, España, Italia), nacional y en nacionalización (Italia, Checo-Eslovaquia, Polonia) de larga data; esto es, de un sujeto social cuya estructura material de colocación lleva más de cincuenta años de expansión (desde la Revolución Francesa de 1789) y por tanto, portador de una subjetividad colectiva capaz de reconocer en el accionar práctico de unos el accionar propio, y viceversa. Parafraseando al Marx de 1860, existía la facticidad actuante de un "partido" del trabajo en el "gran sentido histórico de la palabra", esto es, como movimiento de autoconstrucción colectiva del trabajo frente a los poderes dominantes (burguesía en Francia e Inglaterra; imperio absolutista en Austria, Rusia, Italia; nobleza terrateniente en Alemania, etc.); movimiento de autoconstrucción social, que a pesar de abarcar múltiples

formas organizativas "efímeras" (ligas obreras secretas o públicas, trade unions, sindicatos, movimientos de autonomía nacional, periódicos, personalidades) era capaz de actuar como una red apenas se ponían en marcha rebeliones en algún lugar.

En cambio, la situación actual desde 1970 en el mundo es muy distinta.

La crisis de sobreacumulación que se manifestara inicialmente como crisis de la llamada forma de gestión ford-taylorista y del "estado de bienestar" que lo acompañó, tiene como raíz el cúmulo de disidencias, de indisciplinamientos y nuevas pretensiones de trabajo y de consumo que la masa laboral mundial de manera dispersa, pero simultánea, comenzó a desplegar años atrás. La pretensión de superar estas trabas de valorización sobre la base de la sola intensificación de la forma de desarrollo tecnológico y organización al anterior, sólo relanzó la crisis, pero ahora en tanto tendencia decreciente de la tasa de ganancia, basada sobre una composición media histórica del capital y una forma de consumo de la fuerza de trabajo que había prevalecido desde los años cuarenta.

Como no podía ser de otra manera, el capital desde entonces ha buscado reestructurar sus relaciones materiales de poder sobre el trabajo para superar esta crisis. Para ello ha procedido a diversas medidas que hoy se las conoce como "reformas neoliberales":

a- Desmantelamiento del estado de bienestar con el

consiguiente desconocimiento arbitrario de los pactos entre patronal, Estado y parte de la fuerza de trabajo organizada en sindicatos. Drástica reducción del precio de la fuerza de trabajo vía debilitamiento o extinción de la seguridad social y el empleo seguro.

b- Adelgazamiento material de los grandes centros industriales; fragmentación de la producción para desconcentrar fuerza de trabajo costosa y peligro por su sola concentración geográfica. Producción en red y mundialización del proceso de trabajo inmediato.

c- Violenta campaña contra las estructuras tradicionales de la fuerza de trabajo, especialmente sindicales, pero también de vida barrial y cultural.

d- Redoblado disciplinamiento del trabajo a los cánones del comportamiento individualizado y en términos de la propiedad; ciudadanización por la vía de la convocatoria atomizada del contribuyente (propietario individual de algo).

e- Desconocimiento de las estructuras colectivas de trabajadores (sindicatos, asociaciones, etc.) como interlocutores validos ante el Estado. Disolución de las formas de ciudadanización (adquisición de derechos públicos) vía el sindicato. Gigantesca ofensiva para monopolizar en los partidos y el ritual electoral las formas de gestión políticas legítimas. La globalización de una pseudo-democracia que simula mediar entre sociedad civil y Estado.

f- Modificación de las formas de organización del tra-

bajo en la producción, circulación y distribución de mercancías: involucramiento obrero en la calidad de los productos (círculos de calidad, vigilancia entre obreros); polivalencia laboral, quiebre de las tradicionales maneras de ascenso por antigüedad.

g- Tendencial variación en la forma de consumo de la fuerza de trabajo: creciente sustitución del valor de uso de capacidad de trabajo, definida en términos de fuerza muscular, y priorización del otro componente orgánico de la fuerza de trabajo, de la capacidad intelectiva y comunitaria al interior del proceso de trabajo.

h- Innovación tecnológica capaz de objetivar estas modificaciones sociales en el movimiento maquinal de los medios de trabajo. Robotización y cibernetización de muchas de las actividades laborales tradicionales.

i- Refuncionalización de técnicas, de estructuras laborales, de formaciones comunitarias, de saberes y esfuerzos laborales no-capitalistas, hacia la acumulación capitalista. Subordinación congelada de las fuerzas laborales de comunidades agrarias, de las unidades domésticas urbanas, de las comunidades urbanas, de relaciones de parentesco, del prestigio, de las fidelidades religiosas y locales en función de la valorización de ramas estrictamente capitalistas (industriales, comerciales y financieras). Complejización de la identidad material del trabajo.

j- Nueva división mundial del trabajo.

k- Búsqueda de una nueva composición orgánica del

capital a escala planetaria e histórica, que condense material y organizacionalmente la supeditación del trabajo al capital capaz de impulsar una nueva ola de expansión planetaria del capitalismo.

Cada una de estas modificaciones, allá donde han acontecido, han provocado renovados procesos de resistencia, pero de una cualidad social muy distinta a los descontentos y luchas de hace 130 años.

En primer lugar, se trata de luchas meramente defensivas, o lo que es lo mismo, ancladas en un horizonte definido por el pasado. Las rutas por las que las abundantes y dispersas resistencias laborales han sido encausadas, están marcadas por una actitud evocadora de los antiguos pactos, de las antiguas prebendas sociales, que no eran otra cosa que formas histórico particulares del propio dominio del capital. Al reducirse a una querella por el regreso al status quo, las luchas de resistencia no sólo desnudan un conservadurismo entendible pero fatal, sino que encima desfasado desde el momento en que se elogia una situación de sometimiento que los propios dominantes han desechado por obsoleta. Los fantasmas de los muertos comprimen el cerebro de los vivos que añoran un pasado desvanecido y rebasado por la arrogancia práctica de los verdaderos usufructuarios. Es cierto que en este acto de reminiscencia histórica hay una defensa de lo poco poseído, pero eso es precisamente lo que lo convierte en drama, por cuanto se trata de una añoranza deliberada de la opresión

anterior refrendada por los derechos adquiridos y reivindicados. De una manera extraña y desconcertante, el esclavo vuelve sobre la huella de sus cadenas para reivindicarlas como programa y al hacerlo, entrega voluntariamente las banderas de la reforma a quienes precisamente encarnan su negación.

Ante esta mirada el porvenir es una parálisis, peor aún, un regreso. La actitud propositiva de las plebes insurrectas, tan propia de las revoluciones, aquí es sustituida por el temor atrincherado a perder sus antiguas cadenas. El mundo no se presenta como un mundo que ganar, sino como un mundo que rechazar y conservar tal como nos fue dado. No hay sumisión buena que conduzca a la emancipación y eso lo viven trágicamente las fuerzas del trabajo que ven con pasmo como "todo lo sólido se desvanece en el aire" (Shakespeare); mas no faltan los aduladores que encumbren el sometimiento popular en nombre de una revolución ideal que juega con los delirios de las estrechas mentes de puñados de sectas confesionales autotituladas "vanguardias".

Llegado a este punto de abandono de una iniciativa histórica, las resistencias en vez de interconectarse y expandirse, se contraen, pues de lo que se trata es de preservar frente a los demás, ante los poderosos y ante otros (mayoritarios) sectores subalternos desprotegidos, los pequeños privilegios conseguidos con anterioridad. La resistencia se metamorfosea en competencia intralaboral, entre los que aún poseen un poco y lo

quieren defender para sí, y una nueva inmensa masa laboral carente de beneficios.

La suma de resistencias locales no alcanza entonces un punto de bifurcación que las integre; todo lo contrario, cada nueva resistencia vuelve a atomizar el campo de las luchas laborales. La moderna fragmentación material de la producción hallará en todo esto su correlato organizacional e intersubjetivo, dando lugar a que prevalezca ese individualismo apriorístico al interior de los propios sectores populares, que no es otra cosa que su constitución social en términos de propietarios-mercaderes privados. La lucha ya no se presenta por tanto como una construcción social expansiva, sino como un "encuevamiento" corporativo; se trata de una "lucha contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia", como hacen ciertos estamentos medios que, por su contenido, desde el punto de vista del *Manifiesto comunista* "no son revolucionarias, sino conservadoras. Más todavía, son reaccionarias porque pretenden volver atrás la rueda de la historia". La inmensa mayoría de las luchas de los obreros sindicalizados, del magisterio y los distintos sectores corporativamente reconocidos por el antiguo Estado benefactor y que actualmente son golpeados por el Estado neoliberal, desde hace casi dos décadas llevan este recorrido y ese sino fatal de derrota prolongada.

Que esto suceda de la manera que lo hace, habla ciertamente de una acentuada conciencia conservadora, de

una arraigada disposición práctica de las más importantes fracciones sindicales del proletariado mundial, a reactualizar una lucha ante el capital concebida como mero regateo de concesiones y derechos para la subordinación. Este habitus labrado por los sobornos estatales del Estado benefactor y sus pequeños cachorros partidarios son, no cabe duda, la sustancia con la que se moldeó la "acumulación en el seno de la clase" (Zavaleta), pero que ahora se desvanece paradójicamente por iniciativa prepotente del propio capital, que no requiere ni busca pactos sociales para distribuir el disminuido excedente social.

En segundo lugar, y también a diferencia de lo que aconteció con la revolución de 1848, la crisis general actual no descansa sobre las espaldas de una forma de proletarización social ascendente, como en los años cuarenta del siglo pasado, sino sobre el desmantelamiento de la existente y el proyecto de erigir una nueva forma histórica de esa proletarización social. La crisis económica contemporánea no reposa sobre fracciones laborales imprescindibles para el programa de desarrollo del capital, como lo fue el siglo pasado (industria manufacturera en textiles, acero, obreros de oficio), sino sobre el desmantelamiento o inferiorización de las ramas productivas anteriormente más importantes y más organizadas del proletariado (automóviles, siderurgia, carbón, petróleo, etc.) y el repunte privilegiado de nuevas ramas industriales construidas sobre los

hombros de un proletariado nuevo, desorganizado, carente de experiencia asociativa, en feroz competencia interna (industria electrónica básica, telecomunicaciones, industria aeroespacial, etcétera).

El proletariado históricamente ascendente, esto es imprescindible para llevar adelante los proyectos de reorganización del capital, no es ni el proletariado tal como estaba organizado hasta hoy, ni, esto es lo peculiar, un proletariado asentado en las ramas tradicionales de la antigua expansión del capital.

Lo primero de hecho explica el sentido empresarial de cualquier crisis: la búsqueda por erosionar y doblegar modos de autoorganización, de resistencias peligrosas del trabajo ante el capital y, por tanto, la necesidad de reestructuración técnico-organizativa de las modalidades de ejercicio de las antiguas actividades productivas. Esto viene aconteciendo desde los años sesenta a través del llamado posfordismo, industrialización difusa y otras modalidades de gestión productiva que se innovan a nivel planetario.

La segunda, en cambio, va más allá de la simple modificación de la estructura interna de los procesos laborales en las antiguas ramas; la presupone, pero ante todo, modifica los propios fundamentos materiales e históricos de la proletarización social, al reestructurar el funcionamiento de la economía global, de las economías locales, de las ramas industriales y de la colocación estructural del proletariado, más sus gradaciones

internas, a partir de la apertura expansiva, tecnológicamente dirigente, y económicamente dominante, de ramas laborales y formas de consumo de la fuerza de trabajo diferentes a las que hasta aquí habían existido.

No sólo estamos ante una reorganización de las condiciones de trabajo del proletariado; también se despliega ante nuestros ojos el surgimiento de un nuevo tipo de proletariado, de una nueva vinculación entre las actividades laborales mundiales, eso es, una nueva forma de relacionamiento entre los trabajadores a escala planetaria que modifica las hasta aquí labradas, y con ello, estamos presenciando una manera distinta de vinculamiento de las actividades formalmente subsumidas al capital mundial con las ramas económicas (productivas, circulatorias y financieras) realmente subsumidas al capital.

La estructura material del trabajo y del capital se reconfiguran ante nuestros ojos, y con ello, la propia estructura material de la constitución del trabajo, del trabajo asalariado y de la clase obrera. Esto, que hemos de denominar nuevo tipo de la formación histórico material de la proletarización social, es lo que conspira para que esta crisis se dé bajo el manto de estupor político del trabajo, de desapasionamiento, de encadenamiento interrumpido, ya no de interunificaciones, sino de fragmentaciones que arrastran tras de sí las contadas reunificaciones del trabajo que por acá o por allá emergen de vez en cuando. Entender las renovadas maneras de la

constitución de las clases sociales en la sociedad contemporánea, de sus escisiones y fusionamientos históricos es precisamente otro de los espacios de vigencia actualísima del *Manifiesto Comunista*.

3- ¿Quiénes son burgueses y proletarios? Las luchas de clases, y luego entonces las clases sociales como movimiento estructural

A) Burgueses y proletarios

La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases.

Marx y Engels: 1980, pág. 111

Con esta frase contundente Marx abre el primer capítulo del *Manifiesto*. El objetivo es claro: se trata de mostrar que las diferencias y antagonismos sociales que emergen en la actualidad no son exclusivos de la época de la redacción del *Manifiesto*, sino que bajo modalidades y densidades distintas se han dado en otros momentos históricos conocidos hasta entonces y que los habremos de encontrar en cualquier recorte que hagamos de la sociedad capitalista.

Respecto a la lucha de clases en sociedades anteriores a la capitalista, en una nota de 1888, Engels aclara que estas divisiones sociales surgieron al desintegrarse las primitivas formas de organización comunales cuya existencia casi no se conocía en 1848.

Actualmente existe publicado un abundante material donde Marx, después de la redacción del *Manifiesto comunista*, estudió las estructuras comunales agrarias en distintas partes del mundo, y una también extensa discusión al respecto, además de estudios etnohistóricos sobre la realidad comunal en la época de la expansión del capitalismo al mundo.

Sin embargo, son importantes dos aclaraciones sobre el tema. Una es el estudio de las formas productivas comunales arcaicas, donde las relaciones de poder sociales no toman la forma de polos escindidos y con sus propias reglas de autorreproducción; y la otra es el estudio de formas comunales arcaicas y modificadas como comunidades agrícolas, pero inscritas en un contexto más amplio de flujos de fuerzas sociales contradictorias claramente condensadas en estructuras de perpetuación de las diferencias delimitadas. La primera, corresponde a una época extremadamente remota y aún poco estudiada por las dificultades que implica remover las innumerables lozas de la historia pasada hasta llegar a esos períodos. La segunda, en cambio, corresponde a la presencia de estructuras comunales que, por una parte, se definen frente a una sociedad mayor configurada como Estado despótico, Estado colonial o Estado capitalista y, por otra, presentan estratificaciones sociales internas que se intensifican ante las extorsiones de las sociedades mayores que las dominan.

En este segundo caso, que es el que corresponde a nues-

tra realidad, significa que frente al conglomerado social dominante, los miembros de la comunidad se definen como clase porque en términos de sus condiciones de vida, de vínculos económicos consistentes, de actitudes culturales y políticas, su campo de posibilidades -además de ser distinto al campo de posibilidades materiales definido por el de los sectores poseedores del poder estatal prevaleciente, de la actividad económica dominante y la cultura legítima- se hallan en relaciones de subordinación, de sometimiento frente a ellas. Los miembros de una comunidad en cualquiera de sus formas y por sus vínculos ineludibles frente a estructuras sociales mayores y dominantes, son por tanto, clase social; y las formas de llevar adelante o de impugnar estos vínculos respecto a la sociedad económica, política y culturalmente dominante, no harán más que consagrar ésta, su posición de clase.

Que estos miembros de la comunidad no sean una clase "clásica"de la sociedad moderna, no elude su existencia histórica. Sólo los beatos del texto pueden pretender hacerla encajar en las "clases" prescritas por una "sagrada escritura". Frente a este idealismo vulgar que pretende explicar la Historia adecuándola al concepto, Marx ha de reivindicar a la Historia como lugar desde donde debe nacer el concepto como manera de volver inteligible su devenir. Y si bien es cierto que en el *Manifiesto* Marx no habla de la comunidad, no es porque ella no exista sino, como lo aclara Engels, porque para

entonces era desconocida por la ausencia de estudios sobre el tema.

Cuando en los años cincuenta Marx se sumerge en una investigación más profunda para entender el surgimiento y la función del dinero, revisa la bibliografía sobre sociedades no mercantiles y la trabaja en el primer borrador de *El capital*. Más aun, cuando Marx se lanza a investigar cómo es que la racionalidad capitalista avanza en la subordinación del mundo a la forma productiva social del valor (inicio de las acumulaciones originarias en muchas regiones del globo), la importancia, como resistencia y potencialidad revolucionaria de las estructuras sociales existentes en las "extremidades del cuerpo capitalista", será un elemento que atravesará todo su pensamiento, llevándolo a crear nuevas categorías que den cuenta de esta exuberante realidad social.

Una conceptualización mucho más precisa y completa, coetánea de las relaciones capitalistas y formas comunales modificadas pero supeditadas al capital, como sucede desde mediados del siglo XIX en todo el mundo, la encontraremos en *El capital* con las categorías de "Subsunción formal y real de los procesos de producción, circulación y consumo al capital". Incluso, Marx avanzará en una caracterización más rigurosa sobre un tipo de colonialismo contemporáneo a partir, precisamente, no de la subordinación del proceso de trabajo inmediato, que supone ya una cierta homogeneización mercantil de las relaciones laborales y culturales de la

sociedad, sino de la subsunción general de los procesos de producción y circulación social al capital comercial, que suponen una cualidad no mercantil del proceso de trabajo inmediato (comunal o pequeño-campesino) pero sin una incorporación creciente al circuito mercantil de la esfera de la circulación y el consumo local. En este caso, hablaríamos entonces que este tipo de colonialismo más que una realidad cultural, sería ante todo una realidad reproductiva; esto es, fundada en el nivel de la estructuración de las condiciones de reproducción social-natural, de un espacio social delimitado. La cualidad del colonialismo en general y del "colonialismo interno" en particular vendría dada inicialmente por la supeditación formal de las relaciones sociales de las estructuras comunales al capital y, por tal motivo, simultáneamente, por la constitución de los miembros de la entidad comunal en clase respecto a las clases sociales que configuran la realidad capitalista externa que los engloba. Los problemas para la formación de la identidad de clase, que en este espacio es una identidad intercomunal o supracomunal, son similares al resto de las clases subalternas en cuanto a superar la fragmentación social que, aquí, no sólo es promovida por el dominio externo del capital, sino que es fomentada por las propia identidad comunal local asentada en las relaciones parentales (consanguíneas y rituales). Sin embargo, la acción conjunta, aunque de inicio sólo localmente, se halla a su vez potenciada por las mismas características

de la comunidad que presupone prácticas productivas y culturales emprendidas en común como basamento procesual de su propia identidad histórica.

Pero no sólo es el contexto social externo (relación de fuerzas) que domina a las estructuras comunales contemporáneas, el que lleva a definir a los miembros de la comunidad como parte de una clase social, sino que las propias relaciones internas en la comunidad entre sus miembros bajo estas condiciones, tienden a ir perfilando la constitución de clases dentro de la propia comunidad. Nos estamos refiriendo, por ejemplo, a las llamadas "autoridades originarias" o estirpes donde está depositada la legitimidad de la autoridad comunal; a las mujeres cuando su situación frente a la gestión de las condiciones de vida queda claramente diferenciada de la del varón, o a aquellos comunarios que incursionan en actividades mercantiles urbanas, como la venta de fuerza de trabajo, la venta creciente de productos, participación en el comercio, etcétera. Estos "diversos estamentos" o "múltiple escala gradual de condiciones sociales", tal como empieza a definir a las clases Marx, dentro de la propia comunidad complejizan las particularidades de la clase comunal, pues nos muestra a varias clases en proceso de formación a partir de la lenta disgregación comunal. La formación de una clase campesina pobre (semiproletariado), clase campesina media y rica, es la ruta más probable (no inevitable) de esta desintegración de la estructura comunal que puede

durar décadas o siglos, como en Bolivia. Cuando esta conformación en diversas clases sociales culmina, la comunidad agraria se ha extinguido. Mientras tanto, donde existen formas sociales comunales, la clase comunal se subdivide en varias subclases que combinan de una manera híbrida y tensa ésta, su raíz comunal, con posicionamientos campesinos y mercantiles.

Con todo, los miembros de la comunidad que aún no han sido objeto de procesos de estratificación social radicales e irreversibles, no forman parte de una clase ni burguesa ni proletaria ni pequeño burguesa, en la medida en que en la comunidad los medios de trabajo ni son propiedad privada en el sentido mercantil del término, ni el trabajo es concentrado en tanto mercancía, ni mucho menos su incorporación al proceso de trabajo se da para valorizar el valor, ni existe un sometimiento del medio de trabajo sobre el trabajador directo.

En las formas comunales, los medios de trabajo son propiedad individual o patrimonio común de las unidades domésticas (tierras de cultivo) por separado o en conjunto (tierras de pastoreo); la fuerza de trabajo es agrupada mediante la activación de circuitos de parentesco y de reciprocidad de los esfuerzos diferidos en el tiempo, en tanto que las herramientas permanecen bajo soberanía procesual de los productores directos, al igual que las pocas o muchas técnicas comunales de trabajo necesarias para la reproducción comunal.

¿Cuál es el destino histórico de esta "clase comunal"?

Dependerá del curso aleatorio de la propia historia de las luchas de clases frente a la cual la prescripción de una ruta obligada no pasa de ser una majadería de profetas decadentes o el exabrupto de una filosofía de la historia cuyo defecto "reside precisamente en el hecho de ser una teoría suprahistórica". La comunidad no está condenada a desaparecer, aunque éste sea su camino más probable; también puede ser el punto de partida de una renovación general de la sociedad, en la medida en que la propia moderna sociedad tiende también, tal como lo hemos visto, como contrafinalidad de su progreso, hacia formas superiores y universalizadas de vida comunal. Esta posibilidad estará signada por la presencia a escala nacional de la comunidad agraria, coetánea de las adquisiciones del trabajo social creadas y reprimidas por el capital. De hecho, en países como los latinoamericanos, a estas alturas, la posibilidad de una auténtica insurgencia contra el dominio del capital resulta impensable al margen de la clase comunal y de su lucha por universalizar la racionalidad social comunal que la caracteriza.

Es claro, entonces, que las definiciones juridicistas de las clases tan propias de los manuales y las panfleterias son una auténtica barrera epistemológica para entender las estratificaciones sociales no-capitalistas. Aún más, la propia complejidad que adoptan las clases definitorias del régimen del capital son imposibles de entender sobre esas caracterizaciones leguleyas o tecnicistas que

se le atribuye al Marxismo.

Una primera aproximación a la noción de clase sería que éstas se definen "por la posición que guardan las personas con los medios de producción" que la sociedad posee en un momento dado, en particular, básicamente por la "propiedad" o no propiedad que se tiene hacia ellos. Ahora bien, ¿qué es lo que se sostiene cuando se dice que las "clases" se establecen por la propiedad o no propiedad de los medios de producción? Que las clases son una consecuencia de específicas relaciones económicas; peor aún, que las clases son un subproducto de las relaciones de propiedad, con lo que se reduce el conocimiento de las clases a un asunto de legalidad local que se consagra, así como el "discurso imparcial", elevado por encima de las conflictividades sociales y ecuánime dirimidor de ellas. No es pues inusual que este tipo de "definiciones" se incuben en las escuelas forjadoras de funcionarios y burócratas de Estado.

Leyes, códigos, formas de propiedad, muy a pesar de sus custodios y sus adoradores, no preceden a la configuración conflictiva de la sociedad, son su convalidación escrita, la síntesis cristalizada de ambiciones e imposiciones colectivas querelladas en torno al mundo de la riqueza. La propiedad en cualquiera de sus categorías se ejerce tanto como supresión de otras formas de propiedad, como exclusión de potenciales propietarios; es la legitimación de un poder de control y de un

poder de uso por parte de determinados miembros de la colectividad y de la inermidad institucionalizada ante esos poderes por parte de otros miembros.

La propiedad en cualquiera de sus formas es, desde su inicio, la consagración y la ambición de perpetuidad de un inconfesable antagonismo social por el control y el poder sobre los medios de vida existentes. La propiedad sobre algo no es sólo la relación de una persona con un objeto, es la ubicación en un espacio de sórdidas belicosidades entre las personas, al mismo tiempo que ella misma es la beligerancia social en movimiento. De aquí que la propiedad jurídica deba ser vista como un efecto hipócritamente apologético de las clases (de su lucha).

El que uno pueda adscribirse formalmente a tal o cual relación social por medio de la relevancia o elección de tal o cual propiedad jurídica sobre tal o cual medio de producción, no debe hacernos olvidar la carga o programa social que tiene el objeto de propiedad, independiente y previamente al propietario y, por otro lado, el conjunto de prácticas e intenciones que el propietario se ha de ver compelido a ejecutar para convalidar el sentido de "su propiedad". La propiedad por sí misma sólo establece una soberanía abstracta sobre el objeto de propiedad; la realidad de la propiedad es el modo del ejercicio de la soberanía y en contra de quienes se la reivindica; esto es, las divisiones y jerarquizaciones sociales que la anteceden y la explican.

Cuando se pretende explicar las clases sociales por las

relaciones de propiedad, en verdad lo que se ha hecho es invertir y mistificar la problemática de las clases, pues se toma como origen lo que en sentido estricto es el resultado, con lo que la crítica radical de la división social en clases es sustituida por una crítica juridicista de las formas de propiedad. Si alguna verdad sobre las clases tiene la propiedad, es el ser un momento del movimiento antagonizado de ellas en un momento histórico dado. En tal manera de ver las cosas hay un cierto halo ahistoricista. Pareciera que las personas, medios de producción y diversas "relaciones" (o combinaciones como prefieren llamar algunos), existieran unas independientemente de otras y cuya mezcla periódicamente distinta, vendría a estructurar las diversas clases sociales. Lo inaceptable de esto es que convierten la disección analítica de la realidad pensada, en la representación de conjunto de esa realidad. Los medios de producción aun en su corporeidad física no son más que una manera de vincularse las personas entre sí y con la naturaleza a través de las cosas, por lo que no es sólo el modo del uso sino el sentido del uso y la propia certeza material del uso, lo que es un programa de intencionalidades y confrontaciones sociales.

Las personas, por su parte, son la más plena sustancia social viva, que desde que nacen cargan como significado de su existencia las misiones de la época de la sociedad que las cobija, por lo que no tiene sentido referirse a un período primigenio de las personas que

concurren inocentemente al encuentro con los llamados medios de producción, de donde nacerían las modalidades encendidas o atenuadas de las divergencias sociales. Las personas y el modo de acontecer de las cosas, de los objetos, son conflictividad y confrontación en movimiento incesante; han nacido de antagonismos, son ellos mismos antagonismos en estado de fluidez y se deben en el futuro a esa confrontación para superarla por otros antagonismos o para perpetuarlos. Las personas y las cosas tienen existencia social, por y con la marca maldita de estas sórdidas batallas y agresiones sociales, por lo que no tiene ningún sentido hablar de personas que antecedan a las clases, ni de antagonismos que las precedan. Los tres momentos son momentos de una misma realidad.

¿Cuál sería entonces el concepto de clase que permitiría dar cuenta de la complejidad de la estructura social contemporánea, incluida la de las formas comunales subsumidas formalmente por el capital? Revisemos la que nos propone Marx en el *Manifiesto*.

Cuando él nos habla de la burguesía no la define en términos jurídicos de propiedad, sino en tanto movimiento histórico, como actividad productiva, política y cultural que adquiere ciertas intenciones, que toma ciertas posiciones respecto a las condiciones de realidad material de esas prácticas económicas, políticas y culturales. Ya sea como vecino libre organizado en gremio, como "estamento medio industrial" o los "in-

dustriales modernos" que personifican los distintos momentos del desarrollo burgués europeo, su "enclasamiento" viene dado por procesos prácticos en tres niveles de la realidad social que van estructurando el concepto de burguesía:

a- A nivel económico: Inicialmente la producción gremial urbana que abastece bienes mercantiles (*Manifiesto comunista*, p. 112). Luego como flujo de intercambios, bajo la forma de mercancía, despertados por la apertura de mercados con China, la India y las colonias americanas (p. 112); el trabajo deviene también en mercancía (pp. 117). Posteriormente, como división del trabajo al interior del taller en vez de la división del trabajo entre corporaciones gremiales (p. 112); es el inicio del despotismo industrial que empieza a disciplinar al trabajo como trabajo asalariado (p. 117). Después, la revolución tecnológica que se apodera de la realidad técnica de la producción, permite la expansión propiamente industrial del capital al resto del mundo, la concentración de la propiedad y el desarrollo del mercado mundial, arraigando así materialmente la interdependencia mundial del trabajo (pp. 112-117); pero simultáneamente, convirtiendo al obrero en un apéndice de la máquina (p. 117). Por tanto doble subsunción: por un lado, del trabajo mundial al capital a través de la generalización de la producción capitalista a los demás países del globo, interconectadas por el mercado mundial que las precedió y ahora aparece como un producto

industrial más. Por otro, supeditación tecnológica del trabajo en la propia producción.

b- A nivel político: De estamento dominado a la pelea autónoma por sus intereses frente a las antiguas clases dominante, hasta la conquista de la "hegemonía exclusiva del poder político en el estado representativo moderno" (p. 113). Simultáneamente o mejor, para la formación de esta hegemonía, proceso de centralización política, bajo la forma de interés nacional (p. 115) logrando, por una parte, arrastrar al proletariado tras sus banderas; por otro, enfrentar a las burguesías de los demás países para preservar el monopolio del territorio social hegemonizado; y por último, romper la resistencia de aquellas fracciones burguesas que entran en contradicción "con el progreso de la misma industria" (p. 119). El supuesto de todo este proceso es la capacidad que se pueda tener de fragmentar ininterrumpidamente las otras formas de organización política de la sociedad, especialmente del proletariado (p. 119), porque sólo sobre esa disgregación es que se pueden verificar las estrategias de articulación colectiva en torno al valor de cambio y el desarrollo industrial.

c- A nivel cultural: Erosión de los vínculos y las representaciones serviles, religiosas sociales que no estén guiadas más que por el "frío interés" del lucro; "supeditación de las razones prácticas, las elecciones estéticas, y las normas morales a la lógica del valor de cambio" (p. 113). "Constitución de un concepto de nación sus-

tentado en la competencia interburguesa y el monopolio de mercados" (p. 127). Incorporación de la lógica mercantil en el propio comportamiento laboral y sus horizontes de acción; "guerra civil más o menos oculta", incesante y cotidiana no sólo para hacer del trabajador un trabajador asalariado, cosa que es un hecho económico-político, sino, también, para que el trabajador se asuma a sí mismo como trabajador asalariado, como propietario de una mercancía que entabla vínculos sociales con los demás (obreros y burgueses) en tanto propietarios privados.

Cada uno de estos niveles presupone simultáneamente a los otros y aunque el político-cultural puede jugar un papel más activo en determinadas coyunturas, éstos adquieren materialidad técnica y organizativa cuando se cristalizan como modificaciones en la reorganización productiva de la sociedad moderna. Hoy en día, la burguesía sería aquel sector social que a escala planetaria y local personifica este movimiento de expansión de las relaciones de producción e intercambio como relaciones supeditadas al valor de cambio; aquel sector que, por su posición en el control de las condiciones de producción e invención económicas, políticas y culturales subordina trabajo ajeno para hacer de él, de una manera crecientemente tecnologizada, fuente de valorización del valor. La burguesía es, por tanto, la personificación de un movimiento y una posición social que se define frente y en contra de otros movimientos y posiciones

sociales; la burguesía, y luego también el proletariado, son sujetos sociales que existen en tanto relaciones de lucha, de apropiación, de defensa, de dominio, de resistencia en el campo material que configura las condiciones de producción, reproducción e invención de la vida económica-política-cultural. El concepto de lucha precede al de las clases; más bien, porque hay lucha entre sujetos sociales es que luego hay clases sociales, de ahí que no sea casual que Marx en el *Manifiesto* hable primero de lucha de clases y luego recién de las clases que se forman a partir de la lucha.

Es claro entonces que la propiedad jurídica es apenas un aspecto parcial de esta relación social. Lo que acontece con las sociedades por acciones anónimas en las que jurídicamente pareciera que los propios trabajadores "son dueños"; con la propiedad del Estado en el que "todo el pueblo es dueño"; o con el trabajo a domicilio en que aparentemente el trabajador es un "empresario", muestran a las claras la superficialidad y fetichización extrema sobre las que opera esta ideología jurídica, pues sólo es capaz de dar cuenta de la caracha epidérmica del tumultuoso flujo interno de fuerzas y posiciones que constituyen la realidad de las relaciones sociales, en este caso del capital.

En el caso de la moderna fábula liberal que quiere justificar detrás de la "democratización de la propiedad" la extinción de las diferencias de clases, el izquierdismo juridicista cae de hinojos, impotente ante sus impostu-

ras, pues es partícipe de su punto de partida. Encontrar detrás de la costra de leyes, códigos y mistificaciones legalistas el furor de las relaciones sociales que estructuran a las clases, permite ver en cambio que detrás de esta "democratización de la propiedad", se hallan brutales procesos de proletarización eufemistizados por la retórica juridicista de que el "pueblo" se está convirtiendo en empresario. Detrás del obrero convertido en accionista atomizado, está una descomunal expropiación de ahorros y beneficios acumulados en décadas que caen bajo las manos de los inversionistas más grandes y que encima coaccionan simbólicamente a sus trabajadores a una mayor eficacia laboral para "su empresa". Detrás de la propiedad de "todos" (la estatal) se agazapa el poder de una burguesía de Estado en posibilidad de disponer privadamente parte del excedente social y encima simulando hacerlo en nombre de la "patria", la "nación" o la "revolución". Por último, detrás de estos "empresarios" vendedores de servicios que pueden ser desde costureros, comideras, limpiadores de oficinas, consultores, investigadores, se hallan obreros a domicilio o ambulantes que venden su fuerza de trabajo bajo la forma de productos (salario a destajo), cuyo esfuerzo laboral junto al de un inmenso ejército disperso de trabajadores, directa o indirectamente, ayudan a valorizar los procesos capitalistas centralizados, ya sea mediante la reducción del valor de la fuerza de trabajo formalmente asalariada que consume los productos de estos

"cuenta propias", ya sea mediante la reducción de costos de realización comercial de las grandes empresas en el caso de los gremiales, o mediante la elaboración de productos materiales o inmateriales que forman parte de los mecanismos de funcionamiento de las grandes empresas y de la fuerza de trabajo absorbida para valorizar el capital. A estas formas de asalariamiento de la fuerza de trabajo, Marx las llama "formas en transición" que hablan de una fuerza laboral "subsumida formalmente en el capital", pero que hoy son reactualizadas como modo de desarrollo de la acumulación capitalista en las ramas realmente subsumidas en el capital.

En todo caso, lo decisivo de esto es que la clase burguesa no es un título de propiedad sino todo un conjunto de dispositivos y de disposiciones sociales en flujo, desplegado en los diferentes espacios de la vida material (económica-política-cultural) y que configuran identidades y campos de comportamientos posibles a partir de la sumatoria interdependiente de las relaciones de fuerza desplegadas en esos espacios en torno al control y a la posesión de las condiciones materiales de la producción de esos espacios. Las clases sociales vendrían a ser, entonces, los polos de este antagonismo social en estado ígneo que, nacido y finalmente técnicamente reproducido desde el proceso de producción de la riqueza material, atraviesa y comprende todo el proceso de reproducción social.

Ahora, en la medida en que el valor y el trabajo (o si se

prefiere, capital y trabajo, pues el capital es valor que se auto-produce), no son más que el devenir, el acontecer histórico de una misma sustancia social: el trabajo como energía creadora de la humanidad y el trabajo como enajenación de sí mismo (el capital); los polos del antagonismo social, las clases, deben ser tratadas como relaciones de fuerza antagonizadas en el control, en el uso, en la generalización y disfrute de esa energía productora de materialidad social. Relaciones de fuerza que se alojan en todos los actos y los territorios de los actos de las personas, en que adquieren realidad social como múltiples formas de existencia relativamente compactas del poder del trabajo humano, de su actividad creativa en su acepción más diversa y como múltiples formas relativamente compactas de la antítesis de esa potencia. Dicho de otra manera, tenemos que entender las luchas de clases y luego entonces las clases, como el proceso constante de desarrollo en todos los espacios de las actividades sociales (grupales e individuales), comenzando desde el proceso de producción, de enajenar y desenajenar el poder del trabajo, de arrebatar y volver contra sus portadores la capacidad creativa del hombre, y de resistir, de recuperar el control, de expandir ilimitadamente esa capacidad creadora, por parte de quienes la vierten cotidianamente. Lo uno y lo otro, vuelto a comenzar a cada momento, en cada hecho de creatividad humana.

A las clases en el capitalismo (pero también en cual-

quier otra forma social de organización del proceso de producción y reproducción de la vida material, fundada en el antagonismo social entre una de las formas del trabajo vivo y su enajenación) tenemos que verlas, por tanto, como condensación de fuerzas, de intenciones, de comportamientos, de voluntades, de prácticas, de representaciones, de disfrutes; de acontecimientos dirigidos a desplegar el poderío del trabajo-en-acto, del trabajo vivo en sus diferentes especialidades y componentes (comenzando claro, desde el proceso de producción de bienes materiales que sostienen la vida, pero abarcando también y mayoritariamente las otras formas de riqueza social como el placer, la política, la imaginación, la salud, la educación, el sacrificio, la convivencialidad, el ocio, la contemplación, el consumo, la procreación, todo lo que es creatividad humana en estado de realización); y a supeditarlo al proceso de valorización del capital.

El capital para Marx "no es pues una fuerza personal; es una fuerza social", por tanto, "ser capitalista significa ocupar no sólo una posición personal en la producción, sino también una posición social"; el "capitalista en cuanto tal es sólo función del capital".

La definición de clase en el *Manifiesto* es procesual, no estática, no juridicista, ni tecnicista. El capital es una relación social, no un grupo de personas con ciertas cualidades particulares. La importancia de esta manera categorial de la expresión de las relaciones sociales mo-

dernas radica en que permite superar las concepciones burocrático-juridicistas que han marcado la experiencia política de los últimos setenta años. Para estas concepciones, en tanto la burguesía y su poder son un problema de propiedad poseída por tales o cuales personas, la derrota de la burguesía pasa por la expropiación estatal de esa propiedad y el exterminio físico o exilio de los propietarios, es decir, por medidas administrativas.

La experiencia de la exURSS muestra que la propiedad estatal de los medios de producción defendida por burócratas estatales y minúsculas sectas de aspirantes a funcionarios públicos, simplemente instaura al estado como "capitalista colectivo", y a los miembros del partido como a nuevos sujetos portadores de la función social burguesa, con lo que la relación social del capital se reproduce, aunque de manera modificada.

Superar al capital, desde el punto de vista de la definición de Marx, significa superar las relaciones sociales de fuerza, los comportamientos, las disposiciones y los posicionamientos en el control, el uso y la modificación de las condiciones de producción de necesidades materiales (economía), de soberanía (política) y de bienes simbólicos (cultura). Y esto, por supuesto, no es un atributo de pastor alguno (Foucault) o burócrata estatal agazapado detrás de alguna autotitulada "vanguardia"; es un movimiento social de revolucionarización de las relaciones sociales en los que los sujetos de tales transformaciones no pueden ser otros más que los sujetos

que las padecen: el trabajo en todas sus formas corporalizadas que, en la sociedad moderna mayoritariamente (aunque no únicamente) es el proletariado.

El capital como relación social y la burguesía como posición social tan explícitamente definida en el *Manifiesto*, fundamenta la posibilidad de la superación del capitalismo en el propio automovimiento de emancipación de la clase trabajadora moderna, el proletariado, en tanto son precisamente sus actitudes, sus esfuerzos, sus disposiciones, sus tolerancias, sus fuerzas las que sostienen y crean, como producto enajenado de sí, al capital y a los personificadores de esa relación social, a los burgueses. La revolución social no es, pues, un golpe de mano que extermine a las familias burguesas, ni mucho menos una medida administrativa en la que un jefecillo dicta un decreto de "socialización"; es un movimiento práctico, histórico, de larga duración, en el que el trabajo va quebrando y erosionando, incluso mucho antes del derrocamiento político de la burguesía, las relaciones de fuerza en la economía, la política, la cultura y la técnica, que sostienen al capital. Aún más, se trata de un proceso económico-político-cultural en el que el trabajo va creando las nuevas disposiciones, las nuevas actitudes y capacidades para modificar a su favor el control, la gestión de las condiciones materiales de producción de la economía, la política y la cultura. Este proceso revolucionario es un proceso histórico de décadas que se inicia mucho an-

tes de la disputa abierta y nacional del monopolio de la violencia física y simbólica del Estado (Bourdieu); disputa descarnada que, cuando se da, para no devenir en otra fuerza productiva del capitalismo, ha de verificarse como acumulación concentrada y explosiva de múltiples experiencias previas de autonomía, de autogestión social que preparan al proletariado para tomar en sus manos colectivas la responsabilidad del destino social. Revolución que de vencer, deberá seguir desplegándose después bajo otros medios más favorables y centralizados (el socialismo).
La posibilidad social de este proceso, su devenir, es el proceso de construcción de la clase proletaria.

C) La determinación del trabajo por el capital: la mercantilización de la fuerza de trabajo. ¿Quiénes son los proletarios hoy?
Primero: "La clase de los obreros modernos, que no viven sino a condición de encontrar trabajo", es decir, se trata de trabajadores que no pueden vivir con lo que ellos producen, que tienen que disponer de su potencialidad creadora (el trabajo) para otros.
Estamos entonces ante trabajadores que no son ya más partícipes de las estructuras de autosuficiencia (comunidad, unidad doméstica) en la que los medios de vida del trabajador y de su familia eran resultado directo, sin mediación de cambio, de su propia laboriosidad. Ahora, el obrero está definido porque su trabajo ya no se dirige

a satisfacer sus propios requerimientos, sino que debe satisfacer requerimientos externos, debe ser trabajo útil para otros distintos a él. En los términos del primer capitulo de *El capital*, se trata de un trabajador cuya capacidad, el trabajo, ha devenido en "valor de uso social", en valor de uso para-sí y por tanto ya no es un simple valor de uso en-sí. Hay aquí un primer rasgo de universalidad del obrero moderno en cuanto a su laboriosidad, que para devenir en trabajo efectivo, tiene que tener utilidad social, tiene que ser consumida por otros que no son sus productores. Este trabajador está definido por su vínculo con el mundo, con necesidades exteriores cuyo límite máximo son las necesidades del mundo.

La capacidad de trabajo halla en el régimen capitalista, aunque de manera abstracta y reprimida, el descubrimiento de una potencialidad comunitaria que abarca a todos los seres humanos.

Sin embargo, esta universalidad del valor de uso del trabajo del obrero moderno, no existe así abiertamente; se da bajo el dominio de la relación de valor, como supeditación del valor de uso al valor de cambio, esto es, como forma mercancía; la universalidad de las capacidades aparece así como simple pretexto redomado por el interés privado del lucro, de la ganancia empresarial.

Segundo: "Estos obreros, obligados a venderse al detalle son una mercancía como cualquier otro artículo comercial" (*Manifiesto*, p. 117).

La capacidad de trabajo definida en tanto lo es para

otros, el valor de uso social del trabajo no puede realizarse abiertamente en su realidad genérica y comunitaria; se halla constreñida, más aún, dominada, retorcida y oculta, por el valor de cambio, por una medida cuantificable, abstracta y privada que se le aparece como contraparte visible pero castrante en sus utilidades consuntivas; peor aún, como contraparte privada que a manera de espejo cóncavo deforma la realidad del valor de uso del trabajo y lo hace verse a sí mismo, sentirse a sí mismo como mero coágulo de valor de cambio, como otra mercancía que habita el mundo de las mercancías y se realiza en el cambio con otras mercancías.

Esta segunda característica del proletario lo muestra como un trabajador que realiza su capacidad creadora, el trabajo, como mercancía, como un bien intercambiable en el mercado y sujeto a sus reglas de intercambio. Mas como la capacidad que posee el trabajador es su fuerza de trabajo indisoluble de su ser corpóreo, en tanto no se materializa, no se desdobla en trabajo objetivado (trabajo pasado), lo que deviene mercancía no es el ser corpóreo laboral, que sería la esclavitud, sino la capacidad laboral medida en el tiempo. Esto supone dos cosas: la soberanía del trabajador sobre su capacidad, pues de otro modo no podría acceder al mercado como poseedor de un bien ofertable como lo hacen los otros concurrentes (los compradores de fuerza de trabajo) y, simultáneamente, cuantificación mercantil de esta fuerza de trabajo, su medida en el tiempo en función de su

equiparación con el resto de fuerzas de trabajo concurrentes que regulan inconscientemente, y en complejas aproximaciones sucesivas, un promedio de medida del valor de cambio del trabajo, un valor social de la fuerza de trabajo.

El que el trabajo devenga en trabajo asalariado, o lo que es lo mismo, que la capacidad de trabajo aparezca como mercancía, es por tanto, un proceso de parametrización del trabajo, de domesticación de sus potencialidades, de mutilación de sus contenidos trascendentes, a fin de volverla una vulgar mercancía y a su portador, un mercader. Puesto como un mercader, el trabajador tiene que "venderse al detalle", tiene que entregarse a otros a cambio de un monto de valor porque ésa es la única manera en que ahora puede volver útil su trabajo y de reproducir la utilidad de ese trabajo. Esta última idea es decisiva para comprender las múltiples formas de proletarización contemporánea.

La primera condición de la obrerización es que su trabajo sea útil para otros que no son el propio productor, lo que hace que el trabajo del obrero, en cuanto contenido material de riqueza (valor de uso), adquiera un carácter universal. Pero esta universalidad para manifestarse requiere tomar la forma de una "objetividad espectral" cuantificable: el valor. Ésta es la condición segunda que redondea y domina a la anterior. Sólo bajo esta medida social, y bajo una magnitud de esa medida (el valor de cambio) la utilidad en sí del trabajo obrero

se muestra como utilidad específicamente social. Esto pareciera una transición lógica simple, sin embargo, presupone el aprisionamiento en cuatro dimensiones de su existencia material:

a- Que el trabajador pierda soberanía efectiva sobre el fruto de su trabajo.

El primer momento de esta enajenación es que el trabajador produzca algo no como despliegue generoso de sus capacidades, sino como sumisión a necesidades externas que fijan el ámbito del trabajo útil por encima y en contra de la inclinación del trabajador. Es el obrero a domicilio, el trabajo artesanal antiguo y moderno y cierto tipo de cuentapropismo derivado de él. El segundo momento de la enajenación vendrá cuando la objetivación del trabajo material y técnicamente se presenta como no-propiedad, como objetividad extraña y opuesta. Es el obrero industrialmente concentrado y organizado.

b- Que el gasto de fuerza de trabajo pueda ser considerado en forma abstracta y luego equiparable por un monto de valor, el equivalente a los medios de consumo para reponer el esfuerzo desplegado. Lo primero es condición de lo segundo, pues hasta el régimen del capital la fuerza de trabajo en magnitud y habilidad era equiparable sólo a sí misma (reciprocidad diferida en el tiempo, en las estructuras comunales) o al uso y posesión de ciertos bienes (tierras, monto de la cosecha). Cuando se puede medir el trabajo concreto por un monto indiferenciado de trabajo general, esto ha de permitir

que el trabajo concreto del trabajador quede subordinado al trabajo abstracto que lo vuelve cuantificable en función del trabajo social medio que requiere la elaboración del producto por otras personas. Cuantificar el esfuerzo laboral en función del esfuerzo social medio que requiere la elaboración de los productos generados por el trabajador, ha de permitir a su vez, cuantificar el valor social de la fuerza de trabajo, con lo que el obrero de productor de mercancías parece él mismo mejor su capacidad laboral, como otra mercancía más. El círculo se cierra en un entorno de socialidad abstracta que inicialmente emergió de una forma de interpretar la laboriosidad y que ahora aparece como fuerza extraña que la domina, la guía y la define: estamos ante el movimiento de la enajenación plena del trabajo.

c- Que la utilidad del producto del trabajo se dé sólo y únicamente en tanto genere un valor excedente en alguno de los escalones del ordenamiento económico de la sociedad donde desemboca el resultado del trabajo. Cuando la valorización es expropiada directamente por el propietario y controlador de los medios de producción que utiliza el trabajador, estamos ante la organización empresarial característica del capitalismo.

Cuando la valorización se realiza para el empresario contratista que no controla ni el uso ni la propiedad parcial de los medios de trabajo, estamos ante las diversas formas de trabajo a domicilio, antiguas y modernas. Cuando la valorización para realizarse debe pasar toda-

vía por diversos escalones de mediación estamos ante el artesano, campesino mercantilizado, cuentapropista o vendedor cuyo trabajo consumido por segmentos de consumidores populares, reduce el valor de la fuerza de trabajo social disponible por el empresariado, o reduce indirectamente los costos de realización del capital productivo y comercial. Esto último dará lugar a formas de obrerización híbridas en las que habilidades domésticas, manufactureras, comunales y en general fuerzas productivas inventivas y asociativas no-capitalistas, en vez de disolverse, son refuncionalizadas para la valorización del capital. *Estos modos de subsunción formal articulados a la subsunción real de los procesos de producción e invención sociales por el capital, son característicos de los inicios del régimen capitalista, pero también en las últimas décadas, pues están siendo utilizadas por las estrategias neoliberales para erigir la nueva ola de expansión de la acumulación del capital.*

d- En todos los casos, de una manera directa o indirecta, el trabajo ha de comportarse no sólo como valor de uso que se intercambia por un monto de valor, sino además como la fuente del valor cuyo consumo, en términos generales, tiene explícitamente para el capital social la de generar más valor que el que retribuye y el de expropiarlo para sí.

Esta valorización del capital puede suceder en unos casos a nivel individual como la que acontece con los asalariados de empresa o, en otros a nivel de la sociedad

en su conjunto, como lo que sucede con el trabajo campesino, artesanal, familiar o "cuenta propia", que sin valorizar a tal o cual empresario privado y sin mantener contratos de empleo con ningún burgués, mercantilizan su capacidad de trabajo y valorizan al capital social en cuanto se sumergen en relaciones mercantiles (compra y venta de fuerza de trabajo temporal, compra de productos industriales, venta de productos propios, prestamos bancarios, etcétera. Y como estas abigarradas formas extorsivas del consumo de la fuerza de trabajo requieren que su utilidad esté bajo el mando general del capital, el trabajo, en tanto trabajo mercantilizado, es llevado a aparecer como parte del capital, como uno de sus momentos: como capital variable.

La capacidad de trabajo como capital variable del capital es una definición estructural del obrero moderno que ordena la función económica del trabajador en la sociedad, pero también su función política y cultural. Ya sea que el trabajador sea llevado a desempeñar el papel de capital variable para una empresa particular (el obrero asalariado) o para el capital social considerado en su conjunto (el obrero híbrido sometido a abigarradas formas de mercantilización de su fuerza de trabajo) su práctica económica, su práctica política y su práctica cultural de inicio están marcadas y dominadas por la práctica económica, política y cultural del capital. De inicio, y hasta los momentos históricos cíclicos de su autonegación como obrero-de-capital, el trabajador es

una criatura del capital, la "parte variable".

En suma, la fusión jerarquizada de estos elementos constitutivos de la obrerización social y la variación al interior de ellas, dan lugar a complejos procesos de proletarización universalizante de la fuerza de trabajo moderna, además de ser el hilo conductor para entender la erosión de la comunidad agraria.

Ya sea que los trabajadores sometidos a esas relaciones sociales vendan su fuerza de trabajo como sustancia abstracta al empresario o bajo la forma de productos o de servicios, estamos ante múltiples formas de mercantilización mercantilizante del consumo de la fuerza de trabajo: obreros de industria, agroindustria y la minería formalmente contratados; obreros eventuales, jornaleros a tiempo parcial, obreros subcontratados, obreros a domicilio; científicos de empresas de investigación, analistas individuales que venden sus conocimientos; obreros de la construcción, asalariados de empresas que venden servicios, asalariados de la industria del transporte; asalariados de los medios de comunicación, productores individuales de los medios de información, de la banca, del comercio; cooperativistas que emplean únicamente su capacidad laboral, operarios de microempresas concentrados bajo relaciones de parentesco; campesinos cuya producción es total o mayoritariamente mercantil; pequeños comerciantes individuales que realizan las mercancías de empresas capitalistas, productores-vendedores de vestimenta y alimentación

en mercados segmentados de la propia población trabajadora; recolectores de basura, etc., son distintas maneras de mercantilización de la fuerza de trabajo que dan lugar una caleidoscópica proletarización moderna de la fuerza de trabajo.

Los cambios técnicos y productivos de las últimas décadas, lejos de desproletarizar a la población, la están llevando a niveles extremos y mundializados; y esta creciente variedad de estratos de hecho, lo único que hacen es validar aun más el significado esencial del ser obrero: su fragmentación, su atomización, su pulverización por y ante el capital, porque en ello radica precisamente la posibilidad de una renovación sin límite de la conversión del trabajo en trabajo asalariado, esto es, del trabajo en valor de uso del capital.

Esta fragmentación de la estructura material del trabajo ciertamente rompe con esa imagen de la fábrica fordista compuesta por un ejército obrero homogeneizado, uniformizado y compacto. Esa fue una forma histórica temporal de la obrerización en ramas decisivas de la economía que ahora van disolviéndose para dar paso a formas de obrerización más complejas, abigarradas y desconcentradas a través de la subcontratación, la "venta de servicios", etcétera.

Muchos ideólogos liberales han visto en esta extinción del obrero clásico un argumento de la secundarización de los obreros, y paradójicamente tienen como coro de sus invenciones a cierto discurso pseudo-izquierdista

que anhela al obrero masa de la gran empresa como forma definitiva y exclusiva de la constitución obrera. Estos precursores de Fukuyama, por su apego a congelar como "última etapa" períodos transitorios del capital, la única creencia (ya ni siquiera argumento) que pueden esgrimir frente al discurso liberal, es que los desocupados forman parte del contingente histórico de los obreros, cosa que es cierta en parte, pero sin ver que estos desocupados o sus familias, junto a la inmensa masa de trabajadores que no están en la gran empresa industrial, en tanto trabajadores sujetos a distintas modalidades de supeditación del capital, están dando lugar a nuevas rutas de obrerización de la fuerza de trabajo y, con ello, a nuevas formas de construcción social de clase, que por supuesto escapan a la comprensión de estos pastores de pequeñas sectas y a su manualesca conceptualización de clase que en el fondo no sirven para nada.

El obrero social moderno tiene que ser buscado no sólo en la gran fábrica con los asalariados de contrato fijo; se halla en las empresas subcontratistas, en las microempresas, en el trabajo a domicilio que se mueve en torno a la lógica de valorización definida por las primeras. Se halla en la construcción, en la minería, en el transporte; en los medios de comunicación, en la aeronavegación, en la producción de servicios; en los laboratorios donde se inventan nuevos productos, en los basurales de las ciudades, etcétera.

Se puede decir que el mundo poco a poco se va convirtiendo en una gigantesca factoría donde pueblos, comunidades, trabajadores, son arrojados a una trituradora que intenta convertir a todos en fuerza de trabajo que valoriza el capital, en obreros. De ahí que lo afirmado en el *Manifiesto* sobre que "toda la sociedad va dividiéndose, cada vez más, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases", sea hoy una evidencia que se desenvuelve frente a nuestros ojos con una inusitada fuerza a escala planetaria en las últimas décadas.

Con todo, no olvidemos que Marx está hablando aquí de una tendencia creciente, de una fuerza histórica que apunta hacia allá, no de un hecho realizado. La persistencia de estructuras comunales, de formas de organización y trabajo no-capitalistas o pre-capitalistas, no anulan esta fuerza mundial obrerizante; precisamente la muestran como una tendencia que tiene que remontar otras fuerzas que apuntan a sentidos históricos distintos, no como una ley ineluctable y por encima de la historia. Desde este punto de vista el congelamiento y refuncionalización parcial por el capital de capacidades laborales no-mercantiles, habla de las particulares maneras, en este caso ambiguas, de la realización y de las fronteras transitorias de esta tendencia. Pero además, el *Manifiesto* no sólo habla de la creciente ampliación del "campo" obrerizado de la población mundial: habla de un campo fragmentado, contradictorio, atravesado por una infinidad de murallas que dividen brutalmente la

unidad del campo de clase y lo hacen aparecer como un campo disuelto. Todas las actuales ideologías sobre la extinción de los obreros, son la representación retórica de esta transfiguración de la constitución material invisibilizante del trabajo obrero por y para el capital. De ahí que:

Tercero: "Estos obreros [...] son una mercancía [...] sujeta, por tanto, a todas las vicisitudes de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado" (*Manifiesto comunista*, p. 117).

Al adquirir el trabajo humano la estrecha forma social de mercancía, no sólo la fuerza de trabajo asume un valor histórico para el capital (el de crear valor) y un valor económico para el personificador del capital (el empresario), también asume un valor económico para el dueño de la fuerza de trabajo que es el propio trabajador. A diferencia de lo que sucede con el mundo de las mercancías, la fuerza de trabajo es una mercancía cuyo propietario es el propio portador corpóreo de esa mercancía, el trabajador. Las vicisitudes del mercado que tiene que soportar la mercancía "capacidad de trabajo", la competencia que tiene que vencer para realizar su venta exitosa; los regateos a los que tiene que recurrir su propietario, como cualquier propietario de mercancías, para lograr que "alguien" la consuma, es la competencia, el regateo entre propietarios de similares mercancías que no son otros que los trabajadores.

La fuerza de trabajo como mercancía, supone enton-

ces la confrontación entre obreros, la competencia para venderse mejor al patrón, las miserias y servilismos ante el comprador para resultar más apetecible ante el contratante. De ahí ese sin fin de estrategias de sumisión obrera ante los poderosos, de fraccionamientos y enconos entre trabajadores en una fábrica, entre fábricas, entre trabajadores de diversas ramas. Estas escisiones que enfrentan a obrero contra obrero, no son un problema de falta de lectura de una tesis política o una de esas recetas idealistas que a diario se inventan las camarillas autotituladas vanguardias. Es un hecho material fundante del ser obrero que sólo puede ser superado a través de otro hecho material también fundante. La competencia y las vicisitudes del mercado que atraviesan el comportamiento de los trabajadores, su conciencia, sus disposiciones prácticas no surgen de una fuerza externa al obrero que lo vendría a arrastrar por los caminos de la ignorancia; la competencia entre sí, el egoísmo respecto a los demás obreros y el servilismo ante el empresario, son el resultado material de su constitución como mercancía fuerza de trabajo, como capital variable. En la propia constitución histórica como trabajo para-el-capital, esto es, en el devenir material de trabajo en trabajo asalariado, viene la incorporación implícita del ser mercancía, de confrontarse con los otros mercaderes de fuerza de trabajo, con los otros obreros. La fragmentación contemporánea de la fuerza de trabajo, su incapacidad de estructurar formas

de unificación a nivel de empresa, a nivel local, a escala nacional y mundial, tan característica de estos tiempos neoliberales, muestra abruptamente esta preponderancia del ser-mercancía de la fuerza de trabajo de hecho, es el fondo material y procesual de los discursos del desencantamiento del mundo, del vaciamiento del sentido histórico de la historia.

El llamado neoliberalismo en el fondo es la brutal reactualización de este proceso de pulverización de la unidad del trabajo, por tanto, de una nueva división del trabajo y de una nueva estructura material de la realidad histórica del trabajo capaz de reflotar la identidad mercancía de su ser social. Por ello es que el principal sostén de las modernas estrategias de dominio del capital pasan por la desarticulación de la sociedad civil, por la agresión a las formas de auto-aglomeración que los trabajadores de distintos rubros fueron creando durante décadas; por la proscripción de los sindicatos, por la deslegitimación de las estructuras de mediación política plebeyas consagradas por el Estado de bienestar, por la perdida de derechos públicos y laborales, etcétera. Pero ante todo, por la inscripción de este disciplinamiento en las propias estructuras materiales del proceso de trabajo social, en las nuevas formas de consumo de la fuerza de trabajo y las nuevas tecnologías que han comenzado a recrear al trabajo, desde el propio proceso de producción, con una nueva identidad económica, política y cultural mercantilizada, atomi-

zada, en descarnada competencia interna.

La definición de obrero parte entonces de estas determinaciones estructurales, por el sencillo motivo de que quien define inicialmente al obrero es el capital, el consumidor de su fuerza de trabajo. El valor de uso universal del trabajo viene dado y mediado por su consumidor que es el capital, y por ello es él quien define las características materiales válidas, remarcables, fundantes de ese valor de uso, que no son otra cosa que esa fuente de valor, que se venda como mercancía y que se comporte como mercancía, esto es, que sea un objeto social fracturado y en frenética competencia con las otras mercancías. La cultura obrera levantada sobre esta determinación es la cultura que ahora vemos predominar a escala nacional y mundial entre los obreros-del-capital.

El obrero mercancía, el obrero "en tanto capital variable" es el obrero para el capital, el obrero que existe para servir al capital. Dado que el obrero es obrero porque oferta su fuerza de trabajo (como sustancia abstracta o vertida en cosas), es obrero porque es mercancía y porque es mercancía se contrapone a las otras mercancías que son a la vez obreros. La competencia inter-obrera, viene incorporada a la definición inicial del trabajo asalariado, es parte de su materialidad histórica constitutiva, de su ser-en-sí.

El problema con la competencia entre trabajadores modernos, el miserabilismo entre propietarios de la

mercancía fuerza de trabajo, la cultura del regateo y el servilismo ante el consumidor de esa mercancía (el capital) están arraigados materialmente en la propia constitución social del obrero y en tanto ello, marca con igual huella indeleble sus comportamientos culturales, sus opciones políticas. No es una cuestión de ignorancia respecto a las normas fijadas por una tesis política o la falta de liderazgo, lo que empuja al trabajador a estos tipos de disposiciones mercantilizantes, enajenantes, del trabajador. Se comporta así porque así ha sido convocado por el capital, para poder existir como trabajador; la sola aceptación de la mercantilización de la fuerza de trabajo lleva implícita, con la fuerza de la materia social, este tipo de actitudes contractuales, pues de otro modo se trataría de un trabajo que carecería de utilidad para el capital y no sería un valor de uso social.

La superación de esta definición estructural y parcial de la clase obrera, no pasa como cree cierto idealismo radicalizado de las pequeñas sectas pseudoizquierdistas, por un hecho meramente de ideas (el programa, la tesis, etc.), sino que habrá de ser también un hecho de materialidad social que modifique simultáneamente las condiciones de conciencia e idea, y las convierta también en otra fuerza material de superación de la primera y básica determinación material del obrero como mercancía.

Que el obrero por definición estructural inicial y básica sea capital variable, significa que en el campo de las

clases sociales modernas las posiciones de la burguesía y el proletariado están marcadas por la iniciativa dominante de la burguesía respecto al obrero. De ahí se desprende que la ubicación del ser obrero es ya de entrada, por definición, una ubicación subordinada, subalternizada por la ubicación, las posesiones y las posiciones de la burguesía. Ser obrero es entrar de inicio a un campo estructurado en sus funciones por el ser burgués. El obrero, desde que se ubica en este campo de fuerzas como obrero, es un ser que ha aceptado incorporarse al campo de fuerzas a partir del curvamiento y las normas que establece el empresario: ser mercancía, ser fuente de valor, ser capital variable. El mundo entero como campo de clases se mueve sobre esta lógica inicial, que continuamente tiene que ser reproducida, reafirmada para asegurar la continuidad mundializada del capital.

El obrero es por tanto, de entrada, un ser definido por y para el capital; es el trabajo que ha devenido trabajo para el capital y el conjunto de sus comportamientos cotidianos estarán guiados por esta determinación esencial.

Una mirada a la clase obrera contemporánea en las distintas épocas históricas que ha atravesado muestra, más allá de las reminiscencias heroicas y como parte unilateral pero presente de su historia, a un obrero permisivo con los poderes, indulgente con las extorsiones padecidas, distante ante los suyos, en predisposición de negociar el monto de sus sumisiones ante el capital.

Romper esta determinación, curvear en otra dirección

el campo de las clases, definir de otra manera el trabajo por el propio trabajo, es un problema de construcción para sí del trabajador, de la determinación de sí del trabajo frente a la determinación para sí del capital: es el problema histórico-material de la auto-determinación.

4- La determinación del trabajo sobre sí mismo: la autodeterminación social

El proletariado pasa por distintas etapas de desarrollo [...] Al principio la lucha es entablada por obreros aislados, después por los obreros de una misma fábrica, más tarde por los obreros del mismo oficio [...] las colisiones entre el obrero individual y el burgués individual adquieren más y más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coalisiones contra los burgueses, y actúan en común para la defensa de sus salarios. Llegan hasta formar asociaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios, en previsión de estos choques eventuales. Aquí y allá la lucha estalla en sublevación [...] A veces los obreros triunfan; pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional, en una lucha de clases. Mas toda lucha de clases es una lucha política

[...] Esta organización del proletariado en clase, y por tanto en partido político, vuelve sin cesar a ser socavada por la competencia entre los propios obreros. Pero resurge, y siempre más fuerte...

Marx y Engels: 1980, págs. 118-119

He citado este extenso párrafo porque ahí está resumida la concepción de Marx sobre la constitución del obrero en clase y del "partido político" que a pesar de los años, se muestra tan actual y vigorosa ante nosotros.

El primer momento de la constitución estructural del obrero está definido por la iniciativa del capital frente al trabajo. Es el capital quien convierte el trabajo en trabajo mercantilizado, la capacidad de trabajo en capital variable. Hasta aquí el obrero aparece como una criatura del capital, aunque es el trabajo el que crea al capital. Estamos ante el fetichismo de la conciencia obrera que se presenta como conciencia subordinada,dependiente y tributaria de la conciencia alevosa del capital. Incluso la propia aglomeración del trabajo en los centros laborales se presenta como una organización del trabajo para el capital: él es quien los convoca, los agrupa, los ordena en funciones específicas, los vigila. Es la "fuerza de masa" del trabajo convertida en fuerza del capital, que acrecienta los montos de ganancia empresarial. Hasta aquí, la identidad obrera y su unidad son una identidad y una unidad creada por el capital para sus fines. De no suceder otras circunstancias, el obrero desarrollará su

vida de esta manera y habrá sido totalizado como fuerza productiva del capital, que habrá construido una hegemonía histórica sobre los trabajadores.

Sin embargo, sobre estas condiciones materiales de realidad del obrero moderno, existe otra posibilidad material: que el obrero vaya rompiendo estas cadenas escalonadas de sumisión; primero individualmente frente al patrón, al capitalista individual, lo cual supone la erosión de las complacencia con los miedos internos, el hastío con el abuso, la recuperación de una dignidad humana enterrada detrás de la docilidad regateada. Éste es el inicio de una serie escalonada de rupturas con el antiguo ser, por tanto de antagonismos con las disposiciones del capital, que estará dando inicio a la constitución del obrero en clase por afirmación propia. Esto llevará inmediatamente a plantearse la necesidad de dejarse de ver a sí mismo como una vulgar mercancía o un mercader y por tanto, a la necesidad de tener que entablar la relación con otros trabajadores ya no como competidores sino como asociados. De darse esas circunstancias y no ser derrumbada esta interunificación parcial del trabajo, surgirán coaliciones permanentes para obtener sus objetivos. En caso de que estas asociaciones locales únicamente reivindiquen para sí los montos de retribución por la venta de su mercancía, se habrá superado parcialmente la competencia entre obreros de una fábrica o rama, pero para retomarla a nivel de obreros de varias ramas o regiones; en vez del sujeto

mercader individual presentado por un solo individuo tendremos un sujeto mercader presentado por una entidad colectiva, que simplemente manifiesta la competencia obrera a un nivel de estructuras corporativas más grandes; pero el fondo mercantil será el mismo.

Con todo, este nivel de unidad parcial representara un desarrollo de la confrontación del trabajo con el capital que podrá engendrar una mayor comprensión práctica de los frutos de su unidad que, de no quedar enajenada como unidad refuncionalizada por el capital, como sucede en la mayoría de los casos, podrá dar lugar a luchas más enconadas, a rebeliones y triunfos que por su parcialidad restringida a una rama o localidad, tendrán la contrafinalidad de intensificar las condiciones de opresión obrera en otras ramas menos organizadas, con lo que nuevamente se acentuará la competencia obrera que conspirará contra los brotes de unidad local existentes.

Pero también hay otra posibilidad: que estas luchas locales aumenten y en algún momento se interunifiquen en una lucha nacional, esto es, en una lucha que disputa el sentido de totalidad orgánica primaria del capital, el espacio de dominio, de mando, de dirección de la vida social; la lucha de clases habrá tomado la forma de una lucha política general en la que se pondrán en discusión las relaciones de poder social y cuyo resultado, de continuar este proceso de acumulación, dependerá de las correlaciones de fuerzas económicas, políticas, culturales y militares forjadas en los años y décadas

anteriores, convergentes ahora en un mismo instante definitorio: la sublevación.

Sin embargo, las cosas también podrían tomar otro rumbo: esta autoformación del proletariado en clase no necesariamente desembocará en esta confrontación con el capital, pues ella, la unidad proletaria, con la misma fuerza con que nació "vuelve sin cesar a ser socavada por la competencia entre los propios obreros", con lo que todo lo conseguido "se desvanece en el aire" y obliga a los obreros a refundar su unidad sobre las ruinas de la anterior. Y aunque no fuera así, y estas luchas convertidas en sublevaciones triunfaran, no aseguran por ese simple hecho la victoria de la causa obrera: pueden ser ellas mismas fuerzas productivas políticas del capital que en vez de superar su lógica, la generalicen a todo el país, como lo que sucedió en la URSS. En este caso, como ya lo previno Marx en su tiempo, la revolución proletaria habrá sido una simple revolución política que habrá ayudado a instaurar el dominio social general de la burguesía.

No hay por tanto, ni camino ineluctable hacia la victoria revolucionaria ni ascenso gradual e históricamente ascendente del obrero al pedestal de clase organizada. Éste ha sido uno de los nefastos mitos idealistas del pseudo-izquierdismo preso de un mecanismo linealista que sustituyó el devenir histórico contingente de las luchas sociales por un curso preconcebido en las cabezas afiebradas de los profetas.

La construcción del obrero en clase revolucionaria es un proceso histórico de autoconstrucción de los obreros como entidad y unidad por encima de la definición que de ellos ha hecho el capital. Aunque tiene que partir del patético ser en que el capital lo ha convertido, pues ahí están asentadas las condiciones materiales de posibilidad de lo que será, el trabajador tiene que trabajar sobre sí mismo, tiene que moldearse en función de lo que desea ser derrumbando las prescripciones de su ser establecido por los otros que lo dominan y lo han deformado. Aquí, libertad y necesidad se fusionan, pues, por un lado, la construcción de la clase obrera por los propios obreros es la producción de un sujeto autónomo, de un sujeto que se define a sí mismo como colectividad, que elige, opta sobre la formación de su horizonte histórico. En estas condiciones, la libertad obrera es el proceso de su liberación del ser-obrero-del-capital y que por tanto deja de ser obrero para afirmarse como trabajador libremente asociado. Por otro lado, esta autoconstrucción obrera para sí, parte sobre los condicionamiento materiales de la realidad obrera hecha por el capital (en-sí); su campo de posibilidades está marcado por lo que, abierta y potencialmente, ha moldeado el capital sobre el cuerpo del trabajador. Cualquier cosa que haga el obrero, incluso el negarse colectivamente como obrero, lo hará a partir y sobre la base de su ser obrero, de las necesidades sociales despertadas por ése su ser mutilado, y de las potencialidades contenidas y

constreñidas por su ser obrero para el capital.

La autoconstrucción de la clase obrera es simultáneamente el proceso de autodisolución de la propia clase, pues la clase obrera existe únicamente en tanto clase dominada, extorsionada y desunificada. La unificación entre obreros a escala general, la rebelión contra la explotación y la insumisión a las relaciones de dominio que caracterizan a la autoafirmación del obrero es, simultáneamente, la negación de su ser dominado; esto es, de su ser obrero para el capital. Es por eso que Marx afirma que la clase obrera sólo puede liberarse aboliendo la propia estructuración de la sociedad en clases ("Todo modo de expropiación existente hasta nuestros días", *Manifiesto*, p. 121). Pero la negación proletaria de su ser obrero-para-el capital, es afirmación positiva del ser comunitario negada por el capital. El proletariado niega en el proceso revolucionario una negación y así produce positivamente su autodeterminación.

La "clase revolucionaria" en Marx es el concepto que permite sintetizar esta contradicción procesual de la producción de autodeterminación proletaria: el obrero se construye como clase para sí, pero para comenzar a disolverse en tanto clase, ya que su colocación en esta categoría es su aceptación de la dominación.

Luchar contra la dominación es hacerlo contra su situación de clase; pero sólo puede derrotar su situación de dominada disolviéndose como tal. La clase revolucionaria es, por tanto, el proceso histórico de luchas

colectivas de la clase obrera para dejar de ser clase obrera, esto es, clase dominada y explotada, y emerger en un largo proceso histórico ya no como clase, lo que, por su función de trabajador, es el eufemismo que toma su dominación. La perspectiva revolucionaria del proletariado, en caso de construirse, no es el ser clase, ni siquiera clase dominante, sino extinguirse como tal extinguiendo la dominación de clases. La emancipación obrera, a diferencia de todas las revoluciones pasadas, no tiene por objetivo instaurar otro dominio estructural de clase, sino de superar las relaciones de clase.

Sólo este horizonte del comunismo vuelve inteligible y otorga sentido a los pasos intermedios u "objetivos inmediatos", que pueden permitir su obtención como es "la constitución del proletariado en clase dominante"; la detención del movimiento revolucionario en cualquier etapa intermedia, esto es, que el comunismo no haya superado por completo al capitalismo y conviva con él o lo promueva como parte subsidiaria (la revolución por etapas o la revolución permanente), sólo puede provocar que el capital vuelva a devorar al trabajo y las fuerzas del comunismo se enajenen como fuerzas del capitalismo.

En cualquiera de sus momentos de auto emancipación, desde la resistencia desplegada por el obrero individual, hasta la conversión del proletariado en clase dominante, el ser obrero-para-el capital y el ser obrero-para sí-mismo, se hallan presentes estados de flujo candente

y jerarquizado uno junto al otro de manera indisoluble. A cada momento del ser mercancía, está la posibilidad material de un lento o rápido proceso de formación de la autonomía obrera frente al capital y de su extensión; a cada paso del avance de la autounificación del obrero como clase revolucionaria, está la posibilidad material dominante, de la competencia y la desintegración de esa unidad por fuerza del capital; la historia contemporánea del capitalismo no es otra cosa que el curso histórico contradictorio, de ida y vuelta incesante de este fluir condensado de fuerzas sociales llamadas clases sociales. Si el capital avanza, crea máquinas, modifica la naturaleza a sus fines es porque necesita mediante ello crear condiciones de la sumisión del trabajo obrero que sobre esos hechos encuentra, a la larga, las maneras de inventar, de renovar o de reproducir las maneras de su autounificación frente al capital; que de no extenderse a escala nacional y luego mundial, volverá a ser triturada por el capital, por sus modificaciones organizativas y tecnológicas en un proceso ininterrumpido que sólo podrá finalizar con la extinción plena del capitalismo y de las relaciones de clase que lo sostienen.

Esto significa que no hay adquisiciones obreras de historia, de conciencia, de organización perennes y definitivas; cada una de ellas es un fruto histórico contradictorio que ha nacido de una correlación de fuerzas antagónicas específicas, ella misma es síntesis de esa tensión de fuerzas contradictorias y ha de disolverse

nuevamente en ellas, para dar luego paso a otras cristalizaciones o solidificaciones temporales que se disolverán ante el caldero de lava de las relaciones de clase. Detrás de cada avance autoorganizativo del trabajo acecha el capital, que utilizará todos sus medios económicos, políticos y culturales para diluir esa conquista laboral o para retorcerla y darle otros fines. El gremio, las cooperativas, las cajas, los sindicatos, los partidos, todos llevan en sus entrañas y su desarrollo esta doble naturaleza contradictoria de la relación de clases; ninguna creación, ninguna invención, ninguna teoría, ninguna institución de los dominados escapa a este potencial designio fatal de devenir en su contrario; por eso es precisamente que las clases dominadas son dominadas. Lo único revolucionario es el movimiento histórico de la revolución, el proceso histórico de la revolucionarización de las relaciones de poder social que se inicia desde que el capital pone pie en la producción y que terminará, si es que lo hace, cuando el capital como relación social sea un arcaísmo del pasado. La revolución comunista es pues un proceso que se inicia con el capitalismo que atraviesa distintas etapas de intensificación, de retrocesos, de pequeñas victorias y descomunales derrotas que relanzan las nuevas condiciones de posibles victorias más extendidas y que, en caso de finalizar, lo hará en el comunismo, si es que éste logra realizarse. A esto Marx le llama "movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos".

La revolución social no es un Putsch de vanguardias arriesgadas, no es un golpe de estado que derroca a los malos funcionarios del poder estatal por otros más abnegados, comprometidos o letrados en el "programa"; es un largo proceso de autodeterminación social, económica, política y cultural que iniciándose en cada centro laboral, en varias regiones y países de manera aislada, es capaz de interunificar materialmente prácticas, actitudes y hechos para crear un sentido de totalización práctica del trabajo que totalice, que supere positivamente la totalización del capital. Es, pues, un hecho de masas, de sus comportamientos, de sus creencias, de sus acciones, de sus creaciones, de sus sueños, de sus objetivaciones materiales que en su unificación son capaces de producir, tanto una nueva relación de poder a escala nacional primero ("elevarse a la condición de clase nacional" dice el *Manifiesto*, p. 127) y luego mundial (porque el capital es una relación mundial), como una nueva forma de ejercicio no disciplinario del poder que permita que el hecho factual de masa se presente a sí mismo sin intermediación re-presentable, que ha sido precisamente la técnica para escamotear y enajenar el rol de la fuerza colectiva.

La constitución de la clase revolucionaria es, entonces, desde todo punto de vista un hecho material de clase imposible de ser suplantado por la pericia de vanguardias, la mística de un puñado de militantes o la escritura prolífica de algún bienpensante. La constitución de

la clase revolucionaria es un hecho histórico que compete a la experiencia histórica de la propia clase, de la multitud abigarrada que valoriza al capital. A este movimiento material de autoconstrucción, que es un proceso de autodeterminación general del trabajo frente al capital, Marx le llama partido político de la clase.

Lo que para Marx es el partido revolucionario de la clase, no es otra cosa que el proceso social de auto-construcción obrera de su autonomía frente al capital, lo que tiene dos implicancias histórico-generales. En primer lugar, que es un proceso que compete a los trabajadores en su conjunto, en su totalidad y en su vida cotidiana, en un centro de trabajo, en una zona, en el país y en el mundo. En segundo lugar, que no puede ser sustituido por la abnegada militancia, la astucia teórica o la radicalidad de unos adeptos de algún profeta de secta: o el partido es un producto del movimiento de autoemancipación material del trabajo o no es más que una impostura de un puñado de impostores que hablan a nombre de los trabajadores.

En la medida en que el capital es una realidad social y material que enajena el trabajo, y el comunismo no es otra cosa que el "movimiento real que anula y supera el estado de cosas actual", la superación de esa realidad no puede ser más que un hecho igualmente social y material que involucra a las clases trabajadoras en su conjunto, a su actividad práctica colectiva. El partido es entonces el largo movimiento de constitución

histórica de la masa proletaria en sujeto conductor de su destino a través de la elaboración de múltiples y masivas formas prácticas capaces de producir una realidad diferente a la establecida por el capital. El partido, en tal sentido, es un hecho material de masa, no de sectas ni vanguardias; es un movimiento de acciones prácticas no simplemente de adquisiciones teóricas, es lucha de clases de la propia clase obrera, no un programa o "ideal al cual sujetar la realidad".

Es en este contexto que debe entenderse también aquella afirmación del *Manifiesto* que afirma que "de todas las clases que hoy se enfrentan contra la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria". Marx y Engels no están afirmando que sólo es el proletariado quien se enfrenta a la burguesía, ni que el proletariado es por excelencia revolucionario. En el primer caso, el propio *Manifiesto* habla de la posible acción revolucionaria de una parte de lo que él llama estamentos medios, y en los posteriores años, en su encuentro con las formaciones sociales de Rusia, Asia, América, estudiará el potencial revolucionario y comunista de estructuras comunales coetáneas al régimen capitalista. En el segundo, la definición del obrero como capital variable, como mercancía, anula cualquier posibilidad de deificar al proletariado como el ser revolucionario por antonomasia.

Dado que lo que de entrada define al obrero es su ser mercancía para el capital, la posición revolucionaria no

puede venir por su definición estructural que precisamente la descarta; por el contrario, el ser revolucionario es el proceso de negación de ese ser impuesto por el capital, la negación colectiva de ese ser obrero. Es por eso que el *Manifiesto*, al afirmar el carácter revolucionario del proletariado, condiciona esta posición a la lucha, al enfrentamiento contra la burguesía. No es lo revolucionario lo que precede a la lucha, sino a la inversa, la lucha contra el capital, que es un hecho de contingencia histórica, una elección, es lo que convierte al obrero en proletario revolucionario. Lo revolucionario no es entonces una esencia trascendente depositada en los obreros esperando realizarse algún momento. Esto sería suplantar la historia por una metafísica de la sustancia transhistórica. Lo revolucionario es una posición social a ser conquistada en el terreno mismo de la práctica cotidiana de la lucha que no sólo nunca es completa, sino que además no se mantiene por inercia; para darse en el porvenir tiene que producírsela nuevamente, pues siempre estará siendo socavada por la propia competencia renovada entre obreros; y ello en tanto se mantengan en pie las relaciones del valor como medida del trabajo social.

Lo "verdaderamente revolucionario" no es para Marx el obrero tal cual, sino el obrero en lucha contra el capital, y es eso justamente lo que Marx toma en cuenta cuando, por ejemplo, en diciembre de 1849, al referirse a las masas obreras de Francia y Alemania, seña-

la que "tal vez sean revolucionarias de palabra, pero no lo son evidentemente en los hechos"; o cuando se refiere al aburguesamiento del proletariado francés a partir de la reacción y la prosperidad imperante; cuando comenta sobre el "servil espíritu" del obrero inglés. El partido en el *Manifiesto* es una acción histórica prolongada que reclama materialmente a toda la clase, a todas sus actitudes, a todas sus acciones, a todas sus percepciones, a todas sus capacidades creativas por dos motivos evidentes: porque la dominación del capital es una realidad material totalizadora de la vida que sólo puede ser remontada también por realidades materiales que retotalizan la vida del trabajo en función de sus propios designios, y porque la conformación de las clases no es fruto de una enunciación, aunque ello contribuya; es un resultado práctico que atraviesa todos los espacios de la vida social. De ahí que el concepto fuerte de partido en Marx no puede reducirse ni a la acción de una abnegada élite esclarecida que forma su red de clientela política o devotos, ni a una adquisición de conciencia, de cultura "inyectada" a esa clientela para que al fin sepan lo que tienen que hacer.

Esta manera falseada de entender y practicar el "partido marxista" que en el último siglo ha sido cómplice de las derrotas revolucionarias en el mundo, en el fondo es una renovación del discurso liberal e idealista bajo el disfraz deformado de un supuesto "Marxismo". Del liberalismo porque pretende que una ruidosa élite

de adeptos a algún manojo de "principios inventados por algún reformador del mundo" sea el que suplante a la clase, a su proceso material de auto-construcción política y cultural.

Estos "representantes "del proletariado que ejercen un efecto ventrílocuo respecto a la auténtica voz multiforme del proletariado, se asignan un papel similar al de los ideólogos del liberalismo que consiste en elaborar técnicas políticas de suplantación de la voluntad general por el mando de unos "representantes" que pueden ser parlamentarios, burócratas virtuosos, o, en este caso, unas pseudovanguardias letradas. En todos los casos, el efecto es el mismo: mantener la acción política, esto es, la gestión de los asuntos comunes de la sociedad, como patrimonio privado de unos "especialistas" del mando, del poder social.

Pero, además, se trata de un liberalismo enroscado en un idealismo filosófico de poca monta, en tanto reduce además el problema de la construcción del partido a un asunto de ideas, discurso, tesis y programas, como si la dominación del capital fuera simplemente una cuestión de tesis, discursos o mala conciencia. Escribe Marx en *La sagrada familia*: "Según la crítica crítica, todo el mal (que padecen los obreros) radica exclusivamente en cómo 'piensan' los obreros [...] Pero estos obreros de masas, comunistas, que trabajan, por ejemplo, en los talleres de Manchester y Lyon, no creen que puedan eliminar mediante el 'pensamiento puro' a sus amos

industriales y su propia humillación práctica. Se dan cuenta muy dolorosamente de la propia diferencia que existe entre el ser y el pensar, entre la conciencia y la vida. Saben que la propiedad, el capital, el dinero, el trabajo asalariado, etc., no son precisamente quimeras ideales de sus cerebros, sino creaciones muy prácticas y muy materiales de su autoenajenación, que sólo podrán ser superadas, asimismo, de un modo práctico y material".

El capital, como relación social, es un hecho material que involucra a todas las clases trabajadoras; el proceso histórico de supresión de esta relación de subordinación, esto es, la construcción de la clase, es también un proceso material que compete a toda la clase. De hecho, Marx llama partido precisamente a la "construcción del proletariado en clase", que no es otra cosa que un proceso de materialidad social en que el trabajador comienza a producir una nueva significancia social al valor de uso de su trabajo, al valor de uso de su unidad, al valor de uso de su creatividad, en síntesis a la objetividad material de la clase. Las ideas juegan ciertamente un papel destacado en todo ello pues son la "parte ideal de lo material social", pero no pueden ni suplantarla ni sustituir el resto de componentes prácticos de esa materialidad.

Los liberales consecuentes en este sentido son mucho más consistentes en sus planteamientos; no esconden sus intenciones respecto al interés de usurpación de la

voluntad política popular a la que consideran marcada por vicios o incapaz de autorrepresentarse, además de ser conscientes del dominio material que tienen que refrendar políticamente. Los liberales vergonzantes de nuestra época, en cambio, esconden detrás de una retórica obrerizante, la anulación del protagonismo obrero, y se llenan la boca de un vulgar materialismo filosófico que en verdad rinde culto a la idea como exclusiva fuente creadora de realidad.

Frente al liberalismo en todas sus expresiones, Marx muestra con extrema precisión que la organización del proletariado en clase es un devenir práctico que impugna materialmente en todos los terrenos de la vida y por todos los medias posibles las condiciones de dominación social que el capital ha levantando; se trata de una deconstrucción de la identidad obrera producida por el capital como relación de subordinación (el obrero como capital variable), y la construcción de una nueva identidad práctica por obra de los propios trabajadores (la libre asociación de los productores). De ahí que en la actualidad, dadas las condiciones de fragmentación mercantil a la que ha sido arrinconada el trabajo por el desarrollo "globalizado" del capitalismo, la formación del partido revolucionario en el gran sentido histórico, puede también ser interpretada como la reconstrucción de las redes de una nueva sociedad civil autónoma frente al capital. Sociedad civil porque en sus nuevas décimas partes, ella es hoy el mundo del trabajo en sus múl-

tiples maneras de existir. Interunificada en red porque la estructura del trabajo ha alcanzado tal complejidad de estratificación económico-cultural, que no es posible hablar, como en la época *fordista*, de un trabajador uniformizado, homogéneo; cada fracción laboral está creando una connotación diferente de su identidad que parecieran exigir formas de interunificación similares a las neuronales, esto es, capaces de lograr fusionamientos temporales, y desplazables con alto grado de densidad compacta para determinado tipo de acciones, pero preservando a la vez un amplio margen de independencia y de elección aleatoria en la construcción de las redes de acción común. Por último, autónoma frente al capital, y por tanto ante el estado del capital, porque precisamente ahí radicó el límite histórico de la antigua "sociedad civil", que en parte creció a la sombra del Estado, en parte lo impugnó, pero sólo para negociar ante él las mejores condiciones de su subordinación, esto es, el monto del soborno social a arrancar para reafirmar la ineluctable supremacía del capital.

El partido del proletariado para Marx y para los verdaderos comunistas de hoy, es por tanto el conjunto de razones y de acciones prácticas, de luchas, de resistencias, de organización y estrategias individuales, colectivas, locales, nacionales e internacionales que el mundo del trabajo despliega frente a la racionalidad del valor de cambio en los terrenos de la vida económica, política y cultural; en este proceso histórico multiforme, que

no necesariamente requiere de vínculos externos que no sean la lucha en común, el proletariado produce su propia fisonomía económica, política y cultural, y en ese sentido se empieza a autodeterminar socialmente.

De ahí que no resulte extraño que Marx en el *Manifiesto* hable de la organización de los comunistas, a los que él pertenece, como uno más de los partidos proletarios; que llame primer partido obrero a los Cartistas ingleses, a los partidarios de la reforma agraria en EEUU o que después hable de los blanquistas como el auténtico partido obrero de la revolución de 1848-1850 en Francia; que años después señale a los sindicatos como los únicos representantes de un verdadero partido obrero; que luego de haber participado en la Internacional como un momento más de ese partido histórico, la disuelva; que en los años setenta hable de un único partido obrero alemán, a pesar de haber dos estructuras organizativas, o que en 1885, Engels señale a la solidaridad obrera entre los obreros de todos los países como base suficiente para formar un gran partido del proletariado.

Estos dos niveles del partido en Marx: primero como proceso de autoconstrucción de la clase en su conjunto, y segundo, como estructura organizativa específica y efímera que se levanta sobre la primera, nos muestra que lo decisivo del partido son los procesos de interunificación política de los trabajadores desde el centro de trabajo y de vida social frente al capital. Ahí, el partido es sinónimo de construcción de la clase

por la acción práctica de la propia clase capaz de ir forjando un sentido de totalidad interpelatorio y luego antagónico al establecido por el régimen del capital. Es decir, la clase obrera, en su sentido estricto de masa en estado de autodeterminación, es el partido de la clase obrera, porque construye materialmente su propia personalidad ante la personalidad delegada por el capital. No se es clase revolucionaria por participar en algún partido específico. Pensar de tal manera es simplemente el efecto del fetichismo de la mercancía trasmutado a la esfera política, que convierte a los medios y los productos en fines y productores. Se es clase para-sí misma y en esa medida se es partido. En 1860, Marx llamara a este partido-clase el partido en "el gran sentido histórico de la palabra".

En cambio, el partido como estructura organizativa específica son las expresiones fenoménicas y transitorias del proceso de la auto-construcción política de la clase. La labor de estas estructuras, en caso de ser expresiones reales del movimiento, sin lugar a dudas es decisiva en tanto que permiten ayudar a unificar en estructuras organizativas más o menos compactas, más o menos públicas o cerradas, un flujo de intenciones, de disposiciones prácticas latentes al seno de la clase. Un partido en este sentido específico puede contribuir, solamente contribuir, a potenciar, a reforzar, a expandir a "destacar y hacer valer" dice el *Manifiesto*, el interés común del "movimiento en su conjunto" de

emancipación del trabajo.

El papel del partido en este sentido restringido hoy en día sería, entonces, el mismo que propugnaba Marx para los comunistas de su época: impulsar, reforzar, generalizar, destacar la autonomía obrera frente al capital; no prescribir el rumbo que "debiera" tomar el movimiento de auto-emancipación, ya que ésa es tarea de pastores que consideran a los trabajadores incapaces de liberarse por sí mismos; no de comunistas.

"Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo. No son sino la expresión de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente", nos señala el *Manifiesto*. El partido en este sentido específico, no inventa ni puede sustituir la lucha de clases; tan sólo puede reforzar las tendencias autodeterminativas que se dan al interior de la lucha de clases.

Los tipos de organización que asumirá este proceso de auto-formación de la clase son diversos, pero también efímeros, porque son producto, resultado de las condiciones del desarrollo de la lucha de clases, y en especial, de las condiciones reales de la autoconstrucción histórica del proletariado en clase frente al capital. En el Marxismo no es posible hallar, por tanto, una teoría definitiva de la organización política, porque el Marxismo no es una filosofía del fin de la historia.

La lucha de las clases es un movimiento real que se

transforma incesante y aleatoriamente ante nuestros ojos, y en tal medida, las organizaciones obreras mediante las cuales esa lucha se expresa y se constituye teóricamente, son también modificadas por ese movimiento de fuerzas estructurales que acontece en los campos de la vida social.

En Marx no hay receta organizativa; las estructuras fosilizadas son propiedad de las sectas. Es en las formas concretas en que se va tejiendo y retejiendo el automovimiento impugnador del trabajo contra el capital donde se ha de delinear el espacio de posibles organizativos específicos del trabajo. Es en las condiciones materiales de la dominación histórica, de las formas de consumo de la fuerza de trabajo, de la supeditación técnica en el proceso de producción, que se revolucionan incesantemente, que hay que ir a hallar las condiciones materiales de insubordinación del trabajo y, por lo tanto, de las formas organizativas transitorias más eficaces para potenciar ese movimiento de emancipación.

"Después que la liga [de los comunistas para la cual Marx y Engels redactaron el *Manifiesto*] se disolvió en noviembre de 1852 siguiendo una propuesta mía, no he pertenecido nunca, ni pertenezco, a ninguna asociación secreta o pública, ya que el partido, en este sentido totalmente efímero, ha dejado de existir para mí desde hace ocho años [...] Al hablar del partido entendía el partido en el gran sentido histórico de la palabra."

Sentido histórico y sentido efímero del partido for-

man parte de una dialéctica histórica del partido en Marx, que hoy es preciso reivindicar ante una trágica experiencia del partido-estado prevaleciente en las experiencias organizativas de gran parte de la izquierda mundial. El partido-estado, en todo los casos, ha sido la réplica en miniatura del jerarquizado despotismo estatal que ha enajenado la voluntad del militante en los omnímodos poderes de los jefecillos y funcionarios partidarios; y no bien se dan las transformaciones sociales revolucionarias, estos aparatos tienen una extraordinaria facilidad para amalgamarse a las máquinas estatales, para reconstruirlas en su exclusiva función expropiadora de la voluntad general, que a la vez reforzará la racionalidad productiva capitalista de donde ha emergido.

Si el partido, en el gran sentido histórico, es la autoconstrucción de la clase revolucionaria, que a su vez no es más que el largo proceso histórico de disolución de las escisiones sociales en clases explotadas, por tanto del Estado, las estructuras organizativas transitorias que expresen este desarrollo no pueden menos que objetivar una forma organizativa de nuevo tipo que lleve implícito internamente la tendencia de lucha hacia la disolución del funcionamiento maquinal estatal. Sólo así estas estructuras organizativas podrán garantizar su vínculo de expresión del movimiento de autonomía obrera de clase ante el capital.

De todo esto se desprenden dos tareas ineludibles

para los comunistas de hoy en día: en tanto el comunismo "no es una doctrina sino un movimiento", en la "medida en que teóricamente es la expresión teórica de la posición que el proletariado ocupa en esta lucha y la síntesis teórica de las condiciones para la liberación del proletariado" o, en palabras del *Manifiesto*, "expresión de conjunto de un movimiento histórico que se está desenvolviendo ante nuestros ojos", los comunistas no tienen que afinar añejas premoniciones sobre un predestinado fin apocalíptico emboscado detrás del actual triunfalismo liberal; tampoco deben hacer un acto de fe acerca de una resurrección del ideal socialista. Lo primero es para charlatanes y lo segundo para feligreses.

Los comunistas tiene que dar cuenta del "movimiento real" que suprime el estado de cosas actual, reforzarlo allá donde surge, destacar el interés general anidado en las luchas particulares aisladas. Y eso, hoy en día, es primeramente entender lo que sucede con el régimen del capital, ver sus actuales fuerzas motrices, sus posibilidades de expansión, sus modificaciones tecnológicas para la obediencia obrera, sus reorganizaciones para debilitar las resistencias obreras y vencer la competencia inter-empresarial; pero todo ello para elucidar sus impotencias fácticas, sus limitaciones efectivas. De lo que se trata no es de amoldar al esquema mental la realidad indagada, sino de construir y ordenar las categorías conceptuales requeridas para aprehender el sig-

nificado del movimiento de la realidad.

Simultáneamente tienen que volver inteligibles las condiciones materiales que han posibilitado las frustraciones de las luchas sociales, sus derrotas y su conversión en fuerzas productivas del capital, como en Europa del Este. De otra manera, las condiciones de los fracasos proletarios que cubren la historia de este siglo no habrán sido incorporadas en la memoria práctica de las clases laboriosas y por tanto, las posibilidades de emancipación quedarán aún más dificultadas de lo que ya lo están hoy.

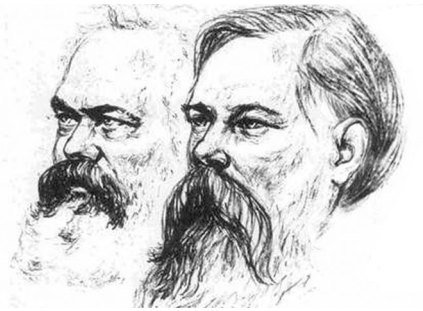
Por último, y atravesando las dos prácticas anteriores, se tiene que indagar y reforzar prácticamente, comprometiéndose hasta el fondo con ellos, los múltiples medios actuales y dispersos con los que el trabajo resiste y trata de superar la lógica del capital, las condiciones materiales de su extensión e interunificación capaz de crear un sentido de totalidad contestataria al orden civilizatorio del capital, las nuevas circunstancias de la existencia de la forma social capitalista que habilitan un nuevo abanico de vías posibles de irrupción de la autonomía proletaria.

De lo que se trata es de retomar en nuestro tiempo la intencionalidad comunista sintetizada en el acto de creación y la prosa del *Manifiesto comunista*: indagar acuciosamente la realidad del capital para hallar en esta manera actual de su existencia, las condiciones materiales propias de su superación como régimen

social, a fin de expresarlas más nítidamente, de reforzarlas. La modalidad de la organización o de las organizaciones de los comunistas necesarias para esta nueva época del capitalismo, resultará de los requerimientos marcados por las características que está asumiendo actualmente el movimiento práctico de des-enajenación del trabajo.

Manifiesto del Partido Comunista

Carlos Marx y Federico Engels



“La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases”.

Carlos Marx y Federico Engels

Prefacio a la edición alemana de 1872 [1]

La Liga de los Comunistas, asociación obrera internacional que, naturalmente, dadas las condiciones de la época, no podía existir sino en secreto, encargó a los que suscriben, en el Congreso celebrado en Londres en noviembre de 1847, que redactaran un programa detallado del partido, a la vez teórico y práctico, destinado a la publicación. Tal es el origen de este "Manifiesto", cuyo manuscrito fue enviado a Londres, para ser impreso, algunas semanas antes de la revolución de febrero [2]. Publicado primero en alemán, se han hecho en este idioma, como mínimo, doce ediciones diferentes en Alemania, Inglaterra y Norteamérica.

En inglés apareció primeramente en Londres, en 1850, en el "Red Republican" [3], traducido por Miss Helen Macfarlane, y más tarde, en 1871, se han publicado por lo menos, tres traducciones diferentes en Norteamérica. Apareció en francés por primera vez en París, en vísperas de la insurrección de junio de 1848 [4], y recientemente en "Le Socialiste" [5], de Nueva York. En la actualidad, se prepara una nueva traducción. Hízose en Londres una edición en polaco, poco tiempo después de la primera edición alemana. En Ginebra apareció en ruso, en la década del 60 [6]. Ha sido traducido también al danés, a poco de su publicación original.

Aunque las condiciones hayan cambiado mucho en los últimos veinticinco años, los principios genera-

les expuestos en este "Manifiesto" siguen siendo hoy, en grandes rasgos, enteramente acertados. Algunos puntos deberían ser retocados. El mismo "Manifiesto" explica que la aplicación práctica de estos principios dependerá siempre y en todas partes de las circunstancias históricas existentes, y que, por tanto, no se concede importancia excepcional a las medidas revolucionarias enumeradas al final del capítulo II. Este pasaje tendría que ser redactado hoy de distinta manera, en más de un aspecto. Dado el desarrollo colosal de la gran industria en los últimos veinticinco años, y con éste, el de la organización del partido de la clase obrera; dadas las experiencias prácticas, primero, de la revolución de Febrero, y después, en mayor grado aún, de la Comuna de París [7], que eleva por primera vez al proletariado, durante dos meses, al poder político, este Programa ha envejecido en algunos de sus puntos. La Comuna ha demostrado, sobre todo, que «la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines». (Véase "Der Bürgerkrieg in Frankreich, Adresse des Generalrats der Internationalen Arbeiterassaoziation", pág. 19 de la edición alemana, donde esta idea está desarrollada más extensamente.)

Además, evidentemente, la crítica de la literatura socialista es incompleta para estos momentos, pues sólo llega a 1847; y al propio tiempo, si las observaciones

que se hacen sobre la actitud de los comunistas ante los diferentes partidos de la oposición (capítulo IV) son exactas todavía en sus trazos fundamentales, han quedado anticuadas para su aplicación práctica, ya que la situación política ha cambiado completamente y el desarrollo histórico ha borrado de la faz de la tierra a la mayoría de los partidos que allí se enumeran. Sin embargo, el "Manifiesto" es un documento histórico que ya no tenemos derecho a modificar. Una edición posterior quizá vaya precedida de un prefacio que puede llenar la laguna existente entre 1847 y nuestros días; la actual reimpresión ha sido tan inesperada para nosotros, que no hemos tenido tiempo de escribirlo.

Carlos Marx. Federico Engels
Londres, 24 de junio de 1872

---

[1] "El Manifiesto del Partido Comunista" se publicó por primera vez en Londres en febrero de 1848. En esta edición se incluyen, además del propio Manifiesto, los prólogos a todas las ediciones, excepto el de la inglesa, que apareció en 1888, ya que las ideas expuestas en él se reproducen en los otros prefacios y, concretamente, en el de la edición alemana de 1890.

[2] Se trata de la revolución de febrero de 1848 en Francia.

[3] "The Red Republican" ("El republicano rojo"): semanario cartista que editó en Londres J. Harney entre junio y noviembre de 1850. El "Manifiesto" se publicó resumido en los números 21-24 de noviembre de 1850.

[4] La insurrección de junio: heroica insurrección de los obreros de París entre el 23 y el 26 de junio de 1848, aplastada con excepcional crueldad por la burguesía francesa. Fue la primera gran guerra civil de la historia entre el proletariado y la burguesía.
[5] "Le Socialiste" ("El Socialista"): diario que apareció en francés en Nueva York entre octubre de 1871 y mayo de 1873; era el órgano de las secciones francesas de la Federación Norteamericana de la Internacional; después del Congreso de La Haya, rompió con la Internacional.
La mencionada traducción francesa del "Manifiesto del Partido Comunista" se publicó en el periódico "Le Socialiste" en enero-marzo de 1872.
[6] Se trata de la primera edición rusa del "Manifiesto del Partido Comunista", aparecida en 1869 en Ginebra, traducido por Bakunin. Al traducirlo, éste tergiversó en varios lugares el contenido del "Manifiesto". Las faltas de la primera edición fueron corregidas en la que apareció en Ginebra en 1882, traducida por Plejánov. La traducción de Plejánov puso comienzo a la vasta difusión de las ideas del "Manifiesto" en Rusia.
[7] La Comuna de París de 1871: Tras la revolución del 18 de marzo de 1871 y hasta el 28 de mayo de 1871, el proletariado toma por primera vez el Poder. En 1891, en el vigésimo aniversario de la Comuna de París, Engels escribió: «Últimamente, las palabras "dictadura del proletariado" han vuelto a sumir en santo horror al filisteo socialdemócrata. Pues bien, caballeros, ¿queréis saber qué faz presenta esta dictadura? Mirad a la Comuna de París: ¡he ahí la dictadura del proletariado!».
La historia de la Comuna de París está expuesta en el trabajo de Marx "La Guerra Civil en Francia".

Prefacio a la segunda edición rusa de 1882

La primera edición rusa del "Manifiesto del Partido Comunista", traducido por Bakunin, fue hecha a principios de la década del 60 en la imprenta del "Kólokol" [8]. En aquel tiempo, una edición rusa de esta obra podía parecer al Occidente tan sólo una curiosidad literaria. Hoy, semejante concepto sería imposible.

Cuán reducido era el terreno de acción del movimiento proletario en aquel entonces (diciembre de 1847) lo demuestra mejor que nada el último capítulo del "Manifiesto": "Actitud de los comunistas ante los diferentes partidos de oposición" en los diversos países. Rusia y los Estados Unidos, precisamente, no fueron mencionados. Era el momento en que Rusia formaba la última gran reserva de toda la reacción europea y en que la emigración a los Estados Unidos absorbía el exceso de fuerzas del proletariado de Europa. Estos dos países proveían a Europa de materias primas y eran al propio tiempo mercados para la venta de la producción industrial de ésta. Los dos eran, pues, de una u otra manera, pilares del orden vigente en Europa.

¡Cuán cambiado está todo! Precisamente la inmigración europea ha hecho posible el colosal desenvolvimiento de la agricultura en América del Norte, cuya competencia conmueve los cimientos mismos de la grande y pequeña propiedad territorial de Europa. Es ella la que ha dado, además, a los Estados Unidos, la posibilidad

de emprender la explotación de sus enormes recursos industriales, con tal energía y en tales proporciones que en breve plazo ha de terminar con el monopolio industrial de la Europa occidental, y especialmente con el de Inglaterra. Estas dos circunstancias repercuten a su vez de una manera revolucionaria sobre la misma Norteamérica. La pequeña y mediana propiedad agraria de los granjeros, piedra angular de todo el régimen político de Norteamérica, sucumben gradualmente ante la competencia de granjas gigantescas, mientras que en las regiones industriales se forma, por vez primera, un numeroso proletariado junto a una fabulosa concentración de capitales.

¿Y en Rusia? Al producirse la revolución de 1848-1849, no sólo los monarcas de Europa, sino también los burgueses europeos, veían en la intervención rusa el único medio de salvación contra el proletariado, que empezaba a despertar. El zar fue aclamado como jefe de la reacción europea. Ahora es, en Gátchina, el prisionero de guerra de la revolución [9], y Rusia está en la vanguardia del movimiento revolucionario de Europa.

El "Manifiesto Comunista" se propuso como tarea proclamar la desaparición próxima e inevitable de la moderna propiedad burguesa. Pero en Rusia, al lado del florecimiento febril del fraude capitalista y de la propiedad territorial burguesa en vías de formación, más de la mitad de la tierra es posesión comunal de los campesinos. Cabe, entonces, la pregunta: ¿podría la comunidad

rural rusa —forma por cierto ya muy desnaturalizada de la primitiva propiedad común de la tierra— pasar directamente a la forma superior de la propiedad colectiva, a la forma comunista, o, por el contrario, deberá pasar primero por el mismo proceso de disolución que constituye el desarrollo histórico de Occidente?

La única respuesta que se puede dar hoy a esta cuestión es la siguiente: si la revolución rusa da la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se completen, la actual propiedad común de la tierra en Rusia podrá servir de punto de partida para el desarrollo comunista.

Carlos Marx. Federico Engels
Londres, 21 de enero de 1882

---

[8] Se trata de la «Imprenta rusa libre», en la que se imprimió el periódico democrático-revolucionario "Kólokol" ("La Campana"), que editaban A. Herzen y N. Ogariov. La imprenta, fundada por Herzen, se encontró hasta 1865 en Londres y luego fue trasladada a Ginebra. En esta imprenta se imprimió en 1869 la mencionada edición del "Manifiesto".

[9] Marx y Engels aluden a la situación que se creó después del asesinato del zar Alejandro II por los adeptos de la «libertad del pueblo» el 1 de marzo de 1881, cuando Alejandro III, ya coronado, no salía de Gátchina por miedo a otros posibles atentados del Comité Ejecutivo secreto de la organización «Libertad del pueblo».

Prefacio de F. Engels a la edición alemana de 1883

Desgraciadamente, tengo que firmar solo el prefacio de esta edición. Marx, el hombre a quien la clase obrera de Europa y América debe más que a ningún otro, reposa en el cementerio de Highgate y sobre su tumba verdea ya la primera hierba. Después de su muerte ni hablar cabe de rehacer o completar el "Manifiesto". Creo, pues, tanto más preciso recordar aquí explícitamente lo que sigue.

La idea fundamental de que está penetrado todo el "Manifiesto" —a saber: que la producción económica y la estructura social que de ella se deriva necesariamente en cada época histórica constituyen la base sobre la cual descansa la historia política e intelectual de esa época; que, por tanto, toda la historia (desde la disolución del régimen primitivo de propiedad común de la tierra) ha sido una historia de la lucha de clases, de lucha entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas, en las diferentes fases del desarrollo social; y que ahora esta lucha ha llegado a una fase en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede ya emanciparse de la clase que la explota y la oprime (la burguesía), sin emancipar, al mismo tiempo y para siempre, a la sociedad entera de la explotación, la opresión y las luchas de clases—, esta idea fundamental pertenece única y exclusivamente a Marx [*].

Lo he declarado a menudo; pero ahora justamente es preciso que esta declaración también figure a la cabeza del propio "Manifiesto".

F. Engels
Londres, 28 de junio de 1883

---

[*] «A esta idea, llamada, según creo —como dejé consignado en el prefacio de la traducción inglesa—, a ser para la Historia lo que la teoría de Darwin ha sido para la Biología, ya ambos nos habíamos ido acercando poco a poco, varios años antes de 1845. Hasta qué punto yo avancé independientemente en esta dirección, puede verse mejor en mi "Situación de la clase obrera en Inglaterra". Pero cuando me volví a encontrar con Marx en Bruselas, en la primavera de 1845, él ya había elaborado esta tesis y me la expuso en términos casi tan claros como los que he expresado aquí». (Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.)

Del prefacio de F. Engels a la edición alemana de 1890

El "Manifiesto" tiene su historia propia. Recibido con entusiasmo en el momento de su aparición por la entonces aún poca numerosa vanguardia del socialismo científico (como lo prueban las traducciones citadas en el primer prefacio [*] fue pronto relegado a segundo plano a causa de la reacción que siguió a la derrota de los obreros parisinos, en junio de 1848 [10], y proscrito "de derecho" a consecuencia de la condena de los comunistas en Colonia, en noviembre de 1852 [11]. Y al desaparecer de la arena pública el movimiento obrero que se inició con la revolución de febrero, el "Manifiesto" pasó también a segundo plano.

Cuando la clase obrera europea hubo recuperado las fuerzas suficientes para emprender un nuevo ataque contra el poderío de las clases dominantes, surgió la Asociación Internacional de los Trabajadores. Ésta tenía por objeto reunir en un inmenso ejército único a toda la clase obrera combativa de Europa y América. No podía, pues, partir de los principios expuestos en el "Manifiesto". Debía tener un programa que no cerrara la puerta a las tradeuniones inglesas, a los proudhonianos franceses, belgas, italianos y españoles, y a los lassalleanos alemanes [**]. Este programa —el preámbulo de los Estatutos de la Internacional— fue redactado por Marx con una maestría que fue reconocida hasta por Bakunin y los anarquistas.

Para el triunfo definitivo de las tesis expuestas en el "Manifiesto", Marx confiaba tan sólo en el desarrollo intelectual de la clase obrera, que debía resultar inevitablemente de la acción conjunta y de la discusión. Los acontecimientos y las vicisitudes de la lucha contra el capital, las derrotas, más aún que las victorias, no podían dejar de hacer ver a los combatientes la insuficiencia de todas las panaceas en que hasta entonces habían creído y de tornarles más capaces de penetrar hasta las verdaderas condiciones de la emancipación obrera. Y Marx tenía razón. La clase obrera de 1874, cuando la Internacional dejó de existir, era muy diferente de la de 1864, en el momento de su fundación. El proudhonismo en los países latinos y el lassalleanismo específico en Alemania estaban en la agonía, e incluso las tradeuniones inglesas de entonces, ultraconservadoras, se iban acercando poco a poco al momento en que el presidente de su Congreso [***] de Swansea, en 1887, pudiera decir en su nombre: "El socialismo continental ya no nos asusta". Pero, en 1887, el socialismo continental era casi exclusivamente la teoría formulada en el "Manifiesto". Y así, la historia del "Manifiesto" refleja hasta cierto punto la historia del movimiento obrero moderno desde 1848. Actualmente es, sin duda, la obra más difundida, la más internacional de toda la literatura socialista, el programa común de muchos millones de obreros de todos los países, desde Siberia hasta California.

Y, sin embargo, cuando apareció no pudimos titularle Manifiesto Socialista. En 1847, se comprendía con el nombre de socialista a dos categorías de personas. De un lado, los partidarios de diferentes sistemas utópicos, particularmente los owenistas en Inglaterra y los fourieristas en Francia, que no eran ya sino simples sectas en proceso de extinción paulatina.

De otro lado, los más diversos curanderos sociales que aspiraban a suprimir, con sus variadas panaceas y emplastos de toda suerte, las lacras sociales sin dañar en lo más mínimo al capital ni a la ganancia. En ambos casos, gentes que se hallaban fuera del movimiento obrero y que buscaban apoyo más bien en las clases «instruidas». En cambio, la parte de los obreros que, convencida de la insuficiencia de las revoluciones meramente políticas, exigía una transformación radical de la sociedad, se llamaba entonces comunista. Era un comunismo apenas elaborado, sólo instintivo, a veces algo tosco; pero fue asaz pujante para crear dos sistemas de comunismo utópico: en Francia, el "icario", de Cabet, y en Alemania, el de Weitling. El socialismo representaba en 1847 un movimiento burgués; el comunismo, un movimiento obrero. El socialismo era, al menos en el continente, muy respetable; el comunismo era todo lo contrario. Y como nosotros ya en aquel tiempo sosteníamos muy decididamente el criterio de que «la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma» [12], no pudimos vacilar un

instante sobre cuál de las dos denominaciones procedía elegir. Y posteriormente no se nos ha ocurrido jamás renunciar a ella.

¡Proletarios de todos los países, uníos! Sólo unas pocas voces nos respondieron cuando lanzamos estas palabras por el mundo, hace ya cuarenta y dos años, en vísperas de la primera revolución parisiense, en la que el proletariado actuó planteando sus propias reivindicaciones.

Pero, el 28 de septiembre de 1864, los proletarios de la mayoría de los países de la Europa Occidental se unieron formando la Asociación Internacional de los Trabajadores, de gloriosa memoria. Bien es cierto que la Internacional vivió tan sólo nueve años, pero la unión eterna que estableció entre los proletarios de todos los países vive todavía y subsiste más fuerte que nunca, y no hay mejor prueba de ello que la jornada de hoy. Pues, hoy [13], en el momento en que escribo estas líneas, el proletariado de Europa y América pasa revista a sus fuerzas, movilizadas por vez primera en un solo ejército, bajo una sola bandera y para un solo objetivo inmediato: la fijación legal de la jornada normal de ocho horas, proclamada ya en 1866 por el Congreso de la Internacional celebrado en Ginebra y de nuevo en 1889 por el Congreso obrero de París. El espectáculo de hoy demostrará a los capitalistas y a los terratenientes de todos los países que, en efecto, los proletarios de todos los países están unidos.

¡Oh, si Marx estuviese a mi lado para verlo con sus

propios ojos!

F. Engels
Londres, 1 de mayo de 1890

---

[*] Prefacio a la edición alemana de 1872. El "manuscrito fue enviado a Londres, para ser impreso, algunas semanas antes de la revolución de febrero. Publicado primero en alemán, se han hecho en este idioma, como mínimum, doce ediciones diferentes en Alemania, Inglaterra y Norteamérica. En inglés apareció primeramente en Londres, en 1850, en el "Red Republican", (...), y más tarde, en 1871, se han publicado, por lo menos, tres traducciones diferentes en Norteamérica. Apareció en francés por primera vez en París, en vísperas de la insurrección de junio de 1848, y recientemente en "Le Socialiste" (enero-marzo 1872), de Nueva York. En la actualidad, se prepara una nueva traducción. Se hizo en Londres una edición en polaco, poco tiempo después de la primera edición alemana. En Ginebra apareció en ruso, en la década del 60 (1869). Ha sido traducido también al danés, a poco de su publicación original.

[10] La insurrección de junio: heroica insurrección de los obreros de París entre el 23 y el 26 de junio de 1848, aplastada con excepcional crueldad por la burguesía francesa. Fue la primera gran gue-

rra civil de la historia entre el proletariado y la burguesía.
[11] El proceso de los comunistas en Colonia (4 de octubre-12 de noviembre de 1852) fue incoado con fines provocativos por el Gobierno prusiano contra once miembros de la Liga de los Comunistas. Acusados de alta traición sin más pruebas que documentos y testimonios falsos, siete fueron condenados a reclusión en una fortaleza por plazos de 3 a 6 años. Los viles métodos provocadores a que recurrió el Estado policíaco prusiano contra el movimiento obrero internacional fueron denunciados por Marx y Engels (véase el artículo de Engels "El reciente proceso de Colonia" y el folleto de Marx "Revelaciones sobre el proceso de los comunistas en Colonia).
[**] Nota de Engels: "Personalmente Lassalle, en sus relaciones con nosotros, nos declaraba siempre que era un "discípulo" de Marx, y, como tal, se colocaba sin duda sobre el terreno del "Manifiesto". Otra cosa sucedía con sus partidarios que no pasaron más allá de su exigencia de cooperativas de producción con crédito del Estado y que dividieron a toda la clase trabajadora en obreros que contaban con la ayuda del Estado y obreros que sólo contaban con ellos mismos".
[***] W. Bevan. (N. de la Edit.)
[12] Esta tesis teórica de Marx y Engels está expuesta en una serie de trabajos suyos desde los años 40 del siglo XIX; en la fórmula dada viene en los Estatutos de la Asociación Internacional de Trabajadores.
[13] Este prefacio fue escrito el 1 de mayo de 1890, el día en que, por acuerdo del Congreso de París de la II Internacional (junio de 1889), en varios países de Europa y América se celebraron manifestaciones masivas, huelgas y mítines obreros, reivindicando la jornada de ocho horas. En Argentina, ese 1° de mayo de 1890 se organizó una gran manifestación de conmemoración a la que asistieron 3.000 obreros y obreras. El encuentro tuvo lugar en la ciudad de Buenos Aires, en el Prado Español, y fue organizado por el "Comité Internacional Obrero", formado por iniciativa de la "Sociedad Worwarts [Adelante]", que agrupaba a socialistas alemanes inmigrados a la Argentina.

Prefacio de F. Engels a la edición polaca de 1892

El que una nueva edición polaca del "Manifiesto Comunista" sea necesaria, invita a diferentes reflexiones. Ante todo conviene señalar que, durante los últimos tiempos, el "Manifiesto" ha pasado a ser, en cierto modo, un índice del desarrollo de la gran industria en Europa. A medida que en un país se desarrolla la gran industria, se ve crecer entre los obreros de ese país el deseo de comprender su situación, como tal clase obrera, con respecto a la clase de los poseedores; se ve progresar entre ellos el movimiento socialista y aumentar la demanda de ejemplares del "Manifiesto". Así, pues, el número de estos ejemplares difundidos en un idioma permite no sólo determinar, con bastante exactitud, la situación del movimiento obrero, sino también el grado de desarrollo de la gran industria en cada país.

Por eso la nueva edición polaca del "Manifiesto" indica el decisivo progreso de la industria de Polonia. No hay duda que tal desarrollo ha tenido lugar realmente en los diez años transcurridos desde la última edición. La Polonia Rusa, la del Congreso [14], ha pasado a ser una región industrial del Imperio Ruso. Mientras la gran industria rusa se halla dispersa — una parte se encuentra en la costa del Golfo de Finlandia, otra en las provincias del centro (Moscú y Vladímir), otra en los litorales del Mar Negro y del Mar de Azov, etc.—, la industria polaca está concentrada en una extensión

relativamente pequeña y goza de todas las ventajas e inconvenientes de tal concentración. Las ventajas las reconocen los fabricantes rusos, sus competidores, al reclamar aranceles protectores contra Polonia, a pesar de su ferviente deseo de rusificar a los polacos. Los inconvenientes —para los fabricantes polacos y para el gobierno ruso— residen en la rápida difusión de las ideas socialistas entre los obreros polacos y en la progresiva demanda del "Manifiesto".

Pero el rápido desarrollo de la industria polaca, que sobrepasa al de la industria rusa, constituye a su vez una nueva prueba de la inagotable energía vital del pueblo polaco y una nueva garantía de su futuro renacimiento nacional. El resurgir de una Polonia independiente y fuerte es cuestión que interesa no sólo a los polacos, sino a todos nosotros. La sincera colaboración internacional de las naciones europeas sólo será posible cuando cada una de ellas sea completamente dueña de su propia casa. La revolución de 1848, que, al fin y a la postre, no llevó a los combatientes proletarios que luchaban bajo la bandera del proletariado, más que a sacarle las castañas del fuego a la burguesía, ha llevado a cabo, por obra de sus albaceas testamentarios —Luis Bonaparte y Bismarck—, la independencia de Italia, de Alemania y de Hungría. En cambio Polonia, que desde 1792 había hecho por la revolución más que esos tres países juntos, fue abandonada a su propia suerte en 1863, cuando sucumbía bajo el empuje de fuerzas rusas

[15] diez veces superiores. La nobleza polaca no fue capaz de defender ni de reconquistar su independencia; hoy por hoy, a la burguesía, la independencia de Polonia le es, cuando menos, indiferente. Sin embargo, para la colaboración armónica de las naciones europeas, esta independencia es una necesidad. Y sólo podrá ser conquistada por el joven proletariado polaco. En manos de él, su destino está seguro, pues para los obreros del resto de Europa la independencia de Polonia es tan necesaria como para los propios obreros polacos.

F. Engels
Londres, 10 de febrero de 1892

---

[14] La Polonia del Congreso era denominada la parte de Polonia que pasó oficialmente con el nombre de Reinado polaco a Rusia, según acuerdo del Congreso de Viena de 1814-1815.

[15] Se refiere a la insurrección de liberación nacional polaca de 1863 a 1864 encauzada contra la opresión de la autocracia zarista. Debido a la inconsecuencia del partido de los «rojos», pequeños nobles, que dejaron escapar la iniciativa revolucionaria, la dirección de la insurrección pasó a manos de la aristocracia agraria y de la gran burguesía, que aspiraban a una componenda ventajosa con el Gobierno zarista. Para el verano de 1864, la insurrección fue aplastada sin piedad por las tropas zaristas.

Prefacio de F. Engels a la edición italiana de 1893

A los lectores italianos

La publicación del "Manifiesto del Partido Comunista" coincidió, por decirlo así, con la jornada del 18 de marzo de 1848, con las revoluciones de Milán y de Berlín que fueron las insurrecciones armadas de dos naciones que ocupan zonas centrales: la una en el continente europeo, la otra en el Mediterráneo; dos naciones que hasta entonces estaban debilitadas por el fraccionamiento de su territorio y por discordias intestinas que las hicieron caer bajo la dominación extranjera. Mientras Italia se hallaba subyugada por el emperador austríaco, el yugo que pesaba sobre Alemania —el del zar de todas las Rusias— no era menos real, si bien más indirecto. Las consecuencias del 18 de marzo de 1848 liberaron a Italia y a Alemania de este oprobio. Entre 1848 y 1871 las dos grandes naciones quedaron restablecidas y, de uno u otro modo, recobraron su independencia, y este hecho, como decía Carlos Marx, se debió a que los mismos personajes que aplastaron la revolución de 1848 fueron, a pesar suyo, sus albaceas testamentarios.

La revolución de 1848 había sido, en todas partes, obra de la clase obrera: ella había levantado las barricadas y ella había expuesto su vida. Pero fueron sólo los obreros de París quienes, al derribar al gobierno, tenían la intención bien precisa de acabar a la vez con todo el régimen burgués. Y aunque tenían ya conciencia del irre-

ductible antagonismo que existe entre su propia clase y la burguesía, ni el progreso económico del país ni el desarrollo intelectual de las masas obreras francesas habían alcanzado aún el nivel que hubiese permitido llevar a cabo una reconstrucción social. He aquí por qué los frutos de la revolución fueron, al fin y a la postre, a parar a manos de la clase capitalista. En otros países, en Italia, en Alemania, en Austria, los obreros, desde el primer momento, no hicieron más que ayudar a la burguesía a conquistar el poder. Pero en ningún país la dominación de la burguesía es posible sin la independencia nacional. Por eso, la revolución de 1848 debía conducir a la unidad y a la independencia de las naciones que hasta entonces no las habían conquistado: Italia, Alemania, Hungría. Polonia les seguirá.

Así, pues, aunque la revolución de 1848 no fue una revolución socialista, desbrozó el camino y preparó el terreno para esta última. El régimen burgués, en virtud del vigoroso impulso que dio en todos los países al desenvolvimiento de la gran industria, ha creado en el curso de los últimos 45 años un proletariado numeroso, fuerte y unido y ha producido así —para emplear la expresión del "Manifiesto"— a sus propios sepultureros. Sin restituir la independencia y la unidad de cada nación, no es posible realizar la unión internacional del proletariado ni la cooperación pacífica e inteligente de esas naciones para el logro de objetivos comunes.

¿Acaso es posible concebir la acción mancomunada e

internacional de los obreros italianos, húngaros, alemanes, polacos y rusos en las condiciones políticas que existieron hasta 1848? Esto quiere decir que los combates de 1848 no han pasado en vano; tampoco han pasado en vano los 45 años que nos separan de esa época revolucionaria. Sus frutos comienzan a madurar y todo lo que yo deseo es que la publicación de esta traducción italiana sea un buen augurio para la victoria del proletariado italiano, como la publicación del original lo fue para la revolución internacional.

El "Manifiesto" rinde plena justicia a los servicios revolucionarios prestados por el capitalismo en el pasado. La primera nación capitalista fue Italia. Marca el fin del medioevo feudal y la aurora de la era capitalista contemporánea la figura gigantesca de un italiano, el Dante, que es a la vez el último poeta de la Edad Media y el primero de los tiempos modernos. Ahora, como en 1300, comienza a despuntar una nueva era histórica. ¿Nos dará Italia al nuevo Dante que marque la hora del nacimiento de esta nueva era proletaria?

Federico Engels
Londres, 1 de febrero de 1893

Manifiesto del Partido Comunista

Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. Todas las fuerzas de la vieja Europa se han unido en santa cruzada para acosar a ese fantasma: el Papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes. ¿Qué partido de oposición no ha sido motejado de comunista por sus adversarios en el poder? ¿Qué partido de oposición a su vez, no ha lanzado, tanto a los representantes de la oposición, más avanzados, como a sus enemigos reaccionarios, el epíteto zahiriente de comunista?

De este hecho resulta una doble enseñanza: Que el comunismo está ya reconocido como una fuerza por todas las potencias de Europa. Que ya es hora de que los comunistas expongan a la faz del mundo entero sus conceptos, sus fines y sus tendencias, que opongan a la leyenda del fantasma del comunismo un manifiesto del propio partido.

Con este fin, comunistas de las más diversas nacionalidades se han reunido en Londres y han redactado el siguiente "Manifiesto", que será publicado en inglés, francés, alemán, italiano, flamenco y danés.

I. Burgueses y Proletarios [*]

La historia de todas las sociedades hasta nuestros días [**] [16] es la historia de las luchas de clases. Hombres

libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros [***] y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases en pugna.

En las anteriores épocas históricas encontramos casi por todas partes una completa diferenciación de la sociedad en diversos estamentos, una múltiple escala gradual de condiciones sociales. En la antigua Roma hallamos patricios, caballeros, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros, oficiales y siervos, y, además, en casi todas estas clases todavía encontramos gradaciones especiales.

La moderna sociedad burguesa, que ha salido de entre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido las contradicciones de clase. Únicamente ha sustituido las viejas clases, las viejas condiciones de opresión, las viejas formas de lucha por otras nuevas.

Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue, sin embargo, por haber simplificado las contradicciones de clase. Toda la sociedad va dividiéndose, cada vez más, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases, que se enfrentan directamente: la burguesía y el proletariado.

De los siervos de la Edad Media surgieron los vecinos libres de las primeras ciudades; de este estamento ur-

bano salieron los primeros elementos de la burguesía.
El descubrimiento de América y la circunnavegación de África ofrecieron a la burguesía en ascenso un nuevo campo de actividad. Los mercados de la India y de China, la colonización de América, el intercambio de las colonias, la multiplicación de los medios de cambio y de las mercancías en general imprimieron al comercio, a la navegación y a la industria un impulso hasta entonces desconocido y aceleraron, con ello, el desarrollo del elemento revolucionario de la sociedad feudal en descomposición.
La antigua organización feudal o gremial de la industria ya no podía satisfacer la demanda, que crecía con la apertura de nuevos mercados. Vino a ocupar su puesto la manufactura. El estamento medio industrial suplantó a los maestros de los gremios; la división del trabajo entre las diferentes corporaciones desapareció ante la división del trabajo en el seno del mismo taller.
Pero los mercados crecían sin cesar; la demanda iba siempre en aumento. Ya no bastaba tampoco la manufactura. El vapor y la maquinaria revolucionaron entonces la producción industrial. La gran industria moderna sustituyó a la manufactura; el lugar del estamento medio industrial vinieron a ocuparlo los industriales millonarios —jefes de verdaderos ejércitos industriales—, los burgueses modernos.
La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mer-

cado mundial aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, de la navegación y de los medios de transporte por tierra. Este desarrollo influyó, a su vez, en el auge de la industria, y a medida que se iban extendiendo la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, desarrollábase la burguesía, multiplicando sus capitales y relegando a segundo término a todas las clases legadas por la Edad Media.

La burguesía moderna, como vemos, es ya de por sí fruto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de revoluciones en el modo de producción y de cambio. Cada etapa de la evolución recorrida por la burguesía ha ido acompañada del correspondiente progreso político. Estamento oprimido bajo la dominación de los señores feudales; asociación armada y autónoma en la comuna [****], en unos sitios República urbana independiente; en otros, tercer estado tributario de la monarquía; después, durante el período de la manufactura, contrapeso de la nobleza en las monarquías estamentales o absolutas y, en general, piedra angular de las grandes monarquías, la burguesía, después del establecimiento de la gran industria y del mercado universal, conquistó finalmente la hegemonía exclusiva del poder político en el Estado representativo moderno. El Gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa.

La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario. Dondequiera que ha con-

quistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus «superiores naturales» las ha desgarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel "pago al contado". Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha sustituido las numerosas libertades escrituradas y adquiridas por la única y desalmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal.

La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto. Al médico, al jurisconsulto, al sacerdote, al poeta, al hombre de ciencia, los ha convertido en sus servidores asalariados. La burguesía ha desgarrado el velo de emocionante, sentimentalismo que encubría las relaciones familiares, y las ha reducido a simples relaciones de dinero.

La burguesía ha revelado que la brutal manifestación de fuerza en la Edad Media, tan admirada por la reacción, tenía su complemento natural en la más relajada holgazanería. Ha sido ella la primera en demostrar lo que puede realizar la actividad humana; ha creado ma-

ravillas muy distintas a las pirámides de Egipto; a los acueductos romanos y a las catedrales góticas, y ha realizado campañas muy distintas a las migraciones de pueblos y a las Cruzadas [17].

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de llegar a osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas.

Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes.

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sen-

timiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar del antiguo aislamiento y la amargura de las regiones y naciones, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y eso se refiere tanto a la producción material, como a la intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles; de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal.

Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo

burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burgueses. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza.

La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado urbes inmensas; ha aumentado enormemente la población de las ciudades en comparación con la del campo, substrayendo una gran parte de la población al idiotismo de la vida rural. Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente.

La burguesía suprime cada vez más el fraccionamiento de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ha aglomerado la población, centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en manos de unos pocos. La consecuencia obligada de ello ha sido la centralización política. Las provincias independientes, ligadas entre sí casi únicamente por lazos federales, con intereses, leyes, gobiernos y tarifas aduaneras diferentes han sido consolidadas en una sola nación, bajo un solo Gobierno, una sola ley, un solo interés nacional de clase y una sola línea aduanera.

La burguesía, a lo largo de su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las

máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la asimilación para el cultivo de continente enteros, la apertura de ríos a la navegación, poblaciones enteras surgiendo por encanto, como si salieran de la tierra. ¿Cuál de los siglos pasados pudo sospechar siquiera que semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social?

Hemos visto, pues, que los medios de producción y de cambio sobre cuya base se ha formado la burguesía, fueron creados en la sociedad feudal. Al alcanzar un cierto grado de desarrollo, estos medios de producción y de cambio, las condiciones en que la sociedad feudal producía y cambiaba, la organización feudal de la agricultura y de la industria manufacturera, en una palabra, las relaciones feudales de propiedad, cesaron de corresponder a las fuerzas productivas ya desarrolladas. Frenaban la producción en lugar de impulsarla. Se transformaron en otras tantas trabas. Era preciso romper esas trabas, y las rompieron.

En su lugar se estableció la libre concurrencia, con una constitución social y política adecuada a ella y con la dominación económica y política de la clase burguesa. Ante nuestros ojos se está produciendo un movimiento análogo. Las relaciones burguesas de producción y de cambio, las relaciones burguesas de propiedad, toda esta sociedad burguesa moderna, que ha hecho surgir como por encanto tan potentes medios

de producción y de cambio, se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros. Desde hace algunas décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de la rebelión de las fuerzas productivas modernas contra las actuales relaciones de producción, contra las relaciones de propiedad que condicionan la existencia de la burguesía y su dominación. Basta mencionar las crisis comerciales que, con su retorno periódico, plantean, en forma cada vez más amenazante, la cuestión de la existencia de toda la sociedad burguesa. Durante cada crisis comercial, se destruye sistemáticamente, no sólo una parte considerable de productos elaborados, sino incluso de las mismas fuerzas productivas ya creadas. Durante las crisis, una epidemia social, que en cualquier época anterior hubiera parecido absurda, se extiende sobre la sociedad: la epidemia de la superproducción. La sociedad se encuentra súbitamente retrotraída a un estado de súbita barbarie: se diría que el hambre, que una guerra devastadora mundial la han privado de todos sus medios de subsistencia; la industria y el comercio parecen aniquilados. Y todo eso, ¿por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados medios de vida, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no favorecen ya el régimen burgués de la propiedad; por el contrario, resultan ya demasiado poderosas para es-

tas relaciones, que constituyen un obstáculo para su desarrollo; y cada vez que las fuerzas productivas salvan este obstáculo, precipitan en el desorden a toda la sociedad burguesa y amenazan la existencia de la propiedad burguesa. Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno. ¿Cómo vence esta crisis la burguesía? De una parte, por la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos. ¿De qué modo lo hace, pues? Preparando crisis más extensas y más violentas y disminuyendo los medios de prevenirlas.

Las armas de que se sirvió la burguesía para derribar el feudalismo se vuelven ahora contra la propia burguesía. Pero la burguesía no ha forjado solamente las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que empuñarán esas armas: los obreros modernos, los proletarios.

En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, desarróllase también el proletariado, la clase de los obreros modernos, que no viven sino a condición de encontrar trabajo, y lo encuentran únicamente mientras su trabajo acrecienta el capital. Estos obreros, obligados a venderse al detalle, son una mercancía como cualquier otro artículo de comercio, sujeta, por tanto, a todas las vicisitudes de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado.

El creciente empleo de las máquinas y la división del trabajo quitan al trabajo del proletario todo carácter propio y le hacen perder con ello todo atractivo para el obrero. Éste se convierte en un simple apéndice de la máquina, y sólo se le exigen las operaciones más sencillas, más monótonas y de más fácil aprendizaje. Por tanto, lo que cuesta hoy día el obrero se reduce poco más o menos a los medios de subsistencia indispensable para vivir y perpetuar su linaje. Pero el precio de todo trabajo [18], como el de toda mercancía, es igual a los gastos de producción. Por consiguiente, cuanto más fastidioso resulta el trabajo, más bajan los salarios. Más aún, cuanto más se desenvuelven la maquinaria y la división del trabajo, más aumenta la cantidad de trabajo bien mediante la prolongación de la jornada, bien por el aumento del trabajo exigido en un tiempo dado, la aceleración del movimiento de las máquinas, etc.

La industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial. Masas de obreros, hacinados en la fábrica, son organizadas en forma militar. Como soldados rasos de la industria, están colocados bajo la vigilancia de toda una jerarquía de oficiales y suboficiales. No son solamente esclavos de la clase burguesa, del Estado burgués, sino diariamente, a todas horas, esclavos de la máquina, del capataz y, sobre todo, del burgués individual, patrón de la fábrica. Y ese despotismo es tanto más mezquino, odioso y exasperante,

cuanto mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro.

Cuanto menos habilidad y fuerza requiere el trabajo manual, es decir, cuanto mayor es el desarrollo de la industria moderna, mayor es la proporción en que el trabajo de los hombres es suplantado por el de las mujeres y los niños. Por lo que respecta a la clase obrera, las diferencias de edad y sexo pierden toda significación social. No hay más que instrumentos de trabajo, cuyo coste varía según la edad y el sexo.

Una vez que el obrero ha sufrido la explotación del fabricante y ha recibido su salario en metálico, se convierte en víctima de otros elementos de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etc.

Pequeños industriales, pequeños comerciantes y rentistas, artesanos y campesinos, toda la escala inferior de las clases medias de otro tiempo, caen en las filas del proletariado; unos, porque sus pequeños capitales no les alcanzan para acometer grandes empresas industriales y sucumben en la competencia con los capitalistas más fuertes; otros, porque su habilidad profesional se ve depreciada ante los nuevos métodos de producción. De tal suerte, el proletariado se recluta entre todas las clases de la población. El proletariado pasa por diferentes etapas de desarrollo. Su lucha contra la burguesía comienza con su surgimiento.

Al principio, la lucha es entablada por obreros aislados, después, por los obreros de una misma fábrica,

más tarde, por los obreros del mismo oficio de la localidad contra el burgués individual que los explota directamente. No se contentan con dirigir sus ataques contra las relaciones burguesas de producción, y los dirigen contra los mismos instrumentos de producción: destruyen las mercancías extranjeras que les hacen competencia, rompen las máquinas, incendian las fábricas, intentan reconquistar por la fuerza la posición perdida del artesano de la Edad Media.

En esta etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y disgregada por la competencia. Si los obreros forman masas compactas, esta acción no es todavía consecuencia de su propia unión, sino de la unión de la burguesía, que para alcanzar sus propios fines políticos debe -y por ahora aún puede- poner en movimiento a todo el proletariado. Durante esta etapa, los proletarios no combaten, por tanto, contra sus propios enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, es decir, contra los restos de la monarquía absoluta, los propietarios territoriales, los burgueses no industriales y los pequeños burgueses. Todo el movimiento histórico se concentra, de esta suerte, en manos de la burguesía; cada victoria alcanzada en estas condiciones es una victoria de la burguesía.

Pero la industria, en su desarrollo, no sólo acrecienta el número de proletarios, sino que los concentra en masas considerables; su fuerza aumenta y adquieren mayor conciencia de la misma. Los intereses y las

condiciones de existencia de los proletarios se igualan cada vez más a medida que la máquina va borrando las diferencias en el trabajo y reduce el salario, casi en todas partes, a un nivel igualmente bajo. Como resultado de la creciente competencia de los burgueses entre sí y de las crisis comerciales que ella ocasiona, los salarios son cada vez más fluctuantes; el constante y acelerado perfeccionamiento de la máquina coloca al obrero en situación cada vez más precaria; las colisiones entre el obrero individual y el burgués individual adquieren más y más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coaliciones contra los burgueses y actúan en común para la defensa de sus salarios. Llegan hasta formar asociaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios, en previsión de estos choques eventuales. Aquí y allá la lucha estalla en sublevación.

A veces los obreros triunfan; pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros. Esta unión es propiciada por el crecimiento de los medios de comunicación creados por la gran industria y que ponen en contacto a los obreros de diferentes localidades. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional, en una lucha de clases. Mas toda lucha de clases es una lucha política. Y la unión que los habitantes de las ciudades

de la Edad Media, con sus caminos vecinales, tardaron siglos en establecer, los proletarios modernos, con los ferrocarriles, la llevan a cabo en unos pocos años.

Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político, vuelve sin cesar a ser socavada por la competencia entre los propios obreros. Pero resurge, y siempre más fuerte, más firme, más potente. Aprovecha las disensiones intestinas de los burgueses para obligarles a reconocer por la ley algunos intereses de la clase obrera; por ejemplo, la ley de la jornada de diez horas en Inglaterra.

En general, las colisiones en la vieja sociedad favorecen de diversas maneras el proceso de desarrollo del proletariado. La burguesía vive en lucha permanente: al principio, contra la aristocracia; después, contra aquellas fracciones de la misma burguesía, cuyos intereses entran en contradicción con los progresos de la industria, y siempre, en fin, contra la burguesía de todos los demás países. En todas estas luchas se ve forzada a apelar al proletariado, a reclamar su ayuda y arrastrarle así al movimiento político. De tal manera, la burguesía proporciona a los proletarios los elementos de su propia educación, es decir, armas contra ella misma.

Además, como acabamos de ver, el progreso de la industria precipita a las filas del proletariado a capas enteras de la clase dominante, o, al menos, las amenaza en sus condiciones de existencia. También ellas aportan al proletariado numerosos elementos de educación.

Finalmente, en los períodos en que la lucha de clases se acerca a su desenlace, el progreso de desintegración de la clase dominante, de toda la vieja sociedad, adquiere un carácter tan violento y tan agudo que una pequeña fracción de esa clase reniega de ella y se adhiere a la clase revolucionaria, a la clase en cuyas manos está el porvenir. Y así como antes una parte de la nobleza se pasó a la burguesía, en nuestros días un sector de la burguesía se pasa al proletariado, particularmente ese sector de los ideólogos burgueses que se han elevado hasta la comprensión teórica del conjunto del movimiento histórico.

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar.

Los estamentos medios —el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino—, todos ellos luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales estamentos medios. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más todavía, son reaccionarios, ya que pretenden volver atrás la rueda de la Historia. Son revolucionarios únicamente por cuanto tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado, defendiendo así no sus intereses presentes, sino sus intereses futuros, por cuanto abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado.

El lumpenproletariado, ese producto pasivo de la putrefacción de las capas más bajas de la vieja sociedad, puede a veces ser arrastrado al movimiento por una revolución proletaria; sin embargo, en virtud de todas sus condiciones de vida está más bien dispuesto a venderse a la reacción para servir a sus maniobras.

Las condiciones de existencia de la vieja sociedad están ya abolidas en las condiciones de existencia del proletariado. El proletariado no tiene propiedad; sus relaciones con la mujer y con los hijos no tienen nada de común con las relaciones familiares burguesas; el trabajo industrial moderno, el moderno yugo del capital, que es el mismo en Inglaterra que en Francia, en Norteamérica que en Alemania, despoja al proletariado de todo carácter nacional. Las leyes, la moral, la religión son para él meros prejuicios burgueses, detrás de los cuales se ocultan otros tantos intereses de la burguesía.

Todas las clases que en el pasado lograron hacerse dominantes trataron de consolidar la situación adquirida sometiendo a toda la sociedad a las condiciones de su modo de apropiación. Los proletarios no pueden conquistar las fuerzas productivas sociales, sino aboliendo su propio modo de apropiación en vigor, y, por tanto, todo modo de apropiación existente hasta nuestros días. Los proletarios no tienen nada que salvaguardar; tienen que destruir todo lo que hasta ahora ha venido garantizado y asegurando la propiedad privada existente.

Todos los movimientos han sido hasta ahora realizados

por minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es un movimiento propio de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado, capa inferior de la sociedad actual, no puede levantarse, no puede enderezarse, sin hacer saltar toda la superestructura formada por las capas de la sociedad oficial. Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional. Es natural que el proletariado de cada país deba acabar en primer lugar con su propia burguesía.

Al esbozar las fases más generales del desarrollo del proletariado, hemos seguido el curso de la guerra civil más o menos oculta que se desarrolla en el seno de la sociedad existente, hasta el momento en que se transforma en una revolución abierta, y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, implanta su dominación. Todas las sociedades anteriores, como hemos visto, han descansado en el antagonismo entre clases opresoras y oprimidas. Mas para poder oprimir a una clase, es preciso asegurarle unas condiciones que le permitan, por lo menos, arrastrar su existencia de esclavitud. El siervo, en pleno régimen de servidumbre, llegó a miembro de la comuna, lo mismo que el pequeño burgués llegó a elevarse a la categoría de burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. El obrero moderno, por el contrario, lejos de elevarse con el progreso de la industria, desciende siempre más y más por debajo de las condiciones de vida de su propia clase. El tra-

bajador cae en la miseria, y el pauperismo crece más rápidamente todavía que la población y la riqueza.

Es, pues, evidente que la burguesía ya no es capaz de seguir desempeñando el papel de clase dominante de la sociedad ni de imponer a ésta, como ley reguladora, las condiciones de existencia de su clase. No es capaz de dominar, porque no es capaz de asegurar a su esclavo la existencia, ni siquiera dentro del marco de la esclavitud, porque se ve obligada a dejarle decaer hasta el punto de tener que mantenerle, en lugar de ser mantenida por él. La sociedad ya no puede vivir bajo su dominación; lo que equivale a decir que la existencia de la burguesía es, en lo sucesivo, incompatible con la de la sociedad.

La condición esencial de la existencia y de la dominación de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de particulares, la formación y el acrecentamiento del capital. La condición de existencia del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado descansa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria, del que la burguesía, incapaz de oponérsele, es agente involuntario, sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación. Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia lo producido. La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proleta-

riado son igualmente inevitables.

---

[*] Por burguesía se comprende a la clase de los capitalistas modernos, que son los propietarios de los medios de producción social y emplean trabajo asalariado. Por proletarios se comprende a la clase de los trabajadores asalariados modernos, que, privados de medios de producción propios, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo para poder existir. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888).

[**] Es decir, la historia escrita. En 1847, la historia de la organización social que precedió a toda la historia escrita, la prehistoria, era casi desconocida. Posteriormente, Haxthausen ha descubierto en Rusia la propiedad comunal de la tierra; Maurer ha demostrado que ésta fue la base social de la que partieron históricamente todas las tribus germanas, y se ha ido descubriendo poco a poco que la comunidad rural, con la posesión colectiva de la tierra, ha sido la forma primitiva de la sociedad, desde la India hasta Irlanda. La organización interna de esa sociedad comunista primitiva ha sido puesta en claro, en lo que tiene de típico, con el culminante descubrimiento hecho por Morgan de la verdadera naturaleza de la gens y de su lugar en la tribu. Con la desintegración de estas comunidades primitivas comenzó la diferenciación de la sociedad en clases distintas y, finalmente, antagónicas. He intentado analizar este proceso en la obra "Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staats" (El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado). 2ª edición, Stuttgart, 1866. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888).

[16] Engels incluyó así mismo esta nota en la edición alemana del "Manifiesto del Partido Comunista" de 1890, omitiendo únicamente la última frase.

[***] Zunfbürger, esto es, miembro de un gremio con todos los

derechos, maestro del mismo, y no su dirigente. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888).

[****] Comunas se llamaban en Francia las ciudades nacientes todavía antes de arrancar a sus amos y señores feudales la autonomía local y los derechos políticos como «tercer estado». En términos generales, se ha tomado aquí a Inglaterra como país típico del desarrollo económico de la burguesía, y a Francia como país típico de su desarrollo político. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.) Así denominaban los habitantes de las ciudades de Italia y Francia a sus comunidades urbanas, una vez comprados o arrancados a sus señores feudales los primeros derechos de autonomía. (Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890).

[17] Las Cruzadas: campañas militares de colonización del Oriente emprendidas por los grandes señores feudales de Europa Occidental, por los caballeros y por las ciudades comerciales italianas en los siglos XI-XIII bajo la bandera religiosa de la liberación de los santuarios cristianos en Jerusalén y otros «Santos Lugares» que se hallaban en poder de los musulmanes. Los ideólogos e inspiradores de las cruzadas eran la Iglesia católica y el Papa, movidos por su afán de conquistar la dominación mundial, y la fuerza militar principal eran los caballeros. En las expediciones también tomaron parte campesinos deseosos de emanciparse del yugo feudal. Los cruzados se dedicaban al saqueo y la violencia tanto respecto de la población musulmana como de los cristianos que habitaban en los países por los que pasaban. No se planteaban sólo la conquista de los Estados musulmanes de Siria, Palestina, Egipto y Túnez, sino también del Imperio Bizantino ortodoxo. Las conquistas de los cruzados en el Mediterráneo oriental eran efímeras, y sus posesiones no tardaron en volver a manos de los musulmanes.

[18] Marx y Engels ya no emplearon en sus obras posteriores los términos de «valor del trabajo» y «precio del trabajo». En su lugar, empleaban conceptos más exactos, propuestos por Marx: «valor de la fuerza de trabajo» y «precio de la fuerza de trabajo» (véase la introducción de Engels a la obra de Marx "Trabajo asalariado y capital").

II. Proletarios y Comunistas

¿Cuál es la posición de los comunistas con respecto a los proletarios en general? Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros. No tienen intereses que los separen del conjunto del proletariado. No proclaman principios especiales a los que quisieran amoldar el movimiento proletario.

Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y, por otra parte, en que, en las diferentes fases de desarrollo por que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto.

Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario.

El objetivo inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los demás partidos proletarios: constitución de los proletarios en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por el proletariado.

Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en

modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo. No son sino la expresión de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos. La abolición de las relaciones de propiedad antes existentes no es una característica propia del comunismo.

Todas las relaciones de propiedad han sufrido constantes cambios históricos, continuas transformaciones históricas. La revolución francesa, por ejemplo, abolió la propiedad feudal en provecho de la propiedad burguesa. El rasgo distintivo del comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa. Pero la propiedad privada burguesa moderna es la última y más acabada expresión del modo de producción y de apropiación de lo producido basado en los antagonismos de clase, en la explotación de los unos por los otros.

En este sentido, los comunistas pueden resumir su teoría en esta fórmula única: abolición de la propiedad privada. Se nos ha reprochado a los comunistas el querer abolir la propiedad personalmente adquirida, fruto del trabajo propio, esa propiedad que forma la base de toda la libertad, actividad e independencia individual. ¡La propiedad adquirida, fruto del trabajo, del esfuerzo personal! ¿Os referís acaso a la propiedad del pequeño burgués, del pequeño labrador, esa forma de propiedad que ha precedido a la propiedad burguesa? No tenemos

que abolirla: el progreso de la industria la ha abolido y está aboliéndola a diario.

¿O tal vez os referís a la propiedad privada burguesa moderna? ¿Es que el trabajo asalariado, el trabajo del proletario, crea propiedad para el proletario? De ninguna manera. Lo que crea es capital, es decir, la propiedad que explota al trabajo asalariado y que no puede acrecentarse sino a condición de producir nuevo trabajo asalariado, para volver a explotarlo. En su forma actual la propiedad se mueve en el antagonismo entre el capital y el trabajo asalariado. Examinemos los dos términos de este antagonismo.

Ser capitalista significa ocupar no sólo una posición puramente personal en la producción, sino también una posición social. El capital es un producto colectivo; no puede ser puesto en movimiento sino por la actividad conjunta de muchos miembros de la sociedad y, en última instancia, sólo por la actividad conjunta de todos los miembros de la sociedad. El capital no es, pues, una fuerza personal; es una fuerza social.

En consecuencia, si el capital es transformado en propiedad colectiva, perteneciente a todos los miembros de la sociedad, no es la propiedad personal la que se transforma en propiedad social. Sólo cambia el carácter social de la propiedad. Esta pierde su carácter de clase.

Examinemos el trabajo asalariado.

El precio medio del trabajo asalariado es el mínimo del salario, es decir, la suma de los medios de subsis-

tencia indispensable al obrero para conservar su vida como tal obrero. Por consiguiente, lo que el obrero asalariado se apropia por su actividad es estrictamente lo que necesita para la mera reproducción de su vida. No queremos de ninguna manera abolir esta apropiación personal de los productos del trabajo, indispensable para la mera reproducción de la vida humana, esa apropiación, que no deja ningún beneficio líquido que pueda dar un poder sobre el trabajo de otro. Lo que queremos suprimir es el carácter miserable de esa apropiación, que hace que el obrero no viva sino para acrecentar el capital y tan sólo en la medida en que el interés de la clase dominante exige que viva.

En la sociedad burguesa, el trabajo vivo no es más que un medio de incrementar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista, el trabajo acumulado no es más que un medio de ampliar, enriquecer y hacer más fácil la vida de los trabajadores. De este modo, en la sociedad burguesa el pasado domina sobre el presente; en la sociedad comunista es el presente el que domina sobre el pasado. En la sociedad burguesa el capital es independiente y tiene personalidad, mientras que el individuo que trabaja carece de independencia y está despersonalizado.

¡Y la burguesía dice que la abolición de semejante estado de cosas es abolición de la personalidad y de la libertad! Y con razón. Pues se trata efectivamente de abolir la personalidad burguesa, la independencia burguesa y la libertad burguesa.

Por libertad, en las condiciones actuales de producción burguesa, se entiende la libertad de comercio, la libertad de comprar y vender. Desaparecida la compraventa, desaparecerá también la libertad de compraventa. Las declamaciones sobre la libertad de compraventa, lo mismo que las demás bravatas liberales de nuestra burguesía, sólo tienen sentido aplicadas a la compraventa encadenada y al burgués sojuzgado de la Edad Media; pero no ante la abolición comunista de la compraventa, de las relaciones de producción burguesas y de la propia burguesía.

Os horrorizáis de que querramos abolir la propiedad privada. Pero, en vuestra sociedad actual, la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros; existe precisamente porque no existe para esas nueve décimas partes. Nos reprocháis, pues, el querer abolir una forma de propiedad que no puede existir sino a condición de que la inmensa mayoría de la sociedad sea privada de propiedad.

En una palabra, nos acusáis de querer abolir vuestra propiedad. Efectivamente, eso es lo que queremos.

Según vosotros, desde el momento en que el trabajo no puede ser convertido en capital, en dinero, en renta de la tierra, en una palabra, en poder social susceptible de ser monopolizado; es decir, desde el instante en que la propiedad personal no puede transformarse en propiedad burguesa, desde ese instante la personalidad queda suprimida.

Reconocéis, pues, que por personalidad no entendéis sino al burgués, al propietario burgués. Y esta personalidad ciertamente debe ser suprimida.

El comunismo no arrebata a nadie la facultad de apropiarse de los productos sociales; no quita más que el poder de sojuzgar por medio de esta apropiación del trabajo ajeno. Se ha objetado que con la abolición de la propiedad privada cesaría toda actividad y sobrevendría una indolencia general. Si así fuese, hace ya mucho tiempo que la sociedad burguesa habría sucumbido a manos de la holgazanería, puesto que en ella los que trabajan no adquieren y los que adquieren no trabajan. Toda la objeción se reduce a esta tautología: no hay trabajo asalariado donde no hay capital.

Todas las objeciones dirigidas contra el modo comunista de apropiación y de producción de bienes materiales se hacen extensivas igualmente respecto a la apropiación y a la producción de los productos del trabajo intelectual. Lo mismo que para el burgués la desaparición de la propiedad de clase equivale a la desaparición de toda producción, la desaparición de la cultura de clase significa para él la desaparición de toda cultura. La cultura, cuya pérdida deplora, no es para la inmensa mayoría de los hombres más que el adiestramiento que los transforma en máquinas.

Mas no discutáis con nosotros mientras apliquéis a la abolición de la propiedad burguesa el criterio de vuestras nociones burguesas de libertad, cultura, de-

recho, etc. Vuestras ideas mismas son producto de las relaciones de producción y de propiedad burguesas, como vuestro derecho no es más que la voluntad de vuestra clase erigida en ley; voluntad cuyo contenido está determinado por las condiciones materiales de existencia de vuestra clase.

La concepción interesada que os ha hecho erigir en leyes eternas de la Naturaleza y de la Razón las relaciones sociales dimanadas de vuestro modo de producción y de propiedad —relaciones históricas que surgen y desaparecen en el curso de la producción—, la compartís con todas las clases dominantes hoy desaparecidas. Lo que concebís para la propiedad antigua, lo que concebís para la propiedad feudal, no os atrevéis a admitirlo para la propiedad burguesa.

¡Querer abolir la familia! Hasta los más radicales se indignan ante este infame designio de los comunistas. ¿En qué bases descansa la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro privado. La familia, plenamente desarrollada, no existe más que para la burguesía; pero encuentra su complemento en la supresión forzosa de toda familia para el proletariado y en la prostitución pública. La familia burguesa desaparece naturalmente al dejar de existir ese complemento suyo, y ambos desaparecen con la desaparición del capital.

¿Nos reprocháis el querer abolir la explotación de los hijos por sus padres? Confesamos este crimen. Pero decís que destruimos los vínculos más íntimos, sustitu-

yendo la educación doméstica por la educación social. Y vuestra educación, ¿no está también determinada por la sociedad, por las condiciones sociales en que educáis a vuestros hijos, por la intervención directa o indirecta de la sociedad a través de la escuela, etc.? Los comunistas no han inventado esta ingerencia de la sociedad en la educación, no hacen más que cambiar su carácter y arrancar la educación a la influencia de la clase dominante. Las declamaciones burguesas sobre la familia y la educación, sobre los dulces lazos que unen a los padres con sus hijos, resultan más repugnantes a medida que la gran industria destruye todo vínculo de familia para el proletario y transforma a los niños en simples artículos de comercio, en simples instrumentos de trabajo.

¡Pero es que vosotros, los comunistas, queréis establecer la comunidad de las mujeres!, nos grita a coro toda la burguesía. Para el burgués, su mujer no es otra cosa que un instrumento de producción. Oye decir que los instrumentos de producción deben ser de utilización común, y, naturalmente, no puede por menos de pensar que las mujeres correrán la misma suerte de la socialización. No sospecha que se trata precisamente de acabar con esa situación de la mujer como simple instrumento de producción. Nada más grotesco, por otra parte, que el horror ultramoral que inspira a nuestros burgueses la pretendida comunidad oficial de las mujeres que atribuyen a los comunistas. Los comunis-

tas no tienen necesidad de introducir la comunidad de las mujeres: casi siempre ha existido.

Nuestros burgueses, no satisfechos con tener a su disposición las mujeres y las hijas de sus obreros, sin hablar de la prostitución oficial, encuentran un placer singular en seducirse mutuamente las esposas. El matrimonio burgués es, en realidad, la comunidad de las esposas. A lo sumo, se podría acusar a los comunistas de querer sustituir una comunidad de las mujeres hipócritamente disimulada, por una comunidad franca y oficial. Es evidente, por otra parte, que con la abolición de las relaciones de producción actuales desaparecerá la comunidad de las mujeres que de ellas se deriva, es decir, la prostitución oficial y no oficial.

Se acusa también a los comunistas de querer abolir la patria, la nacionalidad. Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen. Mas, por cuanto el proletariado debe en primer lugar conquistar el poder político, elevarse a la condición de clase nacional, constituirse en nación, todavía es nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués.

El aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desaparecen día a día con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia que le corresponden.

El dominio del proletariado los hará desaparecer más de prisa todavía. La acción común, al menos de los países

civilizados, es una de las primeras condiciones de su emancipación. En la misma medida en que sea abolida la explotación de un individuo por otro, será abolida la explotación de una nación por otra. Al mismo tiempo que el antagonismo de las clases en el interior de las naciones, desaparecerá la hostilidad de las naciones entre sí.

En cuanto a las acusaciones lanzadas contra el comunismo, partiendo del punto de vista de la religión, de la filosofía y de la ideología en general, no merecen un examen detallado. ¿Acaso se necesita una gran perspicacia para comprender que con toda modificación en las condiciones de vida, en las relaciones sociales, en la existencia social, cambian también las ideas, las nociones y las concepciones, en una palabra, la conciencia del hombre? ¿Qué demuestra la historia de las ideas sino que la producción intelectual se transforma con la producción material? Las ideas dominantes en cualquier época no han sido nunca más que las ideas de la clase dominante.

Cuando se habla de ideas que revolucionan toda una sociedad, se expresa solamente el hecho de que en el seno de la vieja sociedad se han formado los elementos de una nueva, y la disolución de las viejas ideas marcha a la par con la disolución de las antiguas condiciones de vida. En el ocaso del mundo antiguo las viejas religiones fueron vencidas por la religión cristiana. Cuando, en el siglo XVIII, las ideas cristianas fueron vencidas por las ideas de la ilustración, la so-

ciedad feudal libraba una lucha a muerte contra la burguesía, entonces revolucionaria. Las ideas de libertad religiosa y de libertad de conciencia no hicieron más que reflejar el reinado de la libre concurrencia en el dominio del saber.

"Sin duda -se nos dirá-, las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas, jurídicas, etc., se han ido modificando en el curso del desarrollo histórico. Pero la religión, la moral, la filosofía, la política, el derecho se han mantenido siempre a través de estas transformaciones. Existen, además, verdades eternas, tales como la libertad, la justicia, etc., que son comunes a todo estado de la sociedad. Pero el comunismo quiere abolir estas verdades eternas, quiere abolir la religión y la moral, en lugar de darles una forma nueva, y por eso contradice a todo el desarrollo histórico anterior".

¿A qué se reduce esta acusación? La historia de todas las sociedades que han existido hasta hoy se desenvuelve en medio de contradicciones de clase, de contradicciones que revisten formas diversas en las diferentes épocas. Pero cualquiera que haya sido la forma de estas contradicciones, la explotación de una parte de la sociedad por la otra es un hecho común a todos los siglos anteriores. Por consiguiente, no tiene nada de asombroso que la conciencia social de todos los siglos, a despecho de toda variedad y de toda diversidad, se haya movido siempre dentro de ciertas formas comunes, dentro de unas formas -formas de conciencia-, que

no desaparecerán completamente más que con la desaparición definitiva de los antagonismos de clase.

La revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad tradicionales; nada de extraño tiene que en el curso de su desarrollo rompa de la manera más radical con las ideas tradicionales. Mas, dejemos aquí las objeciones hechas por la burguesía al comunismo.

Como ya hemos visto más arriba, el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia. El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas.

Esto, naturalmente, no podrá cumplirse al principio más que por una violación despótica del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción, es decir, por la adopción de medidas que desde el punto de vista económico parecerán insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se sobrepasarán a sí mismas y serán indispensables como medio para transformar radicalmente todo el modo de producción. Estas medidas, naturalmente, serán diferentes en los diversos países.

Sin embargo, en los países más avanzados podrán ser puestas en práctica casi en todas partes las siguientes medidas:

1. Expropiación de la propiedad territorial y empleo de la renta de la tierra para los gastos del Estado.
2. Fuerte impuesto progresivo.
3. Abolición del derecho de herencia.
4. Confiscación de la propiedad de todos los emigrados y sediciosos.
5. Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un Banco nacional con capital del Estado y monopolio exclusivo.
6. Centralización en manos del Estado de todos los medios de transporte.
7. Multiplicación de las empresas fabriles pertenecientes al Estado y de los instrumentos de producción, roturación de los terrenos incultos y mejoramiento de las tierras, según un plan general.
8. Obligación de trabajar para todos; organización de ejércitos industriales, particularmente en la agricultura.
9. Combinación de la agricultura y la industria; medidas encaminadas a hacer desaparecer gradualmente la diferencia entre la ciudad y el campo.
10. Educación pública y gratuita de todos los niños; abolición del trabajo de éstos en las fábricas tal como se practica hoy, régimen de educación combinado con la producción material, etc., etc.

Una vez que en el curso del desarrollo hayan desaparecido las diferencias de clase y se haya concentrado toda la producción en manos de los individuos asociados, el poder público perderá su carácter político. El poder

político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra. Si en la lucha contra la burguesía el proletariado se constituye indefectiblemente en clase; si mediante la revolución se convierte en clase dominante y, en cuanto clase dominante, suprime por la fuerza las viejas relaciones de producción, suprime, al mismo tiempo que estas relaciones de producción, las condiciones para la existencia del antagonismo de clase y de las clases en general, y, por tanto, su propia dominación como clase.
En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos.

III. Literatura Socialista y Comunista

1. Socialismo reaccionario
a) El socialismo feudal
b) El socialismo pequeñoburgués
c) El socialismo alemán o socialismo "verdadero"
2. El socialismo conservador o burgués
3. El socialismo y el comunismo crítico-utópico

1. Socialismo reaccionario
a) El socialismo feudal
Por su posición histórica, la aristocracia francesa e inglesa estaba llamada a escribir libelos contra la mo-

derna sociedad burguesa. En la revolución francesa de julio de 1830 y en el movimiento inglés por la reforma parlamentaria [19], habían sucumbido una vez más bajo los golpes del odiado advenedizo. En adelante no podía hablarse siquiera de una lucha política seria. No le quedaba más que la lucha literaria. Pero, también en el terreno literario, la vieja fraseología de la época de la Restauración [*] [20] había llegado a ser inaplicable. Para crearse simpatías era menester que la aristocracia aparentase no tener en cuenta sus propios intereses y que formulara su acta de acusación contra la burguesía sólo en interés de la clase obrera explotada. Diose de esta suerte la satisfacción de componer canciones satíricas contra su nuevo amo y de musitarle al oído profecías más o menos siniestras.

Así es cómo nació el socialismo feudal, mezcla de jeremiadas y pasquines, de ecos del pasado y de amenazas del porvenir. Si alguna vez su crítica amarga, mordaz e ingeniosa hirió a la burguesía en el corazón, su incapacidad absoluta para comprender la marcha de la historia moderna concluyó siempre por cubrirlo de ridículo. A guisa de bandera, estos señores enarbolaban el saco de mendigo del proletario, a fin de atraer al pueblo. Pero cada vez que el pueblo acudía, advertía que sus posaderas estaban ornadas con el viejo blasón feudal y se dispersaba en medio de grandes e irreverentes carcajadas.

Una parte de los legitimistas franceses [21] y la Joven Inglaterra [22] han dado al mundo este espectáculo cómico.

Cuando los campeones del feudalismo aseveran que su modo de explotación era distinto del de la burguesía, olvidan una cosa, y es que ellos explotaban en condiciones y circunstancias por completo diferentes y hoy anticuadas. Cuando advierten que bajo su dominación no existía el proletariado moderno, olvidan que la burguesía moderna es precisamente un retoño necesario del régimen social suyo.

Disfrazan tan poco, por otra parte, el carácter reaccionario de su crítica, que la principal acusación que presentan contra la burguesía es precisamente haber creado bajo su régimen una clase que hará saltar por los aires todo el antiguo orden social.

Lo que imputan a la burguesía no es tanto el haber hecho surgir un proletariado en general, sino el haber hecho surgir un proletariado revolucionario.

Por eso, en la práctica política, toman parte en todas las medidas de represión contra la clase obrera. Y en la vida diaria, a pesar de su fraseología ampulosa, se las ingenian para recoger los frutos de oro del árbol de la industria y trocar el honor, el amor y la fidelidad por el comercio en lanas, remolacha azucarera y aguardiente [**] [23].

Del mismo modo que el cura y el señor feudal han marchado siempre de la mano, el socialismo clerical marcha unido con el socialismo feudal.

Nada más fácil que recubrir con un barniz socialista el ascetismo cristiano. ¿Acaso el cristianismo no se levantó también contra la propiedad privada, el matri-

monio y el Estado? ¿No predicó en su lugar la caridad y la pobreza, el celibato y la mortificación de la carne, la vida monástica y la iglesia? El socialismo cristiano no es más que el agua bendita con que el clérigo consagra el despecho de la aristocracia.

b) El socialismo pequeñoburgués

La aristocracia feudal no es la única clase derrumbada por la burguesía, y no es la única clase cuyas condiciones de existencia empeoran y van extinguiéndose en la sociedad burguesa moderna. Los habitantes de las ciudades medievales y el estamento de los pequeños agricultores de la Edad Media fueron los precursores de la burguesía moderna. En los países de una industria y un comercio menos desarrollados esta clase continúa vegetando al lado de la burguesía en auge.

En los países donde se ha desarrollado la civilización moderna, se ha formado -y, como parte complementaria de la sociedad burguesa, sigue formándose sin cesar- una nueva clase de pequeños burgueses que oscila entre el proletariado y la burguesía. Pero los individuos que la componen se ven continuamente precipitados a las filas del proletariado a causa de la competencia, y, con el desarrollo de la gran industria, ven aproximarse el momento en que desaparecerán por completo como fracción independiente de la sociedad moderna y en que serán remplazados en el comercio, en la manufactura y en la agricultura por capataces y empleados.

En países como Francia, donde los campesinos cons-

tituyen bastante más de la mitad de la población, era natural que los escritores que defendiesen la causa del proletariado contra la burguesía, aplicasen a su crítica del régimen burgués el rasero del pequeño burgués y del pequeño campesino, y defendiesen la causa obrera desde el punto de vista de la pequeña burguesía. Así se formó el socialismo pequeñoburgués. Sismondi es el más alto exponente de esta literatura, no sólo en Francia, sino también en Inglaterra.

Este socialismo analizó con mucha sagacidad las contradicciones inherentes a las modernas relaciones de producción. Puso al desnudo las hipócritas apologías de los economistas.

Demostró de una manera irrefutable los efectos destructores de la maquinaria y de la división del trabajo, la concentración de los capitales y de la propiedad territorial, la superproducción, las crisis, la inevitable ruina de los pequeños burgueses y de los campesinos, la miseria del proletariado, la anarquía en la producción, la escandalosa desigualdad en la distribución de las riquezas, la exterminadora guerra industrial de las naciones entre sí, la disolución de las viejas costumbres, de las antiguas relaciones familiares, de las viejas nacionalidades.

Sin embargo, el contenido positivo de ese socialismo consiste, bien en su anhelo de restablecer los antiguos medios de producción y de cambio, y con ellos las antiguas relaciones de propiedad y toda la sociedad antigua, bien en querer encajar por la fuerza los medios

modernos de producción y de cambio en el marco de las antiguas relaciones de propiedad, que ya fueron rotas, que fatalmente debían ser rotas por ellos. En uno y otro caso, este socialismo es a la vez reaccionario y utópico. Para la manufactura, el sistema gremial; para la agricultura, el régimen patriarcal: he aquí su última palabra. En su ulterior desarrollo esta tendencia ha caído en un marasmo cobarde.

c) El socialismo alemán o socialismo "verdadero"

La literatura socialista y comunista de Francia, que nació bajo el yugo de una burguesía dominante, como expresión literaria de la lucha contra dicha dominación, fue introducida en Alemania en el momento en que la burguesía acababa de comenzar su lucha contra el absolutismo feudal.

Filósofos, semifilósofos e ingenios de salón alemanes se lanzaron ávidamente sobre esta literatura, pero olvidaron que con la importación de la literatura francesa no habían sido importadas a Alemania, al mismo tiempo, las condiciones sociales de Francia. En las condiciones alemanas, la literatura francesa perdió toda significación práctica inmediata y tomó un carácter puramente literario. Debía parecer más bien una especulación ociosa sobre la realización de la esencia humana. De este modo, para los filósofos alemanes del siglo XVIII, las reivindicaciones de la primera revolución francesa no eran más que reivindicaciones de la "razón práctica" en general, y las manifestacio-

nes de la voluntad de la burguesía revolucionaria de Francia no expresaban a sus ojos más que las leyes de la voluntad pura, de la voluntad tal como debía ser, de la voluntad verdaderamente humana.

Toda la labor de los literatos alemanes se redujo exclusivamente a poner de acuerdo las nuevas ideas francesas con su vieja conciencia filosófica, o, más exactamente, a asimilarse las ideas francesas partiendo de sus propias opiniones filosóficas.

Y se las asimilaron como se asimila en general una lengua extranjera: por la traducción.

Se sabe cómo los frailes superpusieron sobre los manuscritos de las obras clásicas del antiguo paganismo las absurdas descripciones de la vida de los santos católicos. Los literatos alemanes procedieron inversamente con respecto a la literatura profana francesa. Deslizaron sus absurdos filosóficos bajo el original francés. Por ejemplo: bajo la crítica francesa de las funciones del dinero, escribían: "enajenación de la esencia humana"; bajo la crítica francesa del Estado burgués, decían: "eliminación del poder de lo universal abstracto", y así sucesivamente.

A esta interpolación de su fraseología filosófica en la crítica francesa le dieron el nombre de "filosofía de la acción", "socialismo verdadero", "ciencia alemana del socialismo", "fundamentación filosófica del socialismo", etc.

De esta manera fue completamente castrada la literatura socialista-comunista francesa. Y como en manos

de los alemanes dejó de ser expresión de la lucha de una clase contra otra, los alemanes se imaginaron estar muy por encima de la "estrechez francesa" y haber defendido, en lugar de las verdaderas necesidades, la necesidad de la verdad, en lugar de los intereses del proletariado, los intereses de la esencia humana, del hombre en general, del hombre que no pertenece a ninguna clase ni a ninguna realidad y que no existe más que en el cielo brumoso de la fantasía filosófica.

Este socialismo alemán, que tomaba tan solemnemente en serio sus torpes ejercicios de escolar y que con tanto estrépito charlatanesco los lanzaba a los cuatro vientos, fue perdiendo poco a poco su inocencia pedantesca.

La lucha de la burguesía alemana, y principalmente de la burguesía prusiana, contra los feudales y la monarquía absoluta, en una palabra, el movimiento liberal, adquiría un carácter más serio.

De esta suerte, se le ofreció al "verdadero" socialismo la ocasión tan deseada de contraponer al movimiento político las reivindicaciones socialistas, de fulminar los anatemas tradicionales contra el liberalismo, contra el Estado representativo, contra la concurrencia burguesa, contra la libertad burguesa de prensa, contra el derecho burgués, contra la libertad y la igualdad burguesas y de predicar a las masas populares que ellas no tenían nada que ganar, y que más bien perderían todo en este movimiento burgués. El socialismo

alemán olvidó muy a propósito que la crítica francesa, de la cual era un simple eco insípido, presuponía la sociedad burguesa moderna, con las correspondientes condiciones materiales de vida y una constitución política adecuada, es decir, precisamente las premisas que todavía se trataba de conquistar en Alemania.

Para los gobiernos absolutos de Alemania, con su séquito de clérigos, de mentores, de hidalgos rústicos y de burócratas, este socialismo se convirtió en un espantajo propicio contra la burguesía que se levantaba amenazadora.

Formó el complemento dulzarrón de los amargos latigazos y tiros con que esos mismos gobiernos respondían a los alzamientos de los obreros alemanes.

Si el "verdadero" socialismo se convirtió de este modo en una arma en manos de los gobiernos contra la burguesía alemana, representaba además, directamente, un interés reaccionario, el interés del pequeño burgués alemán. La pequeña burguesía, legada por el siglo XVI, y desde entonces renacida sin cesar bajo diversas formas, constituye para Alemania la verdadera base social del orden establecido.

Mantenerla en conservar en Alemania el orden establecido. La supremacía industrial y política de la burguesía le amenaza con una muerte cierta: de una parte, por la concentración de los capitales, y de otra por el desarrollo de un proletariado revolucionario. A la pequeña burguesía le pareció que el "verdadero" socia-

lismo podía matar los dos pájaros de un tiro. Y éste se propagó como una epidemia.

Tejido con los hilos de araña de la especulación, bordado de flores retóricas y bañado por un rocío sentimental, ese ropaje fantástico en que los socialistas alemanes envolvieron sus tres o cuatro descarnadas "verdades eternas", no hizo sino aumentar la demanda de su mercancía entre semejante público.

Por su parte, el socialismo alemán comprendió cada vez mejor que estaba llamado a ser el representante pomposo de esta pequeña burguesía.

Proclamó que la nación alemana era la nación modelo y el mesócrata alemán el hombre modelo. A todas las infamias de este hombre modelo les dio un sentido oculto, un sentido superior y socialista, contrario a lo que era en realidad. Fue consecuente hasta el fin, manifestándose de un modo abierto contra la tendencia "brutalmente destructiva" del comunismo y declarando su imparcial elevación por encima de todas las luchas de clases. Salvo muy raras excepciones, todas las obras llamadas socialistas y comunistas que circulan en Alemania pertenecen a esta inmunda y enervante literatura [***].

2. El socialismo conservador o burgués

Una parte de la burguesía desea remediar los males sociales con el fin de consolidar la sociedad burguesa. A esta categoría pertenecen los economistas, los filántropos, los humanitarios, los que pretenden mejorar la suerte de las clases trabajadoras, los organizadores de

la beneficencia, los protectores de animales, los fundadores de las sociedades de templanza, los reformadores domésticos de toda laya. Y hasta se ha llegado a elaborar este socialismo burgués en sistemas completos.

Citemos como ejemplo la "Filosofía de la miseria", de Proudhon. Los burgueses socialistas quieren perpetuar las condiciones de vida de la sociedad moderna sin las luchas y los peligros que surgen fatalmente de ellas. Quieren perpetuar la sociedad actual sin los elementos que la revolucionan y descomponen. Quieren la burguesía sin el proletariado. La burguesía, como es natural, se representa el mundo en que ella domina como el mejor de los mundos. El socialismo burgués hace de esta representación consoladora un sistema más o menos completo. Cuando invita al proletariado a llevar a la práctica su sistema y a entrar en la nueva Jerusalén, no hace otra cosa, en el fondo, que inducirle a continuar en la sociedad actual, pero despojándose de la concepción odiosa que se ha formado de ella.

Otra forma de este socialismo, menos sistemática, pero más práctica, intenta apartar a los obreros de todo movimiento revolucionario, demostrándoles que no es tal o cual cambio político el que podrá beneficiarles, sino solamente una transformación de las condiciones materiales de vida, de las relaciones económicas. Pero, por transformación de las condiciones materiales de vida, este socialismo no entiende, en modo alguno, la abolición de las relaciones de producción burguesas —

lo que no es posible más que por vía revolucionaria—, sino únicamente reformas administrativas realizadas sobre la base de las mismas relaciones de producción burguesas, y que, por tanto, no afectan a las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado, sirviendo únicamente, en el mejor de los casos, para reducirle a la burguesía los gastos que requiere su dominio y para simplificarle la administración de su Estado.

El socialismo burgués no alcanza su expresión adecuada sino cuando se convierte en simple figura retórica. ¡Libre cambio, en interés de la clase obrera! ¡Aranceles protectores, en interés de la clase obrera! ¡Prisiones celulares, en interés de la clase obrera! He ahí la última palabra del socialismo burgués, la única que ha dicho seriamente.

El socialismo burgués se resume precisamente en esta afirmación: los burgueses son burgueses en interés de la clase obrera.

3. El socialismo y el comunismo crítico-utópicos

No se trata aquí de la literatura que en todas las grandes revoluciones modernas ha formulado las reivindicaciones del proletariado (los escritos de Babeuf, etc.). Las primeras tentativas directas del proletariado para hacer prevalecer sus propios intereses de clase, realizadas en tiempos de efervescencia general, en el período del derrumbamiento de la sociedad feudal, fracasaron necesariamente, tanto por el débil desarrollo del mismo proletariado como por la ausencia de las condiciones materiales de su emancipación, condicio-

nes que surgen sólo como producto de la época burguesa. La literatura revolucionaria que acompaña a estos primeros movimientos del proletariado es forzosamente, por su contenido, reaccionaria. Preconiza un ascetismo general y un burdo igualitarismo.

Los sistemas socialistas y comunistas propiamente dichos, los sistemas de Saint-Simon, de Fourier, de Owen, etc., hacen su aparición en el período inicial y rudimentario de la lucha entre el proletariado y la burguesía, período descrito anteriormente. (Véase "Burgueses y proletarios").

Los inventores de estos sistemas, por cierto, se dan cuenta del antagonismo de las clases, así como de la acción de los elementos destructores dentro de la misma sociedad dominante. Pero no advierten del lado del proletariado ninguna iniciativa histórica, ningún movimiento político propio. Como el desarrollo del antagonismo de clases va a la par con el desarrollo de la industria, ellos tampoco pueden encontrar las condiciones materiales de la emancipación del proletariado, y se lanzan en busca de una ciencia social, de unas leyes sociales que permitan crear esas condiciones.

En lugar de la acción social tienen que poner la acción de su propio ingenio; en lugar de las condiciones históricas de la emancipación, condiciones fantásticas; en lugar de la organización gradual del proletariado en clase, una organización de la sociedad inventada por ellos. La futura historia del mundo se reduce para ellos a la

propaganda y ejecución práctica de sus planes iniciales. En la confección de sus planes tienen conciencia, por cierto, de defender ante todo los intereses de la clase obrera, por ser la clase que más sufre. El proletariado no existe para ellos sino bajo el aspecto de la clase que más padece. Pero la forma rudimentaria de la lucha de clases, así como su propia posición social, les lleva a considerarse muy por encima de todo antagonismo de clase. Desean mejorar las condiciones de vida de todos los miembros de la sociedad incluso de los más privilegiados.

Por eso, no cesan de apelar a toda la sociedad sin distinción, e incluso se dirigen con preferencia a la clase dominante. Porque basta con comprender su sistema, para reconocer que es el mejor de todos los planes posibles de la mejor de todas las sociedades posibles.

Repudian, por eso, toda acción política, y en particular, toda acción revolucionaria; se proponen alcanzar su objetivo por medios pacíficos, intentando abrir camino al nuevo evangelio social valiéndose de la fuerza del ejemplo, por medio de pequeños experimentos, que, naturalmente, fracasan siempre.

Estas fantásticas descripciones de la sociedad futura, que surgen de una época en que el proletariado, todavía muy poco desarrollado, considera aún su propia situación de una manera también fantástica, provienen de las primeras aspiraciones de los obreros, llenas de profundo presentimiento, hacia una completa transformación de la sociedad.

Mas estas obras socialistas y comunistas encierran también elementos críticos. Atacan todas las bases de la sociedad existente. Y de este modo han proporcionado materiales de un gran valor para instruir a los obreros. Sus tesis positivas referentes a la sociedad futura, tales como la supresión del contraste entre la ciudad y el campo, la abolición de la familia, de la ganancia privada y del trabajo asalariado, la proclamación de la armonía social y la transformación del Estado en una simple administración de la producción; todas estas tesis no hacen sino enunciar la eliminación del antagonismo de clase, antagonismo que comienza solamente a perfilarse y del que los inventores de sistemas no conocen todavía sino las primeras formas indistintas y confusas. Así, estas tesis tampoco tienen más que un sentido puramente utópico.

La importancia del socialismo y del comunismo crítico-utópicos está en razón inversa al desarrollo histórico. A medida que la lucha de clases se acentúa y toma formas más definidas, el fantástico afán de ponerse por encima de ella, esa fantástica oposición que se le hace, pierde todo valor práctico, toda justificación teórica. He ahí por qué si en muchos aspectos los autores de estos sistemas eran revolucionarios, las sectas formadas por sus discípulos son siempre reaccionarias, pues se aferran a las viejas concepciones de sus maestros, a pesar del ulterior desarrollo histórico del proletariado. Buscan, pues, y en eso son consecuentes, embotar

la lucha de clases y conciliar los antagonismos. Continúan soñando con la experimentación de sus utopías sociales; con establecer falansterios aislados, crear *home-colonies* en sus países o fundar una pequeña Icaria [****], edición en dozavo de la nueva Jerusalén. Y para la construcción de todos estos castillos en el aire se ven forzados a apelar a la filantropía de los corazones y de los bolsillos burgueses. Poco a poco van cayendo en la categoría de los socialistas reaccionarios o conservadores descritos más arriba y sólo se distinguen de ellos por una pedantería más sistemática y una fe supersticiosa y fanática en la eficacia milagrosa de su ciencia social.
Por eso se oponen con encarnizamiento a todo movimiento político de la clase obrera, pues no ven en él sino el resultado de una ciega falta de fe en el nuevo evangelio. Los owenistas, en Inglaterra, reaccionan contra los cartistas, y los fourieristas, en Francia, contra los reformistas [24].

NOTAS

[19] Se alude al movimiento en pro de la reforma electoral que, bajo la presión de las masas, fue adoptada por la Cámara de los

Comunes en 1831 y aprobada definitivamente por la Cámara de los Lores en junio de 1832. La reforma iba dirigida contra el monopolio político de la aristocracia agraria y financiera y abría las puertas del parlamento a la burguesía industrial. El proletariado y la pequeña burguesía, que constituían la fuerza principal de la lucha por la reforma, se vieron defraudados por la burguesía liberal y no lograron el derecho al sufragio.

[*] Nota de Engels a la edición inglesa de 1888: "No se trata aquí de la Restauración inglesa de 1660-1689, sino de la francesa de 1814-1830"

[20] La restauración de 1660 a 1689: período del segundo reinado de la dinastía de los Estuardos en Inglaterra, derrocada por la revolución burguesa de este país en el siglo XVII. La restauración de 1814 a 1830: período del segundo reinado de los Borbones en Francia. El régimen reaccionario de los Borbones, que representaba los intereses de la corte y los clericales, fue derrocado por la revolución de julio de 1830.

[21] Legitimistas: partidarios de la dinastía «legítima» de los Borbones, derrocada en 1830, que representaba los intereses de la gran propiedad territorial. En la lucha contra la dinastía reinante de los Orleáns (1830-1848), que se apoyaba en la aristocracia financiera y en la gran burguesía, una parte de los legitimistas recurría a menudo a la demagogia social, haciéndose pasar por defensores de los trabajadores contra los explotadores burgueses.

[22] La «Joven Inglaterra»: grupo de políticos y literatos ingleses pertenecientes al partido de los tories; se constituyó a comienzos de los años 40 del siglo XIX. Al expresar el descontento de la aristocracia terrateniente por el crecimiento del poderío económico y político de la burguesía, los miembros del grupo de la «Joven Inglaterra» empleaban procedimientos demagógicos para someter a su influencia a la clase obrera y utilizarla en su propia lucha contra la burguesía.

[**] Nota de Engels en la edición inglesa de 1888: "Esto se refiere en primer término a Alemania, donde los terratenientes aristócratas y los junkers cultivan por cuenta propia gran parte de sus tierras con ayuda de administradores, y poseen, además, grandes

fábricas de azúcar de remolacha y destilerías de alcohol. Los más acaudalados aristócratas británicos todavía no han llegado a tanto; pero también ellos saben cómo pueden compensar la disminución de la renta, cediendo sus nombres a los fundadores de toda clase de sociedades anónimas de reputación más o menos dudosa".

[23] Los junkers: en el sentido estricto de la palabra son la aristocracia terrateniente de Prusia Oriental; en el lato sentido, la clase de los terratenientes alemanes.

[***] Nota de Engels a la edición alemana de 1890: "La tormenta revolucionaria de 1848 barrió esta miserable escuela y ha quitado a sus partidarios todo deseo de seguir haciendo socialismo. El principal representante y el tipo clásico de esta escuela es el señor Karl Grün".

[****] Nota de Engels a la edición inglesa de 1888: "Falansterios se llamaban las colonias socialistas proyectadas por Carlos Fourier. Icaria era el nombre dado por Cabet a su país utópico y más tarde a su colonia comunista en América". Nota de Engels a la edición alemana de 1890: "Owen llamó a sus sociedades comunistas modelo home-colonies (colonias interiores). El falansterio era el nombre de los palacios sociales proyectados por Fourier. Llamábase Icaria el país fantástico-utópico, cuyas instituciones comunistas describía Cabet".

[24] Se trata de los republicanos pequeñoburgueses y socialistas pequeñoburgueses, partidarios del periódico francés "La Réfo me", que se publicó en París entre 1843 y 1850.

IV. Actitud de los comunistas ante los diferentes partidos de oposición

Después de lo dicho en el capítulo II, la actitud de los comunistas respecto de los partidos obreros ya constituidos se explica por sí misma, y por tanto su actitud respecto de los cartistas de Inglaterra y los partidarios de la reforma agraria en América del Norte.

Los comunistas luchan por alcanzar los objetivos e intereses inmediatos de la clase obrera; pero, al mismo tiempo, defienden también, dentro del movimiento actual, el porvenir de ese movimiento. En Francia, los comunistas se suman al Partido Socialista Democrático [*] contra la burguesía conservadora y radical, sin renunciar, sin embargo, al derecho de criticar las ilusiones y los tópicos legados por la tradición revolucionaria.

En Suiza apoyan a los radicales, sin desconocer que este partido se compone de elementos contradictorios, en parte de socialistas demócratas al estilo francés, en parte de burgueses radicales.

Entre los polacos, los comunistas apoyan al partido que ve en una revolución agraria la condición de la liberación nacional; es decir, al partido que provocó en 1846 la insurrección de Cracovia [25].

En Alemania, el Partido Comunista lucha al lado de la burguesía, en tanto que ésta actúa revolucionariamente contra la monarquía absoluta, la propiedad territorial feudal y la pequeña burguesía reaccionaria.

Pero jamás, en ningún momento, se olvida este partido de inculcar a los obreros la más clara conciencia del antagonismo hostil que existe entre la burguesía y el proletariado, a fin de que los obreros alemanes sepan convertir de inmediato las condiciones sociales y políticas que forzosamente ha de traer consigo la dominación burguesa en otras tantas armas contra la burguesía, a fin de que, tan pronto sean derrocadas las clases reaccionarias en Alemania, comience inmediatamente la lucha contra la misma burguesía.

Los comunistas fijan su principal atención en Alemania, porque Alemania se halla en vísperas de una revolución burguesa y porque llevará a cabo esta revolución bajo condiciones más progresivas de la civilización europea en general, y con un proletariado mucho más desarrollado que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el siglo XVIII, y, por lo tanto, la revolución burguesa alemana no podrá ser sino el preludio inmediato de una revolución proletaria.

En resumen, los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra el régimen social y político existente.

En todos los movimientos ponen en primer término, como cuestión fundamental del movimiento, la cuestión de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos desarrollada que ésta revista. En fin, los comunistas trabajan en todas partes por la unión y el acuerdo entre los partidos democráticos de todos los países.

Los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y propósitos. Proclaman abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente. Las clases dominantes pueden temblar ante una Revolución Comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar.

¡ PROLETARIOS DE TODOS LOS PAÍSES, UNÍOS!

Escrito en diciembre de 1847-enero de 1848. Publicado por primera vez en folleto aparte en alemán en Londres, en febrero de 1848.

NOTAS

[*] Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888: "Este partido estaba representando en el parlamento por Ledru-Rollin, en la literatura por Luis Blanc y en la prensa diaria por "La Réforme". El nombre de Socialista Democrático significaba, en boca de sus inventores, la parte del Partido Democrático o Republicano que tenía un matiz más o menos socialista".

Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890: "Lo que se llamaba entonces en Francia el Partido Socialista Democrático estaba representado en política por Ledru-Rollin y en la literatura por Luis Blanc; hallábase, pues, a cien mil leguas de la socialdemocracia alemana de nuestro tiempo".

[25] En febrero de 1846 se preparaba la insurrección en las tierras polacas para conquistar la emancipación nacional de Polonia. Los iniciadores principales de la insurrección eran los demócratas revolucionarios polacos (Dembowski y otros). Pero, debido a la

traición de los elementos de la nobleza y la detención de los dirigentes de la sublevación por la policía prusiana, la sublevación general fue frustrada, produciéndose únicamente algunos estallidos revolucionarios sueltos. Sólo en Cracovia, sometida desde 1815 al control conjunto de Austria, Rusia y Prusia, los insurgentes lograron el 22 de febrero obtener la victoria y formar un Gobierno nacional que publicó un manifiesto sobre la abolición de las cargas feudales. La insurrección de Cracovia fue aplastada a comienzos de marzo de 1846. En noviembre de este mismo año, Austria, Prusia y Rusia firmaron un acuerdo de incorporación de Cracovia al Imperio austríaco.

Ministerio de Trabajo,
Empleo y Previsión Social

"Mientras haya capitalismo, mientras haya imperialismo, las luchas van a seguir, porque hay grupos de personas en el mundo que concentran el capital en pocas manos, que tienen una mentalidad de seguir saqueando nuestros recursos naturales".

Evo Morales